SARAH WALL

¡Anda, Lucía!

¡Anda, Lucía!

Sarah Wall

Diseño de la portada: Xavier Guiamet

Fotos de la portada: iStock.com

Corrección de textos: Klad-correcciones (klad.correcciones@gmail.com)

Primera edición: Junio 2020

© 2020, Sarah Wall. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del «Copyright», bajo las sanciones

establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento. Todos los derechos reservados.

www.sarahwall.es

Agradecimientos

Soy la orgullosísima hija de un cordobés y una onubense. Ambos nacieron en pueblos pequeños; sin embargo, no por ser así son menos importantes, y es por ello por lo que la acción de este libro se sitúa en el ficticio pueblo de Peñavieja de la Rubia, provincia de Córdoba, donde Lucía deberá acudir, primero por obligación y después por la imperiosa necesidad de cerrar sus heridas.

Para una mujer nacida en una gran ciudad (como yo misma), perderse entre las callejuelas de ese inventado lugar, pasear por el bosque y estar en contacto con la naturaleza tendrá un efecto curativo. Aunque su primera impresión al pisarlo sea de que no está hecho para ella, la realidad será bien distinta.

En cada capítulo incluyo el título de una canción que me encanta y que creo encaja de forma fenomenal con la trama. ¡Espero que os guste la selección! Os las nombro al final.

Vaya para todos los habitantes de lugares tan maravillosos como Peñavieja, en donde te abren las puertas de casa sin preguntar y te tienden una mano sin juzgar.

¡Va por vosotros!

Si no recuerdas la más ligera locura en que el amor te hizo caer, no has amado.

[William Shakespeare (1564-1616) Escritor británico]

Prólogo

Cuando Sarah Wall me pidió hacer el prólogo para su nueva novela, me sentí verdaderamente orgullosa de poder participar en uno de los proyectos de la que, para mí, además de amiga, es una grandísima escritora. Debo admitir, que no pude evitar ponerme nerviosa, pero en el momento en el que comencé a leer la historia que había escrito, los nervios de disiparon, pasando a un estado de emoción desde la primera hasta la última página.

No es fácil trasmitir las emociones dentro de una historia, y no todos los escritores tienen esa varita mágica que consigue atar y cerrar una novela, haciendo que seas parte de esa magia sin poder dejar de leer.

Llevo mucho tiempo leyendo a Sarah Wall, incluso antes de conocernos, y por ello sé que todos sus libros, sin excepción, te hacen pasear entre sus letras, línea a línea, página a página, porque Sarah no solo escribe, Sarah te regala los sentimientos de cada personaje y es inevitable no sentirte parte de cada historia.

¡Anda, Lucía! es una historia actual y fresca donde la autora mezcla la vida, preocupaciones y problemas cotidianos de la protagonista, que la obligarán a tomar una serie de decisiones que cambiarán su destino. Una historia divertida, romántica y emotiva donde la escritora se desenvuelve con facilidad y nos trasmite naturalidad. Me encantaría poder ver a Lucía en la gran pantalla. ¡Sería maravilloso!, y así también poder disfrutar de sus dos enclaves, Barcelona y ese pueblecito en la sierra cordobesa que te roba el corazón.

Me he reído, me he emocionado, me he sorprendido y me he visto identificada en muchas de sus situaciones, como estoy segura lo haréis muchos de vosotros, lectores.

Leer es una sensación que no se puede suplir con ninguna otra actividad. Solo leyendo podrás llegar a conocer lugares y experimentar sensaciones que quizá nunca puedas vivir en la vida real. Leer, es pura magia. Cada libro que tenemos en nuestras manos es un portal mágico en el que adentrarte y que sin darte cuenta te robará un «trocito» de tu corazón o de tu alma; un portal mágico donde poder vivir vidas infinitas y elegir en todo momento quién quieres ser en cada historia.

Gracias a escritoras como Sarah Wall, tenemos la oportunidad de disfrutar de esa magia. Jamás un libro de esta autora te dejará indiferente.

¡Anda, Lucía! os va a gustar mucho, mucho.

Y yo no puedo dejar de decir: ¡Anda, Sarah! ¡Vaya libro nos has regalado!

Os propongo un plan:

Escoger el lugar que más os guste para leer, servíos una buena copa de vino, o lo que os apetezca en ese momento, poned una música relajante de fondo y dejaos llevar a través de este viaje. Lucía está deseando que la acompañéis en su aventura.

¡Lo vais a disfrutar!

Alicia San Miguel

Capítulo 1.

***Es por ti* (Cómplices)**

Lucía llegó a la clínica veterinaria a las dos en punto. Le tocaba turno de tarde, eso significaba que estaría hasta las diez de la noche trabajando; aun así, lo prefería al horario matinal, ya que las mañanas las dedicaba a leer novelas románticas, su gran pasión y también, esos últimos meses, a ultimar los preparativos de su boda con Borja, su novio, con el que mantenía una relación bastante seria desde hacía tiempo.

—Lo siento, llego con retraso —dijo con evidente nerviosismo, pues odiaba la impuntualidad.

—No te preocupes, Lucía, solo han sido cinco minutos de nada —respondió Ana, la recepcionista de la clínica, intentando que se calmara.

—¿Ha llegado ya Zenit? Tengo que hacerle el seguimiento de la operación de la pata.

—Sí, están esperándote dentro, pero tranquila, acaban de llegar.

Lucía rápidamente se puso la bata y cogió una golosina. Solía hacerlo para mantener la atención de sus pacientes, en este caso, un precioso labrador dorado de tres años que había sido atacado por otro can y como resultado hubo de ser operado para fijar la fractura.

—Zenit, bonito. —Se acercó a él y el perrito, lejos de asustarse, movió la cola en clara señal de felicidad.

—Esta noche ha vomitado, está un poco flojillo —dijo Mercedes, su mami adoptiva.

—Podría ser por la medicación. Déjame examinarlo a ver cómo está el chiquitín.

La cicatriz de la pata estaba sanando bastante bien, y al palparle el estómago, no notó nada extraño. En ese momento, Zenit estaba juguetón y contento.

—Mercedes, todo va perfectamente. Te daré un protector de estómago y si vuelve a vomitar, me llamas. Pero todo parece normal.

—Menos mal —respiró aliviada—, ya hemos tenido bastante.

—Lo sé. En serio, estate tranquila, se está recuperando muy bien y dentro de cinco semanas podrá correr sin problemas.

—Pobrecito mío, con lo que le gusta jugar y ahora no poder hacerlo…

—Es por su bien, pero ya verás que pasará pronto. Puede dar paseos con correa corta, pero, sobre todo, que no corra ni salte ¿vale? Se puede mover la placa que le pusimos para fijar la fractura, y eso significaría que le tendríamos que operar de nuevo y volver a empezar con la recuperación. Es cuestión de paciencia estas próximas semanas.

Lucía amaba su trabajo por encima de todo, aunque no siempre era agradable, pues había momentos muy duros, como dar un diagnóstico nefasto, y odiaba profundamente cuando llegaba ese momento tan trágico.

Esa tarde estuvo plagada de luces y también de sombras. Adoraba a sus pacientes, mayoritariamente perros y gatos, y si algo se le hacía cuesta arriba era hacer dormir a alguno para siempre; sobre todo cuando habían pasado por su consulta durante mucho tiempo: el vínculo era fuerte. Y en una misma tarde dos eutanasias, era para ella difícil de sobrellevar. No se acostumbraría nunca, dado que Lucía lo había vivido en primera persona y sabía el dolor que producía. Se convencía de que en ese momento lo que hacía era aliviar su mal y su pena; sin embargo, era muy complicado. Sin duda, la peor parte de ser veterinaria. La cercana relación no solo era con el animal, también con los «papis», como los llamaba ella. Para muchos, la marcha de su perfecto compañero era tan difícil de asimilar como la de un familiar cercano, pasando una fase dura, tanto en la decisión a tomar para que se duerman y no despertar jamás, como para asimilar esa pérdida de forma permanente. Es un duelo en toda regla. Por esta razón, su muerte puede suponer uno de los momentos más difíciles en la vida de una persona, a pesar de que a nivel social no esté reconocido como el mismo impacto emocional y anímico que se vive con el fallecimiento de un ser humano.

Estaba deseando llegar a casa y achuchar a su gato, Kaos. Un felino callejero que llegó a la clínica después de ser atropellado, y al que

salvaron la vida tras muchas jornadas jugándosela, debido a las terribles heridas que le causó el accidente. Sobrevivió y Lucía se hizo cargo de él. Calculó que su pequeño compañero ya contaba catorce años de vida gatuna y era consciente de que no les quedaba demasiado tiempo para disfrutar juntos. Decidió que cada día que pasaran acompañándose iba a ser un regalo que debían degustar.

****

Borja era un buen hombre, lo que se dice un buen chico y, posiblemente, el hombre de los sueños para muchas; se ganaba la vida como médico en un centro privado, propiedad de su familia. De un tiempo a esta parte, demasiado distraído con sus cosas como para dedicarle más de ese tiempo tan valioso a Lucía, y eso era algo que no estaba dispuesta a consentir. A ella le encantaba salir a bailar, tomarse unas copas y viajar, otra de sus pasiones; sin embargo, Borja, entre las consultas, las operaciones, los seminarios por todo el mundo y, cómo no, el golf, cada vez tenía menos tiempo para ella. Como a Valentina, la protagonista del libro que estaba leyendo en esos momentos, a Lucía le aterraba ser tan solo una ama de casa y madre: tenía sus ambiciones y estar entre cuatro paredes encerrada, como pretendía su casi suegra, Bárbara, no entraba en sus planes.

El problema, pese a que ya tenía treinta y tres años, era que ella era poco de verbalizar, y eso era un obstáculo ya que, si se hubiera quejado en cuanto notó que todo cambiaba, quizá la pelota no se hubiera hecho tan grande. Ahora que lo veía todo casi imparable, empezaba a sentir miedo ante lo que se avecinaba. Cada día que pasaba era uno menos para la ceremonia, y notaba la congoja en forma de nudo en la garganta que no bajaba ni a tiros.

Su boda se iba a celebrar en breve. En realidad, poco había opinado del que debía ser el día más feliz de su existencia, ese en el que daría el sí quiero al amor de su vida. Bárbara se había encargado de elegir la iglesia, el restaurante, las flores y hasta la música que debía sonar y ¡cómo no!, la lista de invitados más larga del mundo, unos quinientos… Ella solo traería a unas veinte personas, entre amigos y compañeros de trabajo; ¿familia? Poca, pues sus padres habían fallecido unos años atrás en un horrible accidente de tráfico. A lo sumo, algún primo lejano, aunque no tenía demasiada relación con ellos. Lo cierto es que la boda se les había ido de las manos, pues la estaba organizando Bárbara junto con su amigo del club que, además,

se encargaba de gestionar eventos. Al principio no le importó demasiado; no obstante, no era la idea que ambos tenían en la cabeza que era irse a vivir juntos y luego, a lo sumo, una discreta ceremonia civil. Fueron unos ilusos, pues los tentáculos de Bárbara eran demasiado largos como para quedarse quieta y permitir que su hijo, su único vástago, no se casara como Dios manda, o sea, como ella consideraba oportuno.

Odiaba que Borja fuera tan pelele y dijera amén a todo lo que su manipuladora madre proponía. Se la llevaban los demonios; no obstante, era un tema tabú entre ellos, y Borja siempre la excusaba; lo consideraba una guerra perdida. Odiaba que él fuera así, puesto que esa circunstancia la afectaba directamente a ella.

Se sentía abrumada por la situación y su válvula de escape era Candela de Luis, su mejor amiga; la única a la que abría su corazón y a la que le contaba todas sus penas. Ella era como la hermana que jamás tuvo, y, especialmente desde la muerte de sus padres, se había convertido en una pieza fundamental en su vida.

Tras pasar el día en la consulta, uno especialmente duro, quedó con ella para salir a tomar algo; de hecho, fue Candela la que pidió esa cita un lunes, lo cual no era normal. Se encontraron donde siempre, llegando Lucía, para no variar, diez minutos antes para coger la mejor mesa: la que estaba junto a la ventana que daba a la avenida Diagonal y por la que pasaban innumerables personas que ella se dedicaba a analizar mientras esperaba.

—¡Jolines! ¡Hoy te has retrasado tela! —espetó a su amiga dándole dos besos.

—Una clienta de última hora… madre mía, la que me ha liado la mujer, creo que de esta me despiden.

—¿Qué ha pasado?

—Pidió un tratamiento facial y no informó de sus alergias en el cuestionario… como sabes, nuestro producto estrella es a base de almendras y te puedes imaginar el resto. —Se llevó las manos a la cabeza—. Su cara… parecía *Naranjito* y estaba hinchada como un pez globo —siguió—. Total, que ha venido mi encargada y me ha echado una bronca descomunal.

El camarero sirvió dos refrescos de cola bien fríos y unas patatas *chips*.

—¿Y tú, qué culpa tienes? Si no informó…

—Dice que nunca me debo fiar de los clientes y que debo preguntar e insistir… han tenido que venir los sanitarios. Esta bruja nos denunciará.

—A lo mejor es lo que iba buscando, vete a saber.

—No te he llamado por eso, guapa.

—¿Entonces?

—Es la otra bruja, tu suegra.

—Todavía no lo es. ¡Gracias a Dios!

—¿Has visto el traje que quiere que llevemos las damas de honor? ¿Está de coña? ¡Yo jamás visto de burdeos! Y el diseño, ¡madre mía! Es feo de narices.

—Supuse que no os gustaría y se lo dije.

—Yo no me lo pienso poner. Bastante tengo con haber aceptado esta horterada de que vayamos disfrazadas.

—Hablaré con Borja y con ella mañana, hemos quedado para comer juntos. Veré qué puedo hacer…

—Lo cierto es que esto debería ser como tú dijeras y no como ella disponga. ¡Es tu boda, *coñe*!

—Lo sé. Sin embargo, ellos corren con todos los gastos y Borja está de acuerdo. Son mayoría.

—¿Te estás bajando las bragas? No es posible que aceptes tantas tonterías.

—Quiero a Borja, eso es todo. Si mis padres estuvieran aquí, todo sería distinto.

Lucía se entristeció por un momento. Era cierto que se estaba dejando llevar. Echaba de menos a su madre en esos momentos, especialmente, el día en el que eligió el vestido. Eso sí, al menos se había quedado uno que le gustaba, previo visto bueno de Bárbara, que no dejaba de opinar de cada modelito que le sacaban las dependientas. Cuando no era por una cosa, era por otra… todos tenían pegas, menos el que se quedó. Se cuadró un poco y consiguió su soñado vestido. No

era el preferido de su suegra; no obstante, aceptó.

—Sé que le quieres, sin embargo, tus ojos no irradian la felicidad que se supone que estás pasando. Cariño, ¿qué te pasa?

—Bueno, ya sabes que Borja está muy ocupado. Últimamente nos vemos menos de lo que quisiera.

—No te veo muy convencida, Lucía. ¿Estás segura de que quieres casarte?

—Llevo unas semanas con dudas. En la última comida, mi suegra insinuó que debería dejar de trabajar y eso es algo que no contemplo: adoro los animales y por eso estudié para ser veterinaria. Además, y esto es la bomba: nos han comprado un adosado a cien metros del suyo. Yo no quiero dejar mi piso… Ahí he vivido toda mi vida y Borja y yo estábamos de acuerdo en seguir allí. ¡Me tienen harta!

—Y Borja, ¿qué dice?

—Borja me apoya en la intimidad, pero es incapaz de llevarle la contraria. Empiezo a estar hasta las narices de que su madre lo controle todo, y él se mantenga en silencio. A veces me ofende. Muchas veces.

Claro que lo hacía, sobre todo cuando insinuaba que su hijo era de clase alta y ella no: era hija de una familia normal, de clase media. No pasaron apuros, pero tampoco vivían en una mansión con piscina; para Bárbara, su hijo merecía algo mejor. Alguien como Rebeca, Becka de la Vega, su prototipo de mujer perfecta; de hecho, intentó en muchas ocasiones que Borja saliera con ella, no obstante, él se enamoró de la frescura de Lucía, y su madre se quedó con las ganas; aunque, siempre que había oportunidad, como en alguna fiesta, la invitaba y la metía por medio.

****

Al día siguiente, y tras la velada con Candela, Lucía fue «calentita» a la comida. Se veía con fuerzas de enfrentarse a Bárbara.

Su futura suegra la recibió con su mirada atravesadora, la que hacía radiografías, como bien decía su amiga, y que no dejaba indiferente. Te escaneaba, analizaba hasta el más nimio detalle del atuendo, peinado y, cómo no, enjoyado. Lucía era una chica entrada

en la treintena y, obviamente vestía como tal: tejanos, blusas, algún que otro vestido, si bien, siempre sencilla. Lo mismo ocurría con las joyas: a menos que no estuviera en algún evento especial, prescindía de ellas y solo llevaba una cadenita de oro con un colgante en forma de corazón, uno de los primeros regalos de Borja. Ni siquiera lucía el anillo de compromiso, pues era demasiado escandaloso para llevarlo a diario en la consulta. Su suegra siempre se lo reprochaba.

—Pensarán que estás libre, nena —soltó nada más ver que en esa ocasión tampoco lo llevaba puesto en el dedo corazón—. ¿Ya has pedido cita con la esteticista que te dije? Mi amiga Rosa Vera.

—No lo haré —contestó tajante—. Recuerda que mi mejor amiga se dedica justamente a eso. Ella me hará el tratamiento, como siempre, no sé porque esta vez debería ser diferente.

—¿Candela? ¿En ese garito barato? Si el tratamiento es un regalo que te hago yo. Rosa Vera tiene el mejor centro de Barcelona.

—Bárbara, muchas gracias, pero no. No le haré ese feo a Candela. Lo entiendes, ¿verdad?

Bárbara aceptó con desgana. Borja permaneció de nuevo callado. Lucía ardía por dentro.

—Sobre el adosado, —cogió aire— teníamos previsto seguir viviendo en mi casa. Está mucho más cerca del centro, que es donde trabajo. Borja está de acuerdo. —Él desvió la mirada hacia otro lado sin decir nada.

—Es divino. Nuevo, a estrenar, una nueva promoción. Con todos los lujos, claro, y piscina —intervino Bárbara, obviando lo que acababa de decir.

—Mamá, ambos deseamos vivir, de momento, en el piso de Lucía, —«por fin se dignó a hablar» pensó Lucía—, pero en un futuro, no te digo que no.

—¡Borja! Es algo que tú y yo deberíamos discutir en privado antes de decidir nada.

Bárbara empezó a llorar sin lágrimas. Montando el paripé, manipulando, como solía ser habitual.

—¡Qué disgusto más grande! Tu padre y yo os queríamos hacer este regalo, cariño, y nos lo despreciáis así, para seguir viviendo en

ese cuchitril de noventa metros cuadrados —exclamó con exagerados gestos.

—No es ningún cuchitril. Es lo único que me queda de mis padres y todos mis recuerdos están allí —protestó alzando un pelo la voz, enfadada.

—No es el momento, Lucía. ¿No ves que mi madre está afectada? Tampoco es tan mala idea mudarse…

—No sigas por ahí, Borja, que la tenemos. Hoy no, te lo ruego —pidió, cada vez más fuera de sus casillas.

—Creo que lo mejor es que me vaya a mi casa. Borja, luego hablamos.

—Recuerda que mañana vamos a probar el menú del convite —indicó su suegra, milagrosamente recuperada del «gran disgusto».

Lucía se despidió y se fue sin contestar. Ese día, al menos, había tenido el valor de decir lo que pensaba y se sintió más ligera, como si una pesada carga se hubiera liberado de golpe de su espalda. Esa noche hablaría con Borja y le explicaría sus sentimientos. Algo debía cambiar para que esa boda se llevara a cabo.

Borja la esperaba al finalizar su turno en la clínica. Ella aún estaba de morros.

—He encargado la cena en el chino de la esquina de tu casa —sabía que eso la animaría—. No estés enfadada, lo hace con la mejor intención.

—Sí, lo sé; no obstante, no me gustan las formas. Ya sé que no soy santa de su devoción, pero no hace falta que me lo recuerde cada cinco minutos.

—Ya sabes cómo es…

Lucía se puso de puntillas para alcanzar sus labios y darle un suave beso. Pese a que no era baja, él la superaba por unos cuantos centímetros. Lo observó con atención: era el hombre más guapo que había visto en su vida; sin embargo, estaba muy cambiado desde que dejó su antiguo trabajo y empezó a ejercer en la clínica privada que algún día dirigiría él. Pensó que no debía ser egoísta, que su novio

tenía mucha presión y estaba muy ocupado. Quiso pensar eso.

—Vamos a casa, cariño —susurró a su oído.

No quería que Bárbara le influyera tanto; quizá Borja tenía razón, y debía pasar de sus comentarios, como solía hacer él; aun así, no podía evitar que le hicieran daño y se vio en un futuro con esa mujer pegada al culo todo el santo día. No se veía capaz.

Cenaron la comida preferida de Lucía. Disfrutaba con ese pollo agridulce y esas empanadillas de verduras y, por supuesto, con el arroz tres delicias. Para la comida china era muy básica.

—Cariño, sé que tienes razón, aunque creo que debemos pararle los pies. No quiero que influya tanto en nuestras decisiones. Si queremos cambiar de casa, lo decidiremos nosotros. Y, sin duda, ya lo sabes, no pienso dejar de trabajar en la clínica veterinaria.

Borja la miró a los ojos.

—Te quiero, y sabes que lo haría todo por ti, pero es mi madre y está ilusionada con la ceremonia, eso es todo.

—Me da la sensación de que no tenemos el control de nuestra propia boda. No es lo que queríamos; iba a ser algo sencillo y se ha convertido en el evento del año.

—Soy su único hijo, es normal que quiera hacer una gran celebración. Cariño, no sé por qué lo ves tan raro, hay gente que mataría por esto.

Lucía calló. Él aprovechó para darle un bocado de empanadilla directamente de sus labios. El Borja juguetón salió de su cascarón.

En el sofá iniciaron su noche de amor. Esa noche en la que Bárbara no iba a estar presente y era para ellos solitos.

Capítulo 2.

Vivir sin aire (Sole Giménez)

Borja se fue pronto esa mañana a la clínica. Lucía se preparó el desayuno y cogió el libro que la tenía totalmente absorbida, *Corazones guerreros*, cuando sonó el teléfono. Era Candela.

—Me han despedido. La zorra aquella ha conseguido que me despidan —gimió.

—¡Joder!, lo siento, nena. ¿Quieres venir a casa y hablamos?

—No, me voy directa a la oficina del paro a gestionar los papeles. En el fondo, me han hecho un favor. ¡Qué imbéciles!

—Te ayudaré a dar voces, a ver si me entero de algo. Me sabe fatal.

—Mi jefa es idiota, me tenía muy harta, la verdad. Ya me saldrá otra cosa. Voy a aprovechar para poner en orden mi vida. Te llamo mañana para quedar, ¿*okey*?

—*Okey*. Te quiero.

Candela estaba divorciada y sin hijos. Su marido la abandonó por una compañera de trabajo y le estaba costando superarlo sentimentalmente hablando. Hacía ya dos años de ello, y aún no había aceptado salir con otro hombre, pese a que había tenido más de una oportunidad. Le daba terror volverse a enamorar.

Lucía libraba ese día; aprovechó para ir a la peluquería, a la de su barrio, a la que iba desde siempre a cortarse las puntas o hacerse algún arreglo y llegó con el tiempo justo a casa para cambiarse y dirigirse al exclusivo club en donde se llevaría a cabo el convite de la boda. Era un lugar espectacular, sin duda alguna, aunque muy por encima de lo que ella se hubiera podido permitir. Se sentía abrumada, pequeña al lado de tantos lujos.

Esta vez llegó dos minutos antes que Borja y sus padres, que venían juntos.

—Menos mal, hoy lo llevas puesto. —Bárbara se refirió al anillo—. Qué se note que eres la novia. ¿No te has cortado demasiado el cabello?

Lucía resopló unos segundos y contó hasta diez sin responder al comentario de la que iba a ser su suegra en pocos meses. En cambio, el padre de Borja, Joan Sempere, se acercó a ella y le dio un abrazo.

—Estás preciosa, Lucía —dijo dándole dos cariñosos besos—. No sé si te lo has cortado mucho o poco, pero te queda fenomenal —le encantaba llevar la contraria a la pejigueras de su mujer.

Eran tan diferentes; ella, meticona y manipuladora, y él, siempre en un segundo plano, respetuoso y cordial. El Yin y el Yang. El sol y la luna.

Se sentaron a la mesa y comenzó el desfile de platos. Probarían tres opciones de entrante, tres más de principal y tres tipos de tarta. Y, cómo no, también el surtido de aperitivos y algunos sorbetes previos al postre. Era demasiado, pero lo normal en este caso. Lucía y Joan optaron por unos, Borja se puso del lado de su madre, quien, al final, ganó la partida. En realidad, eso le daba ya igual. Lo peor fue al terminar la velada.

—Tenemos una noticia que daros —soltó Bárbara dándoles un sobre. Lucía se puso a temblar temiéndose lo peor.

Lo abrieron, contenía los billetes para una luna de miel en la Polinesia Francesa con todos los gastos pagados en los mejores hoteles.

—¡Gracias, papis! —gritó Borja.

Lucía permaneció callada. No se atrevía a hablar, aunque casi le salieron subtítulos por aguantarse las ganas que tenía de explotar. Tras unos minutos de silencio, su casi suegra intervino.

—¿No te ha gustado este regalo tampoco, nena?

—Es que el viaje ya estaba decidido. Íbamos a ir a Escocia y recorrerla en coche. Nos hacía mucha ilusión y ya tenía todo el trayecto trazado, las reservas, los billetes de avión. Todo.

—Cariño, ¡esto es mucho mejor! —intervino Borja para quitarle hierro al asunto—. A Escocia podemos ir el año próximo, ¿qué te parece?

A Lucía casi se le escapa una lágrima. Era su sueño. Llegar a Glasgow, coger un coche y recorrer todos los escenarios de novelas románticas situadas allí. Decidió sonreír vagamente y dejarlo correr. Ya habría más oportunidades.

Borja, tras la cena la dejó en casa. Esa noche no dormiría con ella ya que, por la mañana, pronto, tenía una operación importante. Lucía se metió en la cama e intentó dormir; sin embargo, no dejaba de darle vueltas a la cabeza. Borja no lo pillaba, la conversación que habían mantenido apenas unas horas antes se había disipado de su mente, esfumado por completo.

****

Su teléfono sonó a primera hora. Por el prefijo comprobó que era del pueblo. Se extrañó.

—¿Diga?

—Hija, soy la Eustaquia, la vecina de tu tía Isabel. ¡Ay, hija!, ¡te tengo que dar una mala noticia!

Su tía Isabel, hermana mayor de su madre, era octogenaria. Se llevaba quince años con su madre, que vino de improviso cuando su abuela ya no contaba con tener más hijos. Cosas que pasaban entonces.

—Ayer noche, se puso malita, llamamos al médico, pero corazón, ¡se ha muerto!

—Oh, ¡madre mía!

—Eres su única pariente. Deberías venir al pueblo, hija.

Era cierto. Ella era su única familia. Sabía que estaba bien y cuidada por las vecinas; realmente no tenían demasiada relación. Hacía muchos años que no iba al pueblo y la veía. De hecho, el último verano que estuvo allí, las hermanas se enemistaron y se distanciaron. Nunca le explicaron qué pasó y su contacto, desde entonces, era tan simple como una llamada para los cumpleaños y Navidad. Eso era todo.

—Entonces, hija, vas a venir a Peñavieja a hacerte cargo de ella,

¿verdad? Isabel siempre decía que te llamáramos a ti cuando la muerte decidiera llevársela.

Lucía pensó unos segundos.

—Sí, por supuesto, mañana mismo estaré allí. Gracias, Eustaquia.

En realidad, esa excusa era perfecta para salir de Barcelona unos días y pensar en su futuro. Llamó a Candela.

—Nena —dijo nada más descolgar—, ¿tienes algo que hacer en los próximos cuatro días?

—Nada en particular, ¿qué propones? ¿Escapadita de chicas a Londres?

—Escapada, sí…, pero a Peñavieja de la Rubia.

—Eso, ¿dónde puñetas está?

—En la provincia de Córdoba, en la sierra. Mi única tía ha fallecido, y debo hacerme cargo de su funeral. Se ve que era su última voluntad. ¿Me acompañas? Hace muchos años que no voy y, la verdad, guardo buenos recuerdos. Nos irá bien salir de esta caótica ciudad.

—Y caótica vida, añadiría.

—Entonces, ¿te vienes?

—Me apunto a un bombardeo, ya sabes.

—Pues salimos después de comer. Te recojo con el coche, hacemos una parada a medio camino y por la mañana estaremos allí.

Poco amiga de los trenes, prefirió utilizar su propio vehículo, su «cutre tartana», como ella llamaba a su coche de más de doce años y que ya le daba algún que otro susto. Introdujo la ruta en el GPS, ya que ni recordaba cómo llegar. También era de esperar que las carreteras hubieran mejorado y la antigua vía llena de curvas hubiera desaparecido.

Dejó una nota de voz a Borja informándole de que debía ir al pueblo, ya que por teléfono fue imposible contactar con él. Sabía que tenía una operación importante y larga y no le dio más importancia.

****

Recogió a Candela, que llevaba una maleta como si se fuera a Beverly Hills y no a un pueblo de montaña de menos de cuatro mil habitantes.

—Espero que hayas incluido en tu equipaje alguna chaquetita, pues por las noches refresca pese a ser mayo. Es la sierra, nena.

—Sí, claro. Según mi aplicación del tiempo, durante el día puede hacer calor y de noche algo de fresquito. Lo tengo controlado, *baby*.

Rieron por el camino como hacía tiempo que no reían y eso que iban a un funeral.

—¿Recuerdas a tu tía? —preguntó mientras cenaban en la fonda en la que habían parado para pernoctar.

—Muy poco, la verdad. Algo ocurrió entre mi madre y ella, casi no se hablaban y mi tía jamás venía a Barcelona: le daba terror salir del pueblo, aparte de sus temas de salud.

—¿Qué pasaría?

—No tengo ni idea. Se llevaban muchos años, imagino que incompatibilidad de carácter o celos… Mi madre nunca me lo contó. Lo que es extraño es que dejara escrito que me avisaran a mí.

—Bueno, si no tenía a nadie más…

—Sus vecinas. Aunque tienes razón. Lo cierto es que yo la recuerdo simpática, y conmigo siempre fue un amor. El último verano que pasé allí, estuvimos en su casa. Aún vivía mi tío Anselmo.

Siguieron con la cena y no quisieron trasnochar para llegar frescas a Peñavieja. Tampoco es que en ese pequeño pueblo de Albacete hubiera algún bar abierto más allá de la fonda. Seguía sin noticias de Borja, aunque supuso que habría oído su mensaje; aun así, justo antes de irse a dormir, volvió a llamarle. Esta vez sí respondió.

—Hola cariño ¿oíste mi mensaje?

—Sí, lo oí hace un rato. Ha sido un día largo.

—Esperaba una llamada o algo…

—Perdona, tienes razón. Ha sido de locos y no he tenido ni un minuto.

Le explicó lo de su tía y que debía estar en Peñavieja unos días, seguramente hasta el domingo. Pareció entenderlo y no se opuso, aunque ella estaba ya en Albacete y le daba un poco igual su opinión. Esa muerte era la excusa perfecta para salir de allí, coger distancia y meditar. Quizá él también lo interpretó de la misma manera y no quiso insistir. Borja era conocedor de que Lucía estaba molesta y le dio el espacio que necesitaba, total, no iban a ser muchos días.

Durmió más tranquila tras hablar con él.

Se despertaron al amanecer y decidieron que era el momento idóneo para desayunar y emprender la marcha. Candela, no muy acostumbrada a madrugar, tal cual se sentó en el asiento del copiloto, se quedó frita. A Lucía le costó encender el motor y rogó a todos los dioses del Olimpo que no la dejara tirada en ese momento.

Paró a repostar en una gasolinera del último pueblo de Jaén. Fue justo cuando Candela se despertó e imploró por un café cargado que la despejara. Tras esa pequeña pausa, ya solo quedaba una hora y pico para llegar a Peñavieja de la Rubia.

Nerviosa, y atendiendo a las indicaciones de Paquita, que es como habían bautizado a la voz femenina y de persona mayor del GPS, iniciaron los últimos diez kilómetros. Candela observaba por la ventana el paisaje montañoso pero árido que las envolvía.

—Parecen los Monegros, está *pelao* —dijo partiéndose de la risa.

—Es la sierra, hija. Aquí hay de todo. Si no recuerdo mal, Peñavieja está rodeado por bosques.

«Cutre tartana» se paró a la entrada del pueblo. No había manera humana de volverlo a poner en marcha. Otro vehículo que pasaba por allí se paró.

—¿Necesitáis ayuda? —Un chico de unos treinta y pico años sacó la cabeza por la ventanilla de su vehículo y les preguntó.

—No. Es que se ha recalentado el motor. Le ocurre a menudo, ya estoy acostumbrada.

—¿Queréis que le eche un vistazo? —insistió.

—Gracias, no creo que sea necesario —Lucía giró de nuevo la llave del contacto y este se encendió.

—¡Salvadas! —exclamó Candela.

—De todas maneras, gracias —Lucía se dirigió al desconocido.

—De nada, forasteras. —El chico salió primero con su furgoneta dejándolas atrás.

Se miraron entre ellas y rieron.

—¡Empezamos bien! —exclamó Candela.

Iniciaron de nuevo la ruta, solo quedaban unos pocos metros para llegar.

Aparcaron frente a la puerta del número ocho de la calle Santa Justina. Allí era donde la esperaba Eustaquia, que, al parecer, tenía detectores, porque ya se hallaba en la puerta esperando, pese a no saber a qué hora exacta llegaban. Lucía la reconoció, pues estaba igual; parecía que no habían pasado tantos años desde la última vez que se vieron.

—Lucía, pero ¡qué mayor estás! —se dirigió a Candela confundiéndolas.

—Lucía soy yo, Eustaquia. No se preocupe, han pasado muchos años.

—¡Ay, la juventud! que os pintáis el pelo y eso confunde.

Curioso porque Lucía seguía con su castaño natural y Candela era rubia de bote. Vamos, que se parecían como un huevo a una castaña.

Se dieron dos besos y un intenso abrazo.

—¡Mi pobre Isabel! —se lamentó—. ¡Lo contenta que se hubiera puesto de verte, hija mía!

Lucía notó un poco la exageración en los gestos de Eustaquia y casi le vino la risa, aunque enseguida pensó que eso era un pueblo muy pueblo y, sobre todo, en los entierros, había que dar la talla.

Entraron en la casa y, sin saberlo de antemano, se encontraron con

la capilla ardiente de su tía.

—¡Dios santo! ¿La tienen aquí? —Candela dio un brinco al ver el féretro abierto.

—Eso parece, qué horror —contestó Lucía por lo bajini.

—Tu tía así lo quería. Venid, os he preparado la habitación del fondo para que podáis descansar.

Candela dio un codazo a Lucía, y se apartaron para que Eustaquia no pudiera escuchar su conversación.

—Ni de coña me quedo aquí, con la muerta en cuerpo presente. ¡Yo me piro!

—Yo también quiero salir por patas…

Se dirigió de nuevo a Eustaquia.

—Creo que es mejor que durmamos en el hostal del pueblo. Sigue abierto, ¿verdad?

—Mujer, no pasa nada. Isabel no os va a comer. ¡Ay, cómo sois los jóvenes! Sí, sigue abierto.

—No le sepa mal, ni mi amiga ni yo estamos acostumbradas a compartir espacio con un fallecido, ¿comprende?

—Como quieras, hija. Mañana ya es la ceremonia, así que solo sería una noche, pero nada, *pal* hostal, ya me quedaré yo haciéndole compañía a mi *Isa*.

Eustaquia aceleró el paso por el pasillo de la casa, murmullando algo que no alcanzaron a entender.

Las chicas se dirigieron al hostal, dejaron las maletas y volvieron a la casa de la finada.

Las cinco vecinas, lideradas por Eustaquia, ninguna de ellas menor de ochenta y cinco años, se encontraban velando a Isabel entre lamentos, quejidos y lloros. Algo que Candela y Lucía encontraron un tanto desproporcionado y sin duda, con mucho teatro, aunque no dudaban de su estima hacia la difunta. Durante el día fueron pasando más habitantes del pueblo. Algunos traían flores; otros, comida.

—Como si tuviera ganas de comer con el fiambre aquí —susurró

Candela al oído de Lucía.

—Calla, calla, que nos van a mirar mal. Tú sigue el rollo y ya está.

Mayores y jóvenes fueron a presentar los respetos a Isabel, a las plañideras y cómo no, a su sobrina, a la que habían puesto ya un mote, eso sí con mucho cariño: la catalana.

Un chico entró de los últimos esa tarde. Era alto, moreno y corpulento, un poco rudo pero atractivo. Se presentó como sobrino de Isabel y Anselmo, por la parte de él. A Lucía le sonó su cara: era el chico que intentó ayudarlas cuando el coche decidió no arrancar a la entrada de Peñavieja.

—Me llamo Fran, te acompaño en el sentimiento —se dirigió directamente a Lucía y luego a Candela para, después, desaparecer sin dar más explicaciones.

—Es guapo, ¿no? —soltó Candela—. De todos los que han pasado por aquí, el único que merece la pena admirar. Y tiene todos los dientes.

—No cambiarás nunca… ¡Estamos en un velatorio! —la riñó—. Creo que es el mismo chico que nos intentó ayudar esta mañana.

—La misa será a las diez y media en la iglesia de San Blas. Los de la funeraria llevarán a Isabel allí a primera hora para darle el último adiós —intervino Eustaquia al ver que las dos cotilleaban entre ellas.

—Allí estaremos. Gracias por organizarlo todo, es usted una santa —agradeció Lucía.

—Queda la mejor parte, niña.

—¿A qué se refiere?

—Isabel quería ser incinerada y que sus cenizas fueran esparcidas por el Monte de los Almendros, al norte de Peñavieja. Quería que lo hicieras tú. Lo dijo expresamente en muchas ocasiones.

—No hay problema. Lo haré.

—La cuestión es que los almendros ahora no están en flor. Hay que esperar a febrero.

—Es verdad…, tiene usted razón. Vendré en febrero para cumplir su última voluntad. Pondremos la urna en su casa, en un rincón bonito,

mientras tanto.

—¿No te la llevas a Barcelona? ¿Qué va a hacer aquí solita?

—Eustaquia, está muerta… mejor aquí con sus recuerdos —intentó persuadirla.

Eustaquia asintió con la cabeza, poco convencida.

Las chicas salieron de la casa y volvieron al hostal. Por el camino pararon en un pequeño bar para picar algo: un salmorejo y flamenquines. Candela se pidió un *gin-tonic*, y el camarero le sirvió una marca de las de siempre, una que estaba totalmente demodé; no obstante, era la única ginebra disponible y que ella no hubiera utilizado ni para limpiar los cristales. Le quemó la garganta dejando abandonada la copa a los tres sorbos.

Capítulo 3.

***¡Qué bonito!* (Rosario Flores)**

La misa se celebró sin novedades y tal y como estaba previsto, medio pueblo llenó la iglesia de San Blas, patrón de Peñavieja. Al salir, se les acercó un hombre de mediana edad.

—Tú debes de ser Lucía. —Se saludaron con un apretón de manos —. Me presento: soy Manuel Ojeda, el notario del pueblo. Tu tía me dejó varios encargos para ti.

—Vaya, ¿más encargos? Si es lo de las cenizas, ya me lo ha comentado Eustaquia.

—¿Qué cenizas? Nada de eso. Pásate por mi despacho esta tarde sobre las cinco. —Le dio su tarjeta de presentación—. Tenemos que hablar.

Se fueron un rato a descansar y a la hora convenida, extrañadas, aunque con curiosidad, se acercaron a la Notaría de don Manuel, la única de todo el pueblo. El edificio donde estaba situada era de estilo colonial, precioso. Al parecer, había sido en el pasado la residencia de unos franceses que explotaban la cantera del pueblo.

—Don Manuel, las chicas de Barcelona ya están aquí —indicó la recepcionista por el teléfono, avisando de su llegada.

—Lucía Pons y Candela de Luis, concretamente —intervino Lucía un poco molesta.

—Disculpen. Pasen a la salita. Don Manuel las recibirá enseguida.

Esperaron apenas diez minutos. El engominado notario las vino a buscar a la sala y las acompañó a su despacho, en el que había un ligero desorden e infinidad de carpetas de colores encima de la mesa principal.

—Lucía Pons ¿verdad? —Ella asintió.

—Alias la Catalana —intervino Candela entre risas.

—Tu tía me pidió que te leyera el testamento. Hay una cartilla con bastante dinerito, aunque no es que tenga cien millones de euros ni nada, no te asustes; sin embargo, te lo deja todo a ti, junto a las propiedades. Bueno, al asilo del pueblo les deja tres mil euros como donación y a su sobrino Fran Caballero le lega una propiedad en Peñavieja.

—¿Dinerito? ¿Propiedades?

—Unos cuatrocientos mil euros, la casa donde vivía y el cortijo familiar.

—¿Cómo dice? ¿Qué cortijo? —Ni siquiera la suma de dinero le llamó la atención tanto como oír lo del cortijo.

—El que está cerca del Caño de Blancaflor. ¿Nunca has oído hablar de él?

—Ni idea, la verdad.

—Pues es propiedad de vuestra familia desde hace décadas. Hay ganado, cerdos, huertos, olivos… de todo un poco.

—Pero ¿quién cuida de él? Eso da muchísimo trabajo. Soy veterinaria, sé lo que es trabajar con animales.

—Lo lleva el sobrino del marido de Isabel, Fran Caballero, ¿le conoces?

Ambas se miraron y asintieron.

—Le vimos en el velatorio de mi tía, aunque no sé mucho más de él.

—Confío en que os llevéis bien; es un trabajador muy bueno y lleva años gestionando la finca.

Tras la lectura formal del testamento regresaron a la casa de Isabel. Había acordado con una de las vecinas que enviaría a alguien a limpiar y, sobre todo, airear la vivienda.

Esa noche la pasarían allí. Era una casa de pueblo, nada espectacular; no obstante, el patio trasero era enorme y en el porche, a la sombra del limonero, presumía que se estaría la mar de bien. Pensó que era el sitio ideal para leer sus novelas románticas, tal y como recordaba que hacía su tío Anselmo, aficionado a las del oeste.

—Jolín, pues si haces un par de reformillas, podría quedarte una casa de veraneo muy bonita —insinuó Candela.

—Está un poco lejos para ir de fin de semana, ¿no crees? Además, dudo que a Borja le guste esto.

—¿A ti te gusta? Eso es lo importante…

—Tengo buenos recuerdos del pueblo. De pequeña lo pasé genial, pero, en realidad, ahora apenas lo reconozco. Es una pena porque aquí se crio mi madre, forma parte de nuestra historia. Hacía muchos años que no venía. El último verano que lo hicimos fue cuando mi madre y la tía Isabel se enemistaron, aunque nunca supe la razón…

—Pues a ti te debía querer bastante para dejártelo todo.

—Soy el único familiar vivo que queda de esta familia, no había más remedio.

—No sé, yo en esta casa, respiro cariño por ti. ¿Te has dado cuenta de que hay fotos tuyas por todos lados? Desde que naciste. Hay decenas.

—Me hubiera gustado conocerla un poco más. Por mucho que pasara entre ellas, nada debería separar a dos hermanas, ni a una sobrina de su tía.…

Suspiraron en silencio dejándose embriagar por el aroma al hogar…, ese hogar que Candela ya había bautizado cariñosamente como Villa Salmorejo.

—Volveremos a Barcelona el lunes por la mañana, aunque deberé regresar pronto para arreglar todos los papeles, aún no sé cuándo —continuó Lucía—. Me gustaría hablar con Fran primero, quiero que siga al mando de todo. Yo estaré en la distancia y si quiero que todo siga igual, debo contar con él: me gustaría conocerle mejor y que nos lleváramos bien.

—Es bastante probable que tenga dudas de lo que va a pasar a partir de ahora. Lo mismo se piensa que quieres venderlo todo o deshacerte de él.

—No es mi intención; si esta finca ha pertenecido a mi familia tantos años, me gustaría conservarla, como si no hubiera pasado nada. Aun así, no conozco el negocio más allá de lo que explicó el notario. Definitivamente, debo reunirme con el tal Fran.

—¿Has hablado con Borja de todo esto?

—No, qué va. Apenas he cruzado unos mensajes con él estos días. Está demasiado liado y, además, prefiero hacerlo en persona. De hecho, me espera el miércoles, y quiero darle una sorpresa y avanzar nuestro regreso, tampoco podemos hacer mucho aquí. Creo que he sacado las cosas de madre con los nervios de la boda y he estado un poco insoportable. Y añoro a Kaos, que además está solo, aunque la vecina va a ponerle comida y agua todos los días, pero echo de menos a mi minino y sé que él a mí también.

—Bárbara no ha ayudado mucho en esta situación, no lo olvides.

—Es cierto, pero si quiero hacer vida con Borja, deberé aguantarla o al menos aprender a tolerarla.

—La pregunta es, ¿quieres estar con él toda la vida?

—Creo que sí.

—¿Crees? Esa respuesta me asusta.

—Es que tengo muchas dudas… me da un poco de miedo lo rápido que están yendo las cosas; siento vértigo. Quiero seguir siendo veterinaria y llevar mi vida como hasta ahora, aunque sé que es difícil, no es imposible. Su familia tiene demasiado peso en sus decisiones, es lo que no me gusta de esta historia.

—Deberías pensártelo bien y, si hace falta, posponer la boda. ¿A qué viene tanta premura? Ni que estuvieras preñada —Candela lo soltó entre carcajadas.

—El día que me lo pidió fue tan romántico… dije que sí porque le quiero, sin embargo, no sé si deseo la vida que me espera casada con él. Ya sabes que me como mucho el coco.

—Otras matarían por estar en tu situación…

—Yo estoy segura de que él me ama, me lo demuestra muchas veces; no obstante, me da rabia que sea su madre la que está detrás moviendo los hilos de su entorno, como si fuéramos marionetas. No quiero decir esto, pero la odio. Es una manipuladora. ¿Qué pasará si algún día tenemos hijos? No quiero ni pensarlo.

—¿Qué opina Borja?

—Sabe que no puedo con ello, me supera; sin embargo, él mira para otro lado cada vez que el tema de su madre sale a relucir. Quiero que me entienda, que se ponga en mi piel. Candela —siguió—, mi vida ahora mismo es un lío de los gordos.

Estuvieron debatiendo largo rato. Las dudas de Lucía eran lógicas y naturales teniendo en cuenta cómo se estaban desarrollando los acontecimientos. Era una mujer decidida y que llevaba el timón de su vida desde hacía años. Sintió la necesidad de sentarse a hablar con Borja una vez más, aunque sabía que de poco iba a servir. Eso la molestaba, la sacaba de sus casillas. No sería la típica esposa acatadora, lo tenía bastante claro y no quería a Bárbara en su vida más de lo necesario.

Decidió a media tarde de ese sábado enviar un mensaje a Fran Caballero. El notario le había dado el contacto y pensó que era bueno quedar con él y hablar de la finca.

Él contestó que podían verse esa misma noche en la plaza Mayor, en el Bar de Martín, punto de encuentro para la mayoría de los vecinos de la zona para tomar un café o unos vinos. Respondió que asistiría encantada y a las nueve en punto fue para allá, sola; esta vez sin Candela, que prefirió quedarse en casa y hacerse la manicura. Casi mejor. Era un tema de trabajo, de un trabajo que ella desconocía totalmente, pues ni siquiera había visto el cortijo aún. Sin embargo, hablar con Fran era necesario pues don Manuel le había puesto al corriente de los deseos de Isabel, y debía hacerlo antes de volver a Barcelona.

Fran acudió a la cita con diez minutos de retraso. Se estrecharon fríamente las manos, pese a que ella iba a darle dos besos, como solía hacer siempre que conocía a alguien más o menos de su edad.

—Lucía Pons. Perdona que no te atendiera como es debido durante el funeral. No suelo ser tan antipática. Y gracias por intentar ayudarnos el otro día.

—Fran Caballero. —Le estrechó la mano—. No te preocupes. Ya estoy enterado de todo, me lo explicó don Manuel. ¿Cómo queda mi situación? Llevo aquí toda la vida y sería injusto…

—¡Para! —interrumpió Lucía— Es lo que vengo a decirte: quiero que todo siga como hasta ahora, que estés al frente de todo, como si nada de esto hubiera ocurrido.

Fran la miró a los ojos en silencio, sin saber qué decir. Tenía una mirada penetrante de esas que no se olvidan, que junto a una cicatriz que le atravesaba la ceja derecha, aunque disimulada por unos mechones rebeldes que se le venían a la cara, le impuso mucho respeto. Era un tipo serio y un tanto tosco.

—Gracias —dijo tras unos segundos de pausa que le parecieron horas.

—Aún no he visto la finca siquiera, no sé a lo que me enfrento, pero quiero que me creas: tú seguirás siendo el jefe. Intentaré estar involucrada, aunque para eso, necesito conocer todos los detalles e imagino, que eso es imposible de aprender en un día.

—Mañana te recojo a las seis en punto y te llevo a los Azahares.

—¿De la tarde? ¿Azahares?

Él la miró y esbozó una sonrisa discreta.

—De la mañana, Lucía, de la mañana. El cortijo se llama así.

Fran se tomó la cerveza de un trago y volvió a mirarla a los ojos, con esa mirada que ella ya había calificado de «intensa».

—Hasta mañana, Lucía.

Se levantó y sin mirar atrás salió decidido. Lucía acabó el trago con un poco más de calma y a los pocos minutos volvió a casa pensando que se iba a dar un madrugón de narices, para ver cuatro cerdos y tres gallinas.

****

A Candela era imposible sacarla de la cama antes de las nueve y media, por tanto, Lucía salió sola, y a las seis menos cinco esperaba en la puerta de la que ya era su casa.

Fran apareció esta vez puntual. Vestía unos tejanos y una camisa de cuadros, azules y blancos. Llevaba un todoterreno lleno de barro, como si hubiera hecho un *rally* tipo Paris-Dakar. Lucía, también con tejanos y una sudadera gris subió al vehículo, mientras él se afanaba en retirar diversos objetos del asiento del copiloto. Se notaba que no

estaba muy acostumbrado a llevar pasajeros, al menos en ese coche.

Se saludaron, esta vez, con dos besos en la mejilla y emprendieron la marcha.

—No te olvides el cinturón. —Lucía se lo abrochó—. No está lejos, a unos veinte minutos, aunque el camino se las trae.

—No hay problema, siempre me ha gustado el campo.

—Me dijo don Manuel que no conocías la existencia de la finca.

—Es verdad, mi madre nunca me contó nada.

—¿Ni tu tía tampoco?

—Mi madre e Isabel estaban distanciadas. No conozco los motivos, si te soy sincera. Soy la primera sorprendida con todo lo que está pasando.

Fran siguió atento a la carretera, aunque no podía evitar mirar de reojo a Lucía, que intentaba encontrar cobertura con el móvil, en vano.

—No te molestes. No tendremos señal hasta después de la cañada, a unos dos kilómetros.

Asintió con la cabeza y no pudo evitar soltar una carcajada.

—¿Sabes cómo suelen llamar los catalanes de los pueblos a los de ciudad que vamos al campo solo de vez en cuando? *Pixapins*. Mea pinos literalmente; dominguero, para que me entiendas. Me siento un poco así, honestamente.

Fran soltó una espontánea carcajada pillando a la primera el significado. Entendió que Lucía se sintiera como un pez fuera del agua. Aquello no se asemejaba a la gran ciudad de la que procedía, ni de lejos. En Peñavieja de la Rubia todo el mundo se conocía o creía conocerse; sabían o inventaban los secretos de cada habitante y, pese a que todos actuaban de forma diferente, lo más importante: no dudaban en echarse una mano en caso de necesidad. Eso precisamente es lo que hizo Isabel con Fran: darle ese trabajo alejado de las personas; no se le daban bien o al menos así lo creía él. En cambio, los animales, tuvieran cuernos, rabos o grandes colmillos, se le daban fenomenal y en ese cortijo había hallado la felicidad. Una cierta felicidad tras un desastre de vida.

—Ya llegamos, solo quedan un par de kilómetros más.

—Tenías razón es un camino un tanto complicado.

Pensó que era normal que el coche en el cual viajaban estuviera tan ajado dada la dureza de la carretera, por llamarla de alguna manera, por la que debían pasar hasta llegar al cortijo.

Una travesía por un camino lleno de arena y polvo dejó a la vista los Azahares: una finca enorme e imposible de abarcar con solo un vistazo. Una bonita hacienda blanca destacaba por su majestuosidad, justo en medio de la propiedad; otras casas de pequeño tamaño adyacentes a ese eje central, así como las cuadras, pocilgas, algunos gallineros y algo que se le asemejó a un granero o similar.

Entraron a la casa principal, por el patio cubierto de parras, adornado por un gran molino de aceite en el medio y un pozo de piedra que parecía en desuso. Ese patio se comunicaba con los de las casas colindantes de la misma propiedad. Lucía solo había visto algo así antes, en televisión, y le dio la sensación de que estaba viendo un reportaje sobre casoplones de Andalucía.

—¿Cuánta gente vive aquí? —preguntó con curiosidad y con miedo, ya que lo que ella creía un pequeño cortijo familiar con cuatro cerdos y tres caballos, en realidad era un pedazo de hacienda enorme.

—Fijos, no muchos, unos diez, pero pasan por aquí muchas personas, dependiendo del trabajo y la estación del año.

Entraron dentro de la casa. Un auténtico palacio datado de la época barroca, que incluso disponía de una pequeña capilla.

—Es impresionante —atisbó a decir con la boca abierta.

—Lucía, esto cuesta mucho de mantener, pero no te asustes, da rendimiento suficiente como para seguir unos cuantos años con tranquilidad.

En la planta principal era donde se hacía vida durante el día: un comedor, un salón con una chimenea y una enorme cocina. Subieron por la escalera de madera tallada al primer piso en donde había varias habitaciones. Mientras subían vio algunos retratos de, supuso, antiguos familiares de los que ella jamás había oído hablar. Sintió rabia… Allí había un gran pasado del que ella había sido apartada y le había sido arrebatado. En el segundo, aún más estancias y una de ellas cerrada.

—En esta habitación —dijo Fran señalándola—, hace al menos veinte años que no entra nadie, por expreso deseo de Isabel. Ni siquiera sé dónde está la llave.

—Vaya…; *habemus* misterio…

—Queda mucho por ver, esta es solo la hacienda principal. Las casas que ves alrededor son de aperos o para los jornaleros que, durante algunos meses al año, pernoctan en la finca.

—Entiendo. ¿Tú vives aquí?

—Paso muchos días aquí, sí, aunque tengo mi casa cerca de la que es la tuya ahora. Creo que necesitamos más de un día para que te explique todo lo que hacemos en los Azahares, te puedes volver loca si te doy hoy toda la información.

—Tienes razón. Mañana vuelvo a Barcelona, aunque regresaré en breve, en cuanto pueda organizarme.

—He oído que te casas pronto. —La sorprendió, ya que no era algo que ella hubiera comentado más que con Eustaquia.

—Sí, en poco más de un mes.

—Espero que a tu futuro marido le guste todo esto. Supongo que pasaréis tiempo aquí también.

Lucía no contestó. No veía muchas posibilidades con el trabajo que tenía Borja, de pasar temporadas en los Azahares más que alguna semana en vacaciones, aunque sin duda, él preferiría la playa.

—Quisiera ver los caballos, si no te importa.

—Claro, no faltaba más.

Se acercaron a las cuadras. Lucía fue una gran amazona, pues en el pasado montó mucho, incluso llegando a competir en salto cuando era una adolescente; pero esa pasión acabó en un segundo cuando su yegua Amira, una gran princesa árabe, tuvo que ser sacrificada al romperse las dos patas de atrás en una mala caída durante una competición. Lucía, entonces con dieciséis años, perdió la ilusión por montar. Fue lo que hizo que se convirtiera en veterinaria.

Se acercó a cada uno de los boxes. Contó unos diez caballos. Una pequeña yegua, oscura como el azabache, le llamó especialmente la

atención.

—Son preciosos y están muy bien cuidados.

—Lo están, yo mismo, con ayuda del mozo, me encargo personalmente de algunos de ellos.

—Esta es joven ¿verdad? —La acarició sin dificultad, pues la potrilla se dejó hacer.

—Tiene cuatro años, se llama Sayida, que significa dama en árabe. Es hija de una preciosa jaca y su padre es un semental que ha ganado muchísimos premios. Será una gran yegua.

—Es absolutamente cautivadora. Me encanta.

—Está muy familiarizada con nosotros. Es un trabajo duro, desde el nacimiento. Hace ya un tiempo que empecé a montarla y domarla. Es un ejemplar que tiene mucho potencial. Me encargo personalmente de ella.

Lucía, como veterinaria, conocía muy bien a los equinos, su animal favorito. Sabía perfectamente de lo que estaba hablando Fran.

—Los caballos, ¿para qué los utilizáis? ¿Se crían aquí y luego se venden?

—No. Alguna vez hemos vendido alguno, pero no es lo habitual. En realidad, los usamos para ir por la finca y de paseo. Algunos competían, ya no… No encontramos jinetes. Sinceramente, creo que los caballos consiguen que la propiedad parezca más grande y señorial. Isabel tenía pasión por ellos y quería que los mantuviésemos.

—Pienso lo mismo. Me encantan los caballos.

—¿Quieres montar a Hada? Es la madre de Sayida.

—No he traído nada.

—Tenemos de todo, no te preocupes. Voy a buscar algo adecuado para ti.

—Lo cierto es que no quiero montar —zanjó, poniéndose a mirar a otro lado para distraer su atención.

Fran no insistió al notar claramente como le cambiaba el semblante, y no quiso preguntar. Tampoco es que hubiera confianza

de ningún tipo entre ambos.

Le enseñó, a rasgos generales, la finca y a media tarde, antes de que oscureciera y tras degustar un poco de embutido y queso de la zona, junto con unos buenos vinos, Fran llevó a casa a Lucía.

—Te llamaré desde Barcelona para comentar algunos detalles que no me han quedado claros, pero vaya, todo sigue igual, como ya hemos comentado.

—De acuerdo. Llama cuando quieras, aquí estaré.

Lucía entró y se encontró a Candela embadurnada con una mascarilla facial casera.

—Joder, qué susto me has dado, niña, ¡pareces la novia de *Chucky*!

—Perdona. —Se partía de la risa mirándose al espejo. Realmente daba un poco de miedo—. Ha sido *la* Silvina, que me ha dado una receta de exfoliante nueva para mí y quería probar.

—¿Silvina?

—La vecina de dos puertas más abajo. Vino aquí esta mañana, trajo un pastel de bienvenida y le ofrecí un café. Estuvimos hablando de esto y lo otro y surgió. Es muy maja.

—Ah ¿es joven?

—Bueno, unos cincuenta y algo, pero con un cutis maravilloso. Es sobrina de *la* Eustaquia. Por cierto, ¿qué tal fue con Fran?

—Muy bien. No te puedes imaginar cómo es el cortijo… impresionante, parece *Falcon Crest*, es enorme. Y yo que pensaba que era una casucha con cuatro gallinas. —Se echó la mano a la cabeza en un gesto dramático exagerado—. Lo cierto es que funciona muy bien. Tienes que venir conmigo, te va a encantar.

—Uf, a mí no me gustan demasiado los bichos.

—Cuando veas la hacienda te vas a caer de culo, nena. Cambiando de tema, mañana me gustaría salir de madrugada, sobre las cinco o así, no quiero llegar muy tarde y me gustaría, como te dije, sorprender a Borja.

—He pensado una cosita… espero que te parezca bien.

—Dime.

—Me gustaría quedarme unos días más aquí. Me siento a gusto y, no deseo volver a la gran ciudad. No sé cuánto tiempo, quizá dos o tres semanas, ¿te molesta?

—Claro que no, ningún problema, cielo, mientras vuelvas a tiempo para la boda.

—Por supuesto. Aunque no pienso ni por un segundo en ponerme el vestido de dama de honor que Bárbara sugirió.

—Te entiendo perfectamente, yo tampoco lo haría. En fin, quédate el tiempo que quieras… eres como mi hermana, no necesitas permiso.

—Me irá bien para pensar en el futuro. Después de lo de Toni y lo de mi último trabajo, necesito saber qué quiero hacer.

—Ya es hora de que le des una oportunidad a tu corazón. Te lo mereces, y ya hace mucho tiempo del divorcio.

—Lo sé.

—Lo mismo un apuesto peñaviejense te conquista…

—Quita, quita… *vade retro* Satanás. —Se santiguó.

Cenaron y Lucía se fue pronto a dormir. Se avecinaba una buena jornada de conducción y esta vez sola: mil kilómetros por delante con ella como única compañía.

Su objetivo: sorprender a Borja. Tenía ganas de verle y contarle todo lo que estaba pasando, tanto lo bueno como lo malo. Le había echado de menos.

Capítulo 4.

***Roto por dentro* (M-Clan)**

Llegó a casa antes de lo previsto, pues hizo tan solo dos breves paradas por el camino. Se duchó, se cambió de ropa y se dirigió a la clínica para sorprender a Borja.

Subió hasta la planta sexta, donde estaban las oficinas de dirección y Sandra, la chica de la recepción no estaba en su sitio. Decidida, tocó suavemente con los nudillos en la puerta del despacho de Borja y entró, antes de recibir una respuesta que la invitara a pasar.

Hubo de pestañear varias veces para darse cuenta de lo que estaba pasando: Borja y Becka se estaban besando; ella, apoyada en el escritorio frente a él, sentado en la silla con la camisa desabrochada. Estaban tan metidos en faena que tardaron unos segundos en percatarse de que Lucía estaba allí. Desgraciadamente, sus pies no obedecían a su cerebro y se quedó plantada ante ellos observando el decepcionante espectáculo.

Deseó ser invisible. Anheló estar en medio de una pesadilla de la que quería despertar.

Borja, finalmente, la vio ante la puerta y corrió a abrocharse los botones de la camisa y de los pantalones, en un gesto que le resultó sumamente patético.

—¡Lucía! ¿Qué haces aquí? ¡No es lo que parece!

—Borja, ¡vete a tomar por culo!

Se quitó el anillo. Justamente ese día le había dado por ponérselo y se lo tiró a la cara para, acto seguido, salir rápidamente escaleras abajo como alma que lleva el diablo.

Volvió a casa, metió cuatro cosas en una maleta y acomodó a Kaos en el trasportín. Sin pensarlo dos veces, cogió la carretera para volver a Peñavieja. Iban a ser otros mil kilómetros en poco más de un día; sin embargo, le daba igual, quería huir, desaparecer y no verle la cara

nunca más.

Bárbara ganaba, ya tenía lo que quería.

Lo más sensato que hizo fue parar a medio camino para intentar dormir. Se dio cuenta de que era un peligro al volante. Ni siquiera había hablado con Candela para avisarla de que regresaba.

Se estaba registrando en una fonda para poder descansar cuando, de nuevo, sonó su teléfono: era la enésima llamada de Borja. Esta vez lo cogió.

—Cariño, ¡escúchame! ¡Todo ha sido una encerrona!

—Borja eres el ser más patético que me he echado a la cara.

—Comimos juntos con la excusa de que tenía que traer unos documentos que mi madre debía hacerme llegar… No sé cómo ha podido ocurrir… Sé que todo lo que diga está de más, ¡lo siento! ¡Creo que me ha drogado!

—¡No seas imbécil! Si todo esto encima lo ha organizado tu madre, no hay nada más que añadir.

—Lucía, dame la oportunidad de verte y hablar…

—Necesito tiempo. Esto me ha abierto los ojos. Quiero estar sola. Borja, esto no iba a salir bien y lo sabes. Creo que deberíamos cancelar la boda.

—¿Dónde estás? Voy a verte y hablamos, cariño.

—Respétame. No estoy en Barcelona, me voy una temporada.

—¿Al pueblucho ese de mala muerte?

A Lucía le hirvió la sangre.

—A Peñavieja de la Rubia. Un sitio donde acogen a las personas sin mirar su estatus social, procedencia o raza; donde te echan una mano si la necesitas; donde hay gente que te aprecia de corazón. Tengo que colgar, no me llames más, Borja.

Colgó. Una lágrima resbaló por su mejilla. No quería llorar; sin embargo, era inevitable sentirse decepcionada. Quizá lo debió ver

venir. En realidad, la escena que había presenciado, le había hecho reaccionar y esas dudas que tenía se habían disipado: no quería casarse con Borja; no deseaba formar parte de esa compañía teatral dirigida por Bárbara. Tan sólo debía decidir si quería seguir con él como pareja, con sus normas, eso sí; aunque lo vio a años luz. Por eso, irse al pueblo era una válvula de escape que le proporcionaría el oxígeno necesario para poder aclarar sus pensamientos.

Durmió con ayuda de una valeriana. Estaba tan poco acostumbrada a tomar medicamentos ni tan siquiera de herbolario, que por baja que fuera la dosis que tomara, le hacía efecto. Pronto, de madrugada, emprendió la vuelta a Peñavieja. Envió un mensaje a Candela, pese a que sabía que no lo leería hasta las nueve al menos, pero así, no se asustaría al verla aparecer por las buenas.

Pasadas las diez se presentó en casa. Candela la esperaba con el café matutino preparado y con la expresión de «¿Qué coño ha pasado?»

—¿No te fías de mí o qué? —bromeó, aunque automáticamente dejó de hacerlo al verle la cara—. ¿Qué ha pasado, cariño?

Lucía le explicó lo ocurrido. Entre lágrimas y palabras entrecortadas por la decepción y el desencanto, pues de entre todo lo que pensó que podría pasar entre ellos, nunca imaginó que Borja fuera capaz de hacerle algo así.

—¡Será hijo de puta el pijo de mierda! —Candela no solía cortarse a la hora de poner calificativos. Si algo tenía era la lengua afilada.

—Nunca se comportó conmigo como un pijo, aunque lo sea. Ha cambiado mucho en el último año, especialmente desde que trabaja en la clínica de la familia. No sé qué le está pasando… ya no es el mismo chico, el que conocí paseando por las Ramblas.

—Su madre lo tiene embrujado, agilipollado más bien.

—Ha sido decisivo, Candela. No quiero formar parte de ese teatro que tienen por familia.

—Pues mejor así, nos quedamos aquí juntitas, nena. Y que sea lo que Dios quiera.

—De momento, he adelantado las vacaciones en la clínica

veterinaria argumentando que tenía temas familiares por resolver en el pueblo. No creo que me pongan pegas. Necesito respirar, me da la sensación de que tengo los pulmones al veinte por ciento. Me ahogo, literalmente.

—Tampoco creo que sea bueno que nos quedemos aquí encerradas como dos abuelas. Solo nos falta vestir de negro y ponernos a rezar el rosario, como *la* Eustaquia.

—Dame unos días para poder asimilar lo que me está pasando. Ayer aún tenía planes de boda… hoy ni siquiera sé si quiero estar con mi novio.

—Ya sabes lo que opino. Mira lo que me pasó a mí con Toni…

—No tiene nada que ver, aunque sí, todo indica a que hay un alto porcentaje de tíos que son unos cerdos y que solo piensan con la entrepierna. ¡Qué asco!

Se abrazaron un rato. Ambas eran de contacto físico. Sobre todo, Candela; a Lucía le costó tiempo ser tan afectuosa; sin embargo, era imposible negarle un abrazo a su amiga, pues Candela era indispensable en su vida. Tanto le reía las gracias como era capaz de echarle broncas por todo. Era sincera, abierta, cariñosa y borde, según requiriera la ocasión; era una amiga auténtica, de las que dicen las verdades a la cara y de las que te enjugan las lágrimas llegado el momento. Lo más parecido a una familia que tenía.

****

Las cenizas de Isabel ya estaban listas para recoger. Las dejaron en una vitrina de la salita de las comadres, como Candela la había bautizado cariñosamente, y que no era más que un pequeño salón en la que ellas imaginaban a la finada con sus amigas debatiendo sobre las maravillas del mundo, las vidas de los peñaviejenses y otros menesteres.

Lucía era muy cagadita con los temas del más allá, muertos y demás. El simple hecho de tener la urna metida en casa le ponía de los nervios. De hecho, hasta oía ruidos por las noches. Se tapaba incluso la cabeza con la colcha y, a veces, dormía con una luz encendida. En cambio, Candela, era una auténtica seguidora del misticismo y temas

esotéricos, cosa que nunca había entendido Lucía, que siempre buscaba el lado científico a todo.

Esa noche en particular, una gran tormenta caía sobre Peñavieja, dejando el pueblo completamente a oscuras. Por suerte, la casa, pese a su antigüedad, estaba aclimatada y acondicionada perfectamente para que no sufriera ningún tipo de daño estructural. Los rayos caían con una dureza descomunal y los relámpagos iluminaban por centésimas de segundo la vivienda. Lucía encendió la linterna del móvil y se acercó a la cama de Candela, que, ajena a todo, dormía como un bebé. Los tapones, las pastillas para dormir y el antifaz ayudaban, eso seguro. Mucho más que inquieta, fue a la cocina, encendió unas velas y puso agua a calentar en una antigua tetera, con el fin de prepararse una infusión relajante: cualquier cosa que la ayudara a conciliar el sueño y dominar sus nervios. Un molesto pitido la alarmó. Tan sólo era que el agua ya estaba lista. La vertió en la taza donde descansaba la bolsita de mezcla de hierbas que debía infusionar, una que encontró por la despensa de su tía. Se sentó junto a la ventana con el ánimo de que un pequeño rayo de luz iluminara la estancia que, pese a que el viejo candil estaba encendido, seguía tenebrosa, tanto, que le daba escalofríos.

Oyó una especie de lamento que la hizo estremecer. No era tan tonta. Sabía que no se trataba ni del viento ni de la tormenta. Cerró los ojos como no queriendo ver lo que sucedía a su alrededor y se dijo a sí misma que eso no estaba ocurriendo y que todo era fruto de su imaginación.

De repente, vio dos tazas con sendas infusiones. Ella solo había puesto una. Miró alrededor pensando que Candela estaba despierta junto a ella, pero no era así.

Un rayo iluminó la cocina por unos segundos.

—¡Joder! —gritó— ¿Qué es eso? ¿Quién hay ahí? ¡Candela!

Vio una sombra con forma de mujer mayor. Cerró los ojos pestañeando varias veces de forma agitada. Se pasó los puños por ellos, ¿estaba teniendo visiones?

—No te asustes, hija. Soy yo, Isabel.

—No puede ser, estás metida en una urna en la salita de las comadres.

—Qué nombre más gracioso que le habéis puesto a la habitación de hacer calceta… No tengas miedo, ¿qué daño puede hacerte una pobre vieja?

—Estas hierbas no están buenas… me he intoxicado o algo —dijo al espectro sin querer creerse lo que estaba viendo.

—Si solo has dado dos sorbos, tontorrona. ¿De verdad es el primer fantasma que ves?

—Sí —susurró—. Sigo pensando que eres fruto de mi imaginación.

—No estás soñando, si es eso lo que te preguntas, Lucía.

—Esto no puede estar sucediendo. No eres real.

—Entiendo que esto sea raro para ti; sin embargo, yo he visto fantasmas toda la vida. Mi marido, por ejemplo, anda también por aquí. ¡Anselmo!, ¿puedes venir y saludar a Lucía? —le invocó.

—No hace falta, en serio. Por hoy he tenido suficiente locura… —contestó con el convencimiento de que se le estaba yendo la cabeza.

Anselmo apareció ante ellas.

—El cabrito está más joven que yo, como se murió con sesenta y pocos… Está hecho un pincel ¿no crees?

—Aunque te quiero como el primer día, belleza —contestó pellizcando el trasero del espectro de Isabel.

—¡No seas grosero! ¡Compórtate que tenemos visita! —Le apartó la mano de sus nalgas.

Lucía observaba con la penumbra de las velas como única iluminación. Asombrada; paralizada, aunque, de pronto, dejó de sentir miedo.

—La niña se parece a tu madre, Isabel.

—Sí, se parece muchísimo. Eres igual que tu abuela Emilia, Lucía.

Asintió sin dar demasiado crédito a lo que veía: los tres sentados junto a la mesa de la cocina; Isabel ataviada con un vestido azul noche, el mismo con el que la amortajaron, y Anselmo con un elegante traje gris con una corbata roja. Ellos estaban tomándose la infusión sorbo a sorbo del mismo vaso; Lucía, en cambio, se la tomó de un

trago, pese a que ardía.

—Te preguntarás qué estamos haciendo aquí todavía.

—No, no me lo pregunto porque esto es solo una pesadilla y me voy a despertar de un momento a otro…

—Acéptalo, chica, estamos aquí los tres —respondió Anselmo.

—Lucía, —dijo la tía— tu destino es estar en Peñavieja de la Rubia, al menos una temporada. Hay muchos temas que zanjar.

—No sé si esto está hecho para mí, sinceramente. Tengo mi trabajo, mis amigos y mi vida en Barcelona.

—Nada que no se pueda remediar.

—¿Puedo hacerte una pregunta, tía? Aunque esté soñando, no pierdo nada por hacerla.

—Claro que sí, hija.

—¿Qué pasó entre tú y mi madre? ¿Por qué os alejasteis si no teníais más familia?

—Son líos familiares. Ya te enterarás a su debido tiempo. Sí quiero que sepas —contestó—, que jamás me la quité del pensamiento, ni a ti tampoco. A veces los adultos nos comportamos como niños y es que la vida, en ocasiones, nos obliga a hacer cosas, aunque no estemos conformes.

—Vamos, que me quedo con la duda…

De repente, los espectros de Anselmo y Isabel desaparecieron como el humo tras echarle por encima unos polvos. La luz llegó de nuevo, y Lucía volvió a mirar a su alrededor. Ya no había dos tazas sobre la mesa, solo una. Por un momento pensó en que le faltaba un tornillo: «Estoy sugestionada, soy idiota».

Capítulo 5.

***Qué bueno, qué bueno* (Jarabe de Palo)**

Candela despertó la primera esa mañana. Preparó el desayuno y llamó a Lucía, que dormía aún, lo cual no era de extrañar, pues había sido una noche larga.

Curiosamente se sentía bien, pese a la vivencia tan extraña de la noche anterior, que ella recordaba como un sueño. La invadía una extraña paz. El aroma a café y tostadas la despejó, y su estómago empezó a rugir.

—No te has enterado del pedazo de tormenta que ha caído mientras dormías, ¿verdad? —miró a Candela que lucía un cutis perfecto, tras dormir ocho horas seguidas, tan pancha ella.

—Sinceramente, no. He dormido como un lirón.

—Yo pasé mala noche, pesadillas incluidas.

—Tú y tu acérrimo miedo a la oscuridad…

Lucía no entró en detalles. Hasta la esotérica de Candela podría pensar que le faltaba un tornillo si le contaba su supuesta vivencia sobrenatural en sueños. Y más teniendo en cuenta la afición por esos temas de Candela. Era muy pesada, sobre todo con el tarot, e iba regularmente a que le echaran las cartas, le leyeran los posos del café y cosas por el estilo, que Lucía encontraba una soberana gilipollez.

Desayunaron con la calma que acontecía a la lluvia.

—Esta mañana iremos al cortijo, así te lo enseño.

—Genial, estoy deseando verlo —contestó entusiasmada.

—Enviaré un mensaje a Fran, avisándole de nuestra llegada. Vas a flipar, niña. Aquello es enorme.

Candela sonrió y besó a su amiga en la mejilla.

—Voy a la ducha, corazón.

Lucía se quedó en la mesa, sola. Pensó en lo que había pasado la noche anterior y, pese a que creía estar bien despierta, quiso seguir pensando que todo había sido fruto de sus miedos y cómo no, de su desmesurada imaginación cuando soñaba. Un sueño muy real igual que cuando era pequeña y veía, mientras dormía, a gente pasearse a su alrededor o cuando creyó ver a su abuela ya difunta.

A media mañana se presentaron en la finca. Lucía vestía muy informal y cómoda, en cambio Candela, muy en su línea, no se le ocurrió otra cosa que llevar vestido y sandalias de tacón pese a las advertencias de su amiga de que fuera con ropa sport.

Fran estaba liado con sus quehaceres. Así pues, Lucía enseñó la hacienda principal, así como las cuadras a su amiga. Candela alucinaba, claro, era lo normal. Lo más cerca que había estado de un sitio así no se le asemejaba ni de lejos.

—Me pica la curiosidad una cosita —dijo Lucía.

—¿El qué?

—Hay una habitación cerrada por expreso deseo de Isabel. Hace muchos años que nadie entra ahí.

—¡Entremos! ¡Ya estamos tardando!

—No tengo la llave y Fran no sabe dónde está. Tampoco la he buscado.

—Seguro que está en casa de tu tía, en Villa Salmorejo. La verdad es que aún no hemos revisado los miles de cajones y armarios que tiene. Más de una sorpresa nos vamos a encontrar, estoy convencida.

—Y me intriga mucho, mucho, pero mucho esa habitación, a la vez que me da un poco de miedo entrar. Es una sensación extraña…

Lucía se dirigió al despacho, mientras Candela disfrutaba leyendo en el porche. Había mil documentos que revisar y Fran le había preparado una buena pila de ellos. Aunque él se encargara de casi todo, ella debía estar al corriente y, cómo no, dar el visto bueno y aprobar algunas facturas y operaciones. Volvió al cabo de un rato para acompañar a Candela en la lectura.

El chico se presentó a la hora de comer.

—Los chavales de la finca os han preparado un aperitivo para que los conozcáis, ¿podéis venir al patio?

Ambas asintieron, emocionadas por el detalle.

Chorizos, quesos y embutidos; una pequeña barbacoa con carnes a la brasa y buen vino.

—Os presento: Lucía y su amiga Candela —intervino Fran—, y estos son, de derecha a izquierda: el Piri, el Moco, el Sindy, Ferrari, Guacamayo y el Calvo.

Obviamente, enseguida se percataron de que esos no eran sus nombres reales, sino sus apodos.

—Espero que no nos pongáis mote a nosotras —intervino Candela entre risas—. ¿De verdad tenemos que llamar a ese chico el Moco? ¿En serio? y ¿Sindy? ¿Qué mote es ese?

El chaval sonrió y dejó entrever que le faltaban varias piezas dentales, de ahí su sobrenombre, Sindy: «el sin dientes».

Lucía lloraba de la risa, con disimulo, pero no pudo evitarlo. No quería ni imaginar qué mote podrían ponerle a ella: «la Marquesa», «la Estirá» o «la Catalana», que, por otro lado, es como ya la llamaban en el pueblo.

—A mí podéis llamarme Lucía, a secas.

—Como guste, señorita —respondió el Sindy seseando por la falta de las piezas dentales.

—Y muchas gracias por este festín de bienvenida —añadió.

Ya por la tarde, los chicos al acabar la jornada, se retiraron a descansar. Fran, Candela y Lucía estaban en el porche tomándose el enésimo chato de vino. Ya andaban algo perjudicados.

—No es muy prudente coger el coche —sugirió Fran—. Es preferible quedarse aquí, hay habitaciones de sobra.

—No hemos traído nada de aseo —intervino Candela.

—Hay de todo para sobrevivir, no os preocupéis —contestó Fran. En una de las habitaciones de arriba, en un baúl, hay ropa cómoda:

camisetas, pantalones de chándal… nada del otro mundo ni elegante, pero está limpio y creo será de vuestra talla —miró a Candela sonriendo—, incluso zapatillas para tener los pies bien descansados.

—Sí, Fran tiene razón —dijo Lucía devolviéndole la sonrisa—. Está oscuro, se ha hecho tarde y hemos bebido, lo más sensato es pasar la noche aquí.

—Ahora pido a un mozo que os arregle dos habitaciones.

—No es necesario, lo haré yo misma.

—Como quieras, Lucía.

Subieron las escaleras. Ambas tenían unas habitaciones contiguas en el mismo piso. Fran abrió un armario donde había un buen número de sábanas y demás ropa para vestir las camas.

—*Joer*, pues es bonita esta habitación, y grande —dijo Candela.

—Se comunica con la mía, por suerte. Si hay un apagón y notas a alguien meterse en tu cama, no te flipes, no será un tío bueno en plan telenovela *Pasión de Gavilanes*, seré yo.

Ambas se rieron a carcajadas. Hacía días que Lucía no lo hacía y lo necesitaba.

Fran preparó una sopa con pan del pueblo. Poco más les entraba después del «aperitivo» que les habían montado, pero esa sopita calentita, pese a que era mayo, les apetecía. Refrescaba a esas horas y algo caliente siempre venía bien, especialmente tras haberse pimplado varias botellas de tinto durante la tarde.

—Fran, muchas gracias por habernos tratado tan bien —dijo Candela, admirándolo y bastante achispada, para qué negarlo—. Me tienes que presentar a algún amigo, estoy soltera, ¿sabes?

La miró y sonrió. No dijo nada. Observó a Lucía y esta le hizo un gesto de que no la tuviera en cuenta.

—Gracias, eres muy amable —Lucía reafirmó el agradecimiento—. No todos los días se trata tan bien a unas forasteras.

—Tu tía hablaba mucho de ti, también Anselmo, mi tío. No eres tan extraña para mí. Además, nos conocemos de antes.

—¿Seguro? La última vez que vine hace muchos años.

—¿No recuerdas la noche en que hubo el encierro en las fiestas del pueblo? Fue el último año que viniste.

—No recuerdo nada apenas. Fue el primer día que bebí alcohol en mi vida e iba muy perjudicada… No puedo ni quiero acordarme.

—Entonces, si no te acuerdas, lo dejamos aquí.

Fue misterioso. Fran dijo conocerla con anterioridad; sin embargo, Lucía apenas recordaba esa noche. Demasiados calimochos para ser su primera vez. No sabía ni cómo consiguió llegar a casa, literalmente.

—Creo que deberíamos irnos a dormir —dijo Lucía.

—Yo no tengo sueño —intervino Candela.

—Sí, ha sido un día largo y mañana toca madrugar —señaló Fran —. Señoritas, buenas noches.

Se levantó y se marchó a su habitación. Candela le miraba el culo sin disimulo.

—Mira que está bueno, tiene un *nosequé* que *quéseyo*. ¡Qué meneo tiene!

—¡Candela! Hay que ver lo que se te suelta la lengua cuando bebes. Eres hasta graciosa.

—Lo cierto es que llevo un pedo como hacía tiempo… madre mía, ¡qué relax! Este pueblo me está devolviendo a la vida.

—A mí también me gusta estar aquí. Es como si me estuviera reencontrando conmigo misma.

Se fueron a la cama. Esa noche, sin sobresaltos, sin tormentas y durmiendo a pierna suelta hasta que…

Hija, lamento haberte apartado de todo esto… Mi egoísmo, mi vida, mis temores a enfrentarme con mis fantasmas me hicieron alejarme del pueblo. Nunca debí separarte de la familia, pero romper con todo era la única alternativa. No quería que las mentiras te salpicaran… Te he querido tanto… ni te lo imaginas, hija. Todo lo que hice fue para protegerte.

Despertó entre sudores fríos. Era su madre, en sueños. Hacía muchos años que no soñaba con ella. De hecho, solía hacerlo a menudo, al principio, tras su muerte. Lloró en silencio. Era tal y como

la recordaba, pero con un halo de nostalgia que la empapó. Vestía un vestido blanco vaporoso, como una deidad griega. Era tan guapa…

—Mamá… no me dejes ahora —susurró al vacío—. Necesito saber qué pasó… qué te alejó de Peñavieja, de tu única hermana. Mamá, te quiero.

Inexplicablemente cayó rendida de nuevo entre las sábanas y sintió paz, una paz que necesitaba como el comer tras todo lo que estaba viviendo. Se sentía perdida y agobiada, pues Borja seguía llamándola, aunque ella no cogía el teléfono.

Capítulo 6.

***No me importa nada* (Luz Casal)**

A la mañana siguiente regresaron a Villa Salmorejo. Hacía ya unas semanas que Lucía había vuelto de Barcelona y lo cierto es que no echaba de menos el ruido de la gran ciudad, esa ciudad que llevaba tatuada en su alma y que se sentía tan orgullosa de promocionar a la más mínima oportunidad.

Dedicaba gran parte del día al tedioso papeleo de la finca, también a revisar y estudiar un poco ese negocio que del cielo le había caído. Estaba tan asustada como emocionada, era un reto para ella y le encantaba ponerse a prueba. A esas alturas estaba valorando si tras las vacaciones de tres semanas debía quedarse un poco más. Es cierto que su vida estaba en aquella gran urbe, Barcelona; sin embargo, en Peñavieja estaba descubriendo a la verdadera Lucía y su legado familiar, además, tenía con ella a Candela que no tenía ningunas ganas de volver. Solo había un fleco; Borja.

No quería verle, ni hablar con él. Era pronto para afirmar que su corazón le había olvidado; a pesar de todo, seguía sintiendo algo por él, aunque veía casi imposible perdonarle esa canallada. «La confianza solo se traiciona una vez, si son dos, es porque eres imbécil». Esa era una de sus frases míticas.

Fue una mañana normal: se vistió, fue al supermercado a hacer la compra y desayunó unas porras en la plaza Mayor, como hacía todo el mundo. En realidad, mucha gente la conocía y saludaba haciéndola sentir una más y, además, muy integrada entre los habitantes. Incluso la paraban por la calle las señoras mayores para comentarle que se acordaban de ella y de su madre.

Necesitaba espacio y tiempo, mucha tranquilidad y sentirse arropada: eso lo estaba consiguiendo en Peñavieja.

Estaba colocando las cosas que había comprado cuando los insistentes bocinazos de un coche que no le resultaban ajenos, la distrajeron de la tarea. Salió al porche y vio a Borja y a su madre en la puerta, montados en su flamante deportivo italiano de alta gama. Se quedó petrificada.

—¡Dios mío, diez horas de coche para llegar a este pueblucho! Necesito ir al baño y un café. Supongo que aquí habrá agua potable y apta para consumo humano —gritó desgañitándose Bárbara.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó una sorprendida Lucía.

—Niña, tengo que hablar contigo.

—Mamá, déjame a mí —intervino Borja—. Tenemos que hablar, Lucía.

—Te he pedido espacio y no me lo estás dando.

—¡No coges mis llamadas! ¡Me estoy volviendo loco!

—¡Borja lo está pasando muy mal! ¡Mi niño está sufriendo!

—¡Cállate, mamá!

—Y, ¿crees, Borja, que venir con tu madre a hablar conmigo es tu mejor baza? ¿Le has contado todo lo que ha pasado? Idos de aquí, me siento insultada.

—Lucía, no podemos tirar lo nuestro por la borda, así como así. Tengo una explicación…, no era yo.

—Por eso estoy aquí, para contarte lo que pasó. La verdad —intervino de nuevo Bárbara.

—De verdad, marchaos. Ahora no quiero veros. Borja, id al hostal; luego te llamo, y tendremos esa conversación, pero a solas.

—¿Al hostalucho que hay ahí abajo? —preguntó Bárbara.

—A menos que prefieras ir a Córdoba a un hotel de cinco estrellas, y eso son setenta y cinco kilómetros, es la única opción. Nadie te ha pedido que vengas, así que no faltes al respeto al pueblo —dijo, sintiéndose poderosa al callarle la boca a esa mujer.

Candela salió de casa y vio el percal.

—Veo que te has traído a tu amiga, la que te sigue como un perro.

—¡Señora! ¡Que yo no la he faltado al respeto a usted!

—Bárbara, ¡te estás pasando!

—¡Mamá! ¡No lo empeores más!

Lucía les cerró la puerta enrejada en las narices.

—¡No volváis por aquí! —gritó.

—Cariño, ¿no me vas a dar la oportunidad de explicarme?

—¡Toda la culpa es mía, debes creerme! —intervino Bárbara.

Para entonces, medio vecindario estaba en la calle, alarmados por los gritos, siendo espectadores no invitados al *show* que estaban montando.

—¡Qué vergüenza! —Candela se echó las manos a la cabeza—. Mañana saldremos hasta en los periódicos.

Borja seguía aporreando la puerta.

—¡Voy a llamar a la Guardia Civil! ¡Haz el favor de dejar de hacer el ridículo! —Lucía se quedó pensativa unos segundos—. Hablaré contigo. Te pasaré un mensaje con la hora y el lugar… y no olvides lo más importante: ven solo o me largo. ¿Queda claro?

Borja asintió con la cabeza.

****

Le citó para unas horas más tarde. Por supuesto acudió solo, sabía muy bien que Lucía cumpliría su amenaza si aparecía con Bárbara. Quedaron en una rotonda, ya a la salida del pueblo. Lo recogió con su coche y salieron de Peñavieja. Dirección: los Azahares.

Se quedaron a la entrada, aparcados sin salir del coche.

—Soy toda oídos.

—¿Qué hacemos aquí? ¿No estamos un poco lejos del pueblo?

—Me gusta estar aquí, me relaja.

—¿Conoces a los dueños de la finca acaso? Mira que nos pueden denunciar por estar en su propiedad. Allanamiento de morada.

—Muchas series policíacas ves tú. Tienes delante a la dueña de la

finca: la he heredado de mi tía Isabel.

Borja la miró sorprendido, de forma muy grata, para qué negarlo.

—¿Por qué no me lo has contado antes?

—¿Acaso he tenido oportunidad? El día que fui a tu encuentro, como sabes desafortunado, por decir algo suave, pensaba explicártelo todo, sin dejar ningún detalle en el tintero. Pero ya sabes de qué manera acabó ese día.

—No sé qué decir… había preparado un discurso, pero lo cierto es que te conozco y sé, que por mucho que te diga, no tengo excusa.

—Inténtalo. Me muero de ganas por saber cómo acabaron las tetas de Becka tan cerca de tu boca —ironizó.

—Fuimos a comer, con una excusa de mi madre, que preparó el encuentro. Subió a mi despacho a recoger unos documentos que debía firmar, y no sé por qué acabamos así, lo juro. Becka no me interesa una mierda, solo me interesas tú, cariño. Tengo mucho estrés, duermo poco…, me cogió con la guardia baja.

—No puedo eliminar esa estampa de mi retina, se me hace muy difícil perdonarte, Borja. Ni siquiera entiendo nada. ¿Tan frágil eres que se te pone una fresca a tiro y caes? ¿Eres tonto acaso? Te hacía más inteligente, la verdad. Sabes muy bien que tu madre adora a esa mujer y a mí, simplemente, me odia. Haría lo imposible por separarnos. Dale mi enhorabuena, lo ha conseguido, por fin.

A los pocos minutos empezó a llover muy fuerte, con la misma intensidad que la noche de la tormenta. Rayos y truenos por todas partes y mucha, mucha agua.

—No es prudente que nos marchemos ahora. ¡Joder! ¡Ya es mala pata! —gritó Lucía.

—No tiene pinta de amainar…

—Nos quedaremos a dormir aquí si no para de llover. Hay sitio de sobra.

Conforme iban avanzando por la entrada, Borja más alucinaba. Al llegar a la vivienda se encontraron de frente con Fran.

—Nos ha pillado cerca y con esta lluvia no es prudente conducir

por el camino —se justificó pese a que era su casa.

—Lo entiendo. Solo faltaría, pasad. Soy Fran, el encargado de la finca. —le estrechó la mano a Borja.

—Perdona, no os he presentado.

—Soy Borja, el novio de Lucía —intervino ante la mirada asesina de la chica.

—Bueno, ahora que os habéis presentado, voy a preparar las habitaciones —dijo Lucía.

Fran se sorprendió: ¿eran novios y no iban a compartir lecho? Eso era muy raro.

—Yo ya me iba a dormir, si no os parece mal, estoy muy cansado, ha sido un día duro.

—Vete tranquilo. Mañana nos vemos.

Una vez preparados los dormitorios, uno en una punta y el otro en la opuesta para evitar supuestas tentaciones, se sentaron relajados en el sofá del salón principal.

—Vaya casoplón.

—Sí, es grande. Y no has visto nada, créeme.

—¿Y todo esto es tuyo?

—Sí. Fran se encarga desde hace años de la gestión y va a seguir siendo así.

—¿Te has dado cuenta de cómo me ha mirado?

—Normal, nos hemos presentado sin avisar, y tú no eres de aquí. Es bastante obvio que se ha sorprendido por tu visita.

—Lucía… perdóname. No sabes lo mal que me siento.

—Me has destrozado el corazón. Has roto todo lo que teníamos.

—Nunca había hecho nada parecido, debes creerme.

—Eso ya da igual. Borja. No quiero casarme contigo, esa es la

verdad, y este incidente me ha hecho abrir los ojos de golpe, despertarme de ese sueño que ni siquiera era tan perfecto y que yo había idealizado. No hubiera salido bien, y lo sabes. Sobre todo, si está tu madre tan metida en nuestras vidas.

—¿Y esto acaba aquí? ¿Sin más?

—Creo que es lo mejor. Quizá con el tiempo…

—¿Me perdonarías?

—No en el sentido que piensas. A lo mejor podremos ser amigos, quería decir.

—¿Ya no me quieres? Estaría dispuesto a todo por ti.

—No se trata de si te quiero o no. Obviamente, no puedo olvidarte de la noche a la mañana, pero se ha roto tanto lo nuestro, que es imposible de arreglar: ya no confío en ti.

Borja agarró su mano y la acarició.

—Te lo repito: haré lo que sea por recuperarte. Mi madre está dispuesta a quedarse en segundo plano, a no meterse en nuestras vidas. Es lo que venía a decirte de su propia boca. Y si quieres que vivamos en tu casa, así será.

—No veo eso posible, tu madre está acostumbrada a manejar la vida de todos. No te ofendas, sabes que es así: contigo, con tu padre, con absolutamente todos los seres humanos de su alrededor. He decidido que voy a quedarme un tiempo aquí, en Peñavieja. Nos irá bien estar separados una temporada. Pediré una excedencia y ya veré qué hago.

—No lo hagas, cariño.

—Necesito un cambio en mi vida.

Se miraron a los ojos, ambos con ellos cristalizados. Borja sabía que era lo que ella precisaba.

—Estaré cerca, no te dejaré marchar así, sin luchar —sentenció.

—Borja, solo te pido que regreses y me dejes respirar.

Capítulo 7.

***Desde mi libertad* (Ana Belén)**

Lucía despertó inusualmente pronto, pues no eran ni las seis de la mañana. Necesitaba pensar y eso le impedía dormir. La separación con Borja era inevitable e irreversible. Ese matrimonio hubiera sido tan mala idea como intentar mezclar el agua con el aceite, tan letal como tomarse un *Baileys* con tónica después de una copiosa comida. No deseaba sufrir, y con esa mujer como suegra lo iba a pasar muy mal. Estaba escrito en los astros. Borja no era capaz de cortar el cordón umbilical y ese era el principal obstáculo. Su boda se cancelaba y ahora les tocaría pasar por el embarazoso momento de devolver los regalos y dar explicaciones. Ella nunca quiso llegar a eso. Nunca deseó que las cosas terminaran de esa manera, pero, en cierto modo, agradecía a Becka que se hubiera cruzado ese día en su camino; fue el detonante, la gota que colmó un vaso que ya hacía meses que rebosaba.

Se acercó a las cuadras y acarició a su yegua favorita, Sayida. Recordó lo feliz que le hacía estar cerca de un equino. Desde que murió Amira no había vuelto a montar; se le rompió el alma cuando el veterinario les dijo que debían sacrificarla. Era algo que no le gustaba recordar porque le dolía. Mucho. En gran parte estudió esa misma profesión por la impotencia que sintió viendo a Amira morir cuando la yegua contaba con tan solo ocho años. Habían crecido juntas, fue un regalo de su padre cuando ella cumplió los doce. Se convirtió en su mejor amiga. Acudía a la hípica todas las semanas a domarla junto al entrenador para después montarla y juntas conseguir algunos galardones. Sin embargo, esa caída fue horrible y marcó un antes y un después en el futuro de ambas; por suerte, Lucía solo se rompió un brazo y aunque hubo de ser intervenida quirúrgicamente para ponerle un par de clavos y fijar la fractura, no fue nada grave; para Amira fue el final: se destrozó las patas traseras y, pese a que también la operaron, los horrorosos dolores con los que quedó la yegua, les hizo tomar esa terrible decisión. Tras la muerte de su amiga, se encerró en sí misma; ese curso sus notas en el instituto bajaron en picado cuando siempre había sido una alumna brillante. No obstante, si algo caracterizaba a Lucía era su arrojo y sus ganas de seguir adelante. La vida aún le tenía preparados otros obstáculos, sufriría varios palos, pues a los pocos años perdió a sus padres en un horrible accidente

automovilístico. Se quedó sola y de no ser por Candela no hubiera sido sencillo seguir respirando. «Nadie sale ileso en la vida, por pequeño que sea el daño, alguno habrá» solía decir a veces en voz alta, justificando la aparición de las cicatrices en su alma.

Suspiró recordando viejos tiempos no tan bellos, aunque ella se agarrara a la vida, desde siempre. Era la misma definición de resiliencia. Miró al frente; Fran la estaba observando.

—Buenos días, Lucía, ¿va todo bien?

—Podría ir mejor, pero no me va mucho quejarme de las cosas —sonrió vagamente y con esfuerzo.

—Iba a preparar el desayuno ¿os quedáis? Me refiero a ti y a tu novio.

—En realidad lo hemos dejado, ya no somos nada. Ha sido casualidad que ocurriera aquí… Es una larga historia de la que no quiero hablar.

Fran acarició su hombro de forma discreta, en una clara señal de consuelo, le salió natural, sin pensar. Tampoco le pegaba mucho tener un gesto cariñoso con una casi desconocida. Se miraron a los ojos creando un ambiente intenso.

—¿Café y tostadas? —preguntó Lucía intentando cortar ese momento que se tornaba profundo.

—Voy a prepararlo.

—Te acompaño, a estas horas aún refresca para estar mucho rato fuera.

Volvieron a la finca y en ese momento vieron un taxi que recogía a Borja, ni siquiera le dijo adiós.

—*Bon vent i barca nova* —dijo por lo bajini.

—¿Cómo has dicho?

—Es un dicho catalán: suele decirse cuando se despide a una persona totalmente prescindible. Qué te vaya bonito, de forma irónica.

—Deduzco que no habéis acabado de la mejor de las maneras.

—Era algo que tenía que ocurrir, pero no te quiero agobiar con mi complicada vida sentimental. Todo tiene un principio y un final, y como te he dicho, no me apetece hablar de ello.

Fran pilló el mensaje a la primera y no insistió, ¡bastante tenía ya con lo suyo, que no era poco!

Desayunaron juntos, pero sin apenas mediar palabra alguna. A veces se dice mucho más en silencio, tan solo cruzando miradas; envió un mensaje a Candela para que estuviera tranquila y decidió que, ya que estaba allí, se iba a quedar en la finca removiendo papeles, aunque lo que realmente llevaba en mente desde hacía días era abrir la habitación «secreta». Recordó que llevaba en el maletero del coche unas cuantas llaves que encontró en Villa Salmorejo y debía probarlas todas. No quiso decírselo a Fran, que había desaparecido tras el desayuno, pues estaba segura de que intentaría quitárselo de la cabeza.

Subió por la larga escalera de madera. Observó de nuevo los retratos y fotos de la pared que vestía el tramo que esta recorría. Ciertamente tenía un gran parecido con su familia materna, en especial con la propia tía Isabel, cuando esta era joven. Sintió un escalofrío por la espalda, señal de que debía desistir y no abrir la dichosa puerta. En el fondo le provocaba mal rollo, sin embargo, Lucía era curiosa y esa curiosidad innata debía saciarla girando la cerradura de esa puerta que la llevaría a la habitación, en la que nadie, por expreso deseo de la antigua señora de la casa, podía entrar.

Empezó con una llave. Y siguió probando una tras otra y ninguna servía. Solo quedaban dos de ellas: una parecía encajar perfectamente en la obertura, no obstante, al girar, nada ocurrió. Probó con la última. No funcionó. Se frustró. Pensó que quizá la mejor solución era llamar a un cerrajero y que la abriera por las buenas y eso pensaba hacer en cuanto regresara al pueblo. Nadie debía impedirle la entrada en ese lugar, pues ya era suyo por derecho. El fisgoneo podía con ella. Además, esa situación añadía una pizca de sal a los sosos momentos que estaba viviendo.

Volvió al despacho un poco decepcionada. Vio en su móvil que Borja le había enviado un último mensaje:

«Vuelvo a Barcelona. Descuida, yo me encargo de anularlo todo; al fin y al cabo, esto lo ha organizado mi madre. No quería que acabáramos de este modo, aun así, lo entiendo. Te conozco y sé que

nunca perdonas una traición. No obstante, será imposible dejar de amarte de un día para otro. De hecho, creo que siempre te querré, pues no seré capaz de olvidar lo que hemos vivido juntos. He sido un cretino, un imbécil y te esperaré el tiempo que haga falta. Perdóname, cariño. Ni en mil vidas podré olvidarte».

No le contestó. Una lágrima resbaló por su mejilla, y se prometió a sí misma que iba a ser la última. Borja debía quedar en el pasado y ella, como siempre, empezar de cero sin él a su lado.

Por la tarde, antes de que anocheciera, volvió a casa. Candela se estaba arreglando y le extrañó, pues más bien era hora ya de recogerse, y aunque fuera un viernes, no entraba en sus planes más que meterse en la cama y leer su novela.

—¿Vas a salir? —preguntó con infinita curiosidad.

—Tengo una cita.

—¿En serio? —abrazó a su amiga, pues hacía media vida que no tenía una.

—¿Quién es el afortunado?

—No es un hombre. Me voy con Silvina, Silvi. Te he enviado un mensaje, ¿no lo has visto? ¿Quieres venir? Me va a llevar a un local aquí en el pueblo que es donde dice, se cuece todo. ¿No te apetece?

—¡Uf, no!, ve con ella. He tenido un día largo y no me apetece irme de copas.

—¡Ay, mi niña! Me tienes que contar lo de Borja. Mejor me quedo, ya te veo en la cara que no estás bien.

—No, por favor. No pasa nada, en serio. Estoy cansada. Cenaré algo rápido y me meteré en la cama y retomaré la lectura del libro que estaba leyendo. Mañana hablamos y te lo cuento todo; pero vaya, hay poco que contar: tal y como podrás imaginar, lo hemos dejado definitivamente.

—¿Seguro que estás bien? Mira que te arrastro al bar más cercano y ahogamos las penas en un buen *rebujito*.

—No, tonta. Vete tranquila. En serio, Candela, sal con Silvi y pasadlo bien. Mañana te pongo al día, pero como te dije no hay

novedades… hemos roto y mañana seguirá saliendo el sol.

Candela observó su cara. Lucía hizo lo posible por parecer entera y debió conseguirlo pues convenció a su amiga de que lo mejor era salir tal y como tenía planeado.

Cuando Candela salió por la puerta, se puso el pijama dispuesta a irse a dormir. No dejaba de dar vueltas a la cabeza. Recordó que había unos cajones cerrados en la salita de las comadres y se le cruzó por la mente la posibilidad de encontrar algo valioso en esa cómoda: algo como la dichosa llave que no aparecía por ningún lado.

Se levantó de la mecedora de un rápido brinco y se dirigió allí, con reservas, pues las cenizas de la difunta se hallaban en uno de los estantes presidiendo la sala. «¡Joder, mira que eres cobarde, por Dios!» dijo una vocecilla interior. Encendió todas las luces en su camino para llegar a esa habitación en particular. Entró y observó cómo la urna con los restos de Isabel parecía haberse movido de sitio, tan solo a unos centímetros de distancia, pero no estaban en el mismo lugar dónde ella la dejó. «Candela habrá estado limpiando, quizá la propia Eustaquia las haya colocado junto a la foto de su marido. No te comas la olla o te volverás loca» repitió esa misma voz en su cabeza.

Efectivamente, los dos cajones de la cómoda estaban cerrados con llave. Sin embargo, no iba a ser complicado abrirlos haciendo palanca. Le picaba tanto la curiosidad que poco le importaba destrozar el antiguo mueble. «Ya lo restauraré» se dijo. Dos intentos bastaron para que se abriera, primero uno y luego el otro. «¡*Voila!*» Esta vez la voz la felicitó por el trabajo bien hecho.

Papeles y más papeles. Carpetas llenas de documentos, que cotejó por encima, sin prestarle demasiada atención y, en el fondo, una preciosa caja que parecía de plata, adornada con diferentes dibujos labrados a mano. Una auténtica joya de orfebrería. En ella encontró muchas fotos del año de «María Castaña». Su tía de niña, de joven; montada a caballo, en una *Vespa*; en la feria con un chico muy guapo, que presumió podía ser su primer novio, pese a que en esa foto databa una fecha temprana, según estaba anotado en el dorso; otras con su madre siendo un bebé y de niña. Hermanas que parecían quererse y tener una bonita relación. También de la propia Lucía en todas sus etapas menos la de adulta. De la abuela Emilia, del abuelo Paco. Eran instantáneas preciosas que retrataban bonitos momentos familiares. ¿Por qué se habría quebrado esa relación? Ambas se lo llevaron a la

tumba y Lucía no dejaba de darle vueltas.

Salió al patio de delante con algunas fotos entre las manos, emocionada al reconocer la sonrisa de su tía en la suya propia. Definitivamente, quería saber mucho más de su familia materna y, por un instante, se enfadó con su madre muerta por haberle arrebatado la posibilidad de conocer esa historia.

No era tarde, apenas las diez. Se estaba bien, aunque en la sierra refrescaba un poco a esas horas, podía aguantarse con una chaquetita. Eustaquia paseaba a su también anciano caniche, Canela, y pasó por delante de su casa.

—Niña, vas a coger frío aquí fuera.

—No se preocupe, estoy bien.

—Tienes los ojillos vidriosos. —A la anciana no se le pasaba detalle—. A ver si tienes calentura. —Al decir esa frase, ya la tenía dentro del patio tocándole la frente.

—No creo. Debe ser cansancio…

—O mal de amores. Todo el pueblo anda hablando del numerito que montó tu novio el otro día y de que hoy mismo se ha marchado.

—Vaya, sí que corren rápido las noticias…

—Hija, ¡qué esperabas! No sabes lo mucho que vende aquí un chisme. No debes molestarte por eso.

—No hay motivo para enfadarse. Es la verdad: lo hemos dejado y ha vuelto a Barcelona.

—¿Estás triste porque no te vas a casar?

— Lo cierto es que no estoy tan apenada, en el fondo no quería casarme. Nos hemos hecho un favor.

—Aun así, tus ojos están tristes.

—¿Quiere una infusión, Eustaquia? Si no tiene prisa, claro. Necesito preguntarle algo.

—Ni prisa ni *priso*. No tengo nada que hacer, hija mía. Canela ya ha hecho el pipí de rigor, esa era mi única obligación esta noche. Una infusión no, pero un *anisito* me vendría muy bien para la presión, que

siempre estoy bajita.

—No sé si hay de eso, espere que miro.

—Sí, hay —respondió tajante—. Mira en el mueble bar de la sala principal. Isabel siempre tenía y, seré franca, nos trincábamos alguna que otra botella de vez en cuando.

Lucía entró en la casa sonriendo por las ocurrencias de Eustaquia. Le caía bien esa mujer. Preparó una copa con anís y ella hizo lo propio con una infusión. No se veía tomando anís del Mono a su edad. Cogió una de las bonitas bandejas de Isabel e incluyó unas galletas que había comprado en el mercadillo y que eran deliciosas.

—Usted conocía a mi tía desde siempre, ¿verdad?

—Desde que éramos unas niñas con trenzas y jugábamos cerca del arroyo. De eso hace mucho tiempo. Crecimos juntas. Éramos unas tremendas y nos metíamos en muchos líos. Recuerdo cómo tu abuelo, en paz descanse —se santiguó—, nos reñía desde el mismo lugar en el que estamos ahora. Y tu abuela Emilia, que algún manotazo me calzó a mí también: tenía la mano *mu* larga la *joía*.

A Lucía se le escapó la risa oyendo a Eustaquia. Nadie le había hablado apenas de su familia y cualquier anécdota sobre ellos era bienvenida.

—He encontrado algunas fotos que no sabía que existían. ¿Quiere verlas? —Se las mostró.

—¡Anda, mira! Esta es *la* Lucinda, era de la pandilla, la pobre murió hace dos décadas ya. —Eustaquia se emocionó al verla—. ¡Ay, Lucía!, qué recuerdos más bonitos. Esta guapura que está en la *Vespa* con Isabel, soy yo. ¿A qué era una preciosidad?

—De verdad que sí. ¿Puedo preguntar cómo es que se quedó soltera? Seguro que no le faltaron pretendientes.

Eustaquia suspiró, y sus ojos se llenaron de melancolía.

—Mi destino era cuidar de mi madre. Mis dos hermanos varones lo tuvieron más sencillo: se fueron a la capital a seguir con sus sueños, mientras madre, postrada en una silla de ruedas necesitaba atención desde el alba hasta el ocaso. Hice lo que una buena hija debe hacer y cuidé de ella hasta el último día de su vida, aunque eso significara no vivir la mía propia. ¡Claro que tuve pretendientes! —El anís hizo que

Eustaquia abriera su corazón de par en par—. Sin embargo, ninguno estaba dispuesto a vivir con una vieja paralítica que además tenía muy mala leche, para qué decir una mentira. Cuando murió mamá, yo ya pasaba de los cincuenta y, los mozos, como entenderás, ya estaban todos casados y, el que no lo estaba, alguna tara tenía. No me arrepiento de nada. Mi única pena es no tener hijos, pero la vida me ha compensado con seis sobrinos maravillosos como Silvina, que también está soltera, y los otros cinco que de vez en cuando vienen a ver a esta vieja. Silvi se ha convertido en la hija que nunca tuve: me cuida mucho, me lleva al médico, se preocupa de que coma, de mis pastillas…

Lucía se levantó de la silla y la abrazó, pillándola por sorpresa. Sus ojos volvieron a llenarse de lágrimas.

—Es usted una gran mujer y la mejor de las hijas. Seguro que su madre se siente muy orgullosa esté donde esté. —La besó en la cabeza, como hubiera hecho con su propia abuela de tenerla cerca.

—¡Ay, mi niña! Eran tiempos duros. La España de ese momento no era fácil y menos en un pueblo tan pequeño como este. De ser ahora y en la capital hubiera buscado ayuda y seguro que ¡sería feminista!

—No he tenido la oportunidad de agradecerle lo bien que se ha portado no solo con mi tía, también conmigo y con Candela.

—Tu tía fue mi mejor amiga y la echo muchísimo de menos. Sé que nos reencontraremos pronto y eso me consuela.

—No diga eso mujer, si tiene usted una salud de hierro.

—A mi edad, la muerte ya no da miedo alguno…

—Tengo una pregunta que hacerle, pero no quisiera ponerla en un aprieto.

—Dime, hija, si puedo te la contestaré.

—¿Qué pasó entre mi madre y mi tía?

Eustaquia palideció y empezó a tartamudear.

—Na... na... nada. Cosas de hermanas. No quieras tú saber…

—Tuvo que ser algo muy gordo para que rompieran la relación de esa manera. Sé que es algo muy fuerte; hasta que cumplí los quince o

dieciséis años estuvimos viniendo regularmente y ese verano algo sucedió.

—Lucía, dejemos a los muertos en paz. Se han llevado un secreto a la tumba, no le des más vueltas —zanjó Eustaquia.

La vecina, rauda, apuró el culín de anís de la copa.

—Vamos, Canela. Muchas gracias por el ratito, querida. Los viejitos nos vamos a dormir. Buenas noches, cariño.

—Buenas noches, Eustaquia. Descanse, usted.

Lucía hizo lo mismo, se bebió el brebaje de un trago, acarició a Kaos, que ya reposaba en su rincón favorito del sofá que había hecho suyo y se metió en la cama. Leyó unos minutos y no pudo evitar cerrar los ojos, rendida.

A las cuatro de la madrugada notó un aire fresco por la cara. La misma extraña sensación que tuvo durante la tormenta de días atrás. Encendió la tenue luz de la mesilla y no pudo creer lo que estaba viendo.

—¡Dios santo! ¡Tía! —Se frotó los ojos con los puños repetidas veces—. Definitivamente dejaré de tomar infusiones por las noches, no me sientan bien.

Su tía se hallaba recostada junto a ella.

—No grites, ¡me has asustado *cohone*!, aunque bien pensado no moriré de un infarto.

—A ver… no eres real, eres fruto de mi imaginación. Está claro que estoy pasando por un mal momento y…

—Y has roto los cajones de mi cómoda favorita. —Interrumpió la fallecida—. Si querías las llaves, podías pedirlas, digo yo.

—¿A quién? ¿A un espectro que solo veo yo en sueños?

—Están en el armario de la sala de las comadres, en el bolsillo de un abrigo negro, de astracán. Ya de paso, te digo que en el forro de ese mismo abrigo hay algunas de mis joyas más valiosas, descóselo y guárdalas donde gustes. No se lo dije ni a Eustaquia, ¡menuda es! Nos hemos querido mucho, pero ¡no sabes lo que le gustan las alhajas! Como las urracas, va a todo lo que brilla, la madre que la parió.

—Estoy soñando y esto se me va de las manos.

—Es fácil —contestó—. Mañana mismo, al despertar vas al armario y lo compruebas. Las llaves de la habitación en la que no quiero que entre nadie están en uno de los bolsillos, recuérdalo… —Anselmo interrumpió desde el quicio de la puerta.

—Isabel, creo que ya has hablado mucho por hoy, ¡vamos! —Su tío espolvoreó una sustancia extraña sobre la cabeza de Lucía, algo que parecía un polvo de oro. Quería parecerse a un hada; no obstante, era todo lo opuesto: un hombre muerto, entrado en años, barrigón y que parecía salido de *Cuéntame* en su primera etapa.

Ambos desaparecieron de repente, tal y como habían aparecido, por sorpresa.

Lucía fue al lavabo y se lavó la cara. Estaba «alucinando pepinillos». Oyó la puerta, ya eran casi las cinco y Candela acababa de llegar.

—Vaya horas. ¿Tan animado estaba?

—Qué cara llevas, ni que hubieras visto un fantasma. Mañana hablamos, que estoy muerta *matá*.

Se acostaron y Lucía, como la última vez que se le apareció su tía, empezó a olvidar lo que había ocurrido casi por arte de magia y cayó en un profundo y reparador sueño, para despertar ya bien entrada la mañana tras oír los quejidos de Kaos, que reclamaba su ansiada latita de *Whiskas* matutina.

Capítulo 8.

***Precisamente ahora* (David de Maria)**

Como cada último sábado de mes, Fran cogió el coche y fue a Córdoba. No faltaba ni uno desde hacía ya algunos años. Saludó a la recepcionista de la clínica y entró en la habitación con su ya clásico ramo de rosas blancas, las favoritas de la paciente, en la mano.

Colocó las flores en el jarrón, reemplazando las anteriores que estaban muy ajadas.

Entró Rosaura, una de las cuidadoras.

—Te ayudo a ponerla en la silla.

—Gracias, Fran.

—¿Cómo está?

—Sin cambios. Quizá un poco más vaga —la riñó pese a que la paciente tenía, como siempre, la mirada perdida en el vacío.

Fran la peinó con mimo y le colocó un pañuelo en el cuello para que no cogiera frío pues, aunque hiciera calor, su salud era muy frágil y un simple resfriado, para ella, significaba ingresar en cuidados intensivos. Acomodaron a Marta en la silla de ruedas, y Fran la llevó al jardín exterior para que le diera el aire y sintiera la brisa en su rostro. Le agradaba pasear por ese lugar lleno de naranjos, especialmente bonitos en primavera con sus flores de azahar desprendiendo ese inconfundible y maravilloso aroma dulce que impregnaba el ambiente. Estas ya no estaban, pues no era el tiempo, aun así, los árboles seguían igualmente bellos haciendo del patio un lugar perfecto para pasear.

Pararon frente al pequeño estanque. Le gustaba ver a los patitos detrás de la madre, siguiéndola allí donde fuera. Sabía que Marta adoraba a esos bichos y, a menos que lloviera, solían sentarse allí y simplemente observar.

—Marta…sigues igual de guapa. —Cogió su mano y se la acarició con cariño—. Te he echado de menos —continuó mientras ella seguía

encerrada en su particular existencia, esa que la hacía estar distante a todo.

Tras el accidente, Marta había perdido la capacidad de andar y, sobre todo, la de comunicarse. Alguna vez gritaba o gruñía, pero no podía hablar, de hecho, ni siquiera parecía reconocer a Fran. Su reacción cuando él estaba presente era la misma que si la pusieran ante un muro de hormigón. La lesión cerebral que casi la llevó al otro mundo la condenó al silencio, a vivir en una jaula de cristal y a la soledad desde que sus padres faltaban ya hacía algún tiempo. Debían darle de comer, asearla… veinticuatro horas al día de atentos cuidados y, además, solía tener crisis de tipo epiléptico, inevitables y repentinas, pese a que tomaba unas cuantas pastillas al día para ello.

Fran no dejaba de acudir a visitarla, aunque sabía que para los padres de Marta nunca fue bienvenido. De hecho, estos ya no estaban, por lo que ya no se escondía cada vez que acudía a la residencia donde llevaba ya muchos años ingresada. Se había hecho cargo de todos los gastos tras el fallecimiento de sus progenitores, puesto que no tenía a nadie más que pudiera cuidarla.

Él le contaba cómo iba por la finca e incluso si tenía algún problema se lo explicaba, a sabiendas de que ella no le iba a contestar. Esa era la única forma que tenía de desahogarse, de abrir su corazón a otro ser humano. No confiaba en nadie tanto como en ella. Ni siquiera deseaba hacerlo. Abrirse era ser vulnerable y sufrir, de eso estaba seguro, por desgracia lo había podido comprobar con el paso del tiempo.

Estuvo toda la jornada con ella, hasta el atardecer, como cada último sábado de mes. La metió en la cama y se despidió con un dulce beso en los labios.

—Volveré pronto. Te quiero.

****

Lucía estuvo distraída todo el día. Estaba arreglando la parte de atrás de Villa Salmorejo, lo que allí llamaban «el corral», aunque no hubiera gallinas ni animal alguno. En realidad, lo usaban como despensa e incluso como garaje más que para otra cosa. Pintó las puertas de verde, su color favorito, y arregló algunos de los estantes.

Era bastante apañada para algunas de esas labores, mientras no fuera nada relacionado con la electricidad.

Definitivamente, quería darle más vida a esa parte de la casa; dejarla bien bonita y a la altura de sus vecinas, que competían salvajemente cada año por tener el mejor patio andaluz. Quería integrarse con ellas y acoger sus tradiciones, aunque no pensaba abandonar las suyas propias, como hacer canelones para el día de San Esteban, costumbre de su abuela paterna, o comer coca de chicharrones por San Juan.

Candela estaba muy callada y misteriosa. No había explicado nada, prácticamente, de su salida nocturna.

Ya entrada la tarde, salieron ambas al patio a respirar aire fresco.

—¿Quieres un *gin-tonic*? —preguntó Lucía.

—Venga, ¡dale!

Sirvió dos copas de una ginebra rosa que estaba muy de moda en Andalucía y lo combinó con una buena tónica de autor.

—¡Qué rico! Nada que ver con las copas de ayer.

—Sabes que llevo a una *barman* en mi interior.

Ambas se carcajearon.

—¿Qué tal con Silvi? No me has contado nada.

—Entre que me he levantado tarde, y que tú has estado más liada que la sandalia de un romano, es verdad, no hemos hablado.

—Estabas muy misteriosa, anoche.

—Qué va, mujer. Estaba cansada.

—Bueno, y ¿qué tal? ¿Molaba el sitio? ¿Hay chicos guapos que merezca la pena conocer?

—A ver, desde el punto de vista de Silvi, genial. Nosotras nos hemos movido por los mejores locales de moda de una cosmopolita ciudad… como comprenderás, no tiene nada que ver.

—Normal, y ¿los chicos?

—Había karaoke… con eso te lo digo todo.

A Lucía se le escapó la risa.

—No me cambies de tema. ¿Tú? ¿Cantando?

—Cuando llevaba ya tres combinados. No me lo recuerdes, por favor. ¡Me muero de vergüenza! Y Silvi… ¡madre mía! Todo el repertorio de Rocío Jurado, *Como una ola*, incluido.

—Me hubiera gustado mirar por un agujerito.

—No sabes lo peor… perdóname.

—¡Ay, Dios! ¿qué habrás hecho? Me das miedo.

—Se están planteando un concurso de karaoke y están viendo si habría *quorum*. Se trataría de un «chicos contra chicas». Me he apuntado con Silvi.

—Lo pasarás bien, tú eres atrevida.

—Eso no es todo —siguió—. También te he apuntado a ti. Somos diez en total.

—¿Qué has hecho qué?

Aguantó las ganas irrefrenables de matarla, ahogarla, apuñalarla. Lucía no cantaba mal; sin embargo, sufría de un acusado pánico escénico y no le gustaba para nada hacer este tipo de cosas en público, como mucho, se lanzaba en la ducha y a solas.

—Teniendo en cuenta como canto yo, *la* Silvi y las otras dos que he escuchado, te necesitamos si queremos tener alguna oportunidad y, sobre todo, no hacer el ridículo.

—Estás como una cabra. ¡En vaya embolados me metes!

—Lo mismo no surge, pero ayer estábamos a tope de *power* y nos apuntamos. A ver si por parte de los chicos hay participantes, si no todo se irá al garete.

Se tomó el combinado de un solo trago y luego se le volvió a escapar la risa. Las ganas de asesinarla se disiparon y le dio un abrazo.

—Aunque no te lo creas, estoy contenta pese a todo. Gracias por estar aquí conmigo, Candela.

—¿No quieres matarme? ¡Sal de ese cuerpo! ¿Qué has hecho con mi amiga? —gritó con aire cómico.

—Insisto, ¿chicos? ¿Alguno que valga la pena?

—Pues mira, te diré que Carlos, el farmacéutico, está soltero y es monín. Me dijo Silvi que es muy, muy tímido. Pero es guapetón, sí. Me pregunto qué hará sin pareja, Es raro, ¿no? Tiene como cuarenta años, no es ningún niño.

—Pues como casi todos, seguro que tiene alguna tara.

Se miraron con complicidad carcajeándose sin parar.

Tras ese *gin-tonic,* hubo dos más. Los disfrutaron entre risas y se lo pasaron genial, como hacía mucho que no lo hacían.

Capítulo 9.

***Help!* (The Beatles)**

Fran estaba un tanto preocupado por una de las jacas y esa noche acudió a la cuadra a ver a los caballos, tenía un pálpito. Tana, una de las yeguas, estaba preñada y no tardaría en tener al potrillo. En realidad, ya había preparado con mimo el espacio donde iba a nacer: la cama de paja limpia, ya que la viruta podía asfixiar al recién nacido pegándose en sus húmedas mucosas. Pese a no tener formación específica en esa área, Fran, por experiencia, pues había visto nacer tanto a potrillos como a terneros y cochinos; sabía muy bien cómo debía actuar. Obviamente, siempre tenía a mano el teléfono del veterinario rural que pasaba por la finca, de tanto en tanto, a revisar a los animales o vacunarlos cuando tocaba.

La yegua, de apenas seis años, ya tenía la punta de las ubres cubiertas con una especie de cera que no era más que calostro reseco, signo inequívoco de que el parto se acercaba. También había dejado de comer y se había aislado del resto. No era nada atípico y, de hecho, podría hasta parir sola por el prado si el nacimiento no presentaba problemas.

Tana, empezó a sufrir los clásicos e inevitables dolores que anunciaban el acontecimiento. Fran fue consciente de ello al notar el nerviosismo de la jaca con cada contracción, que la hacía retorcerse de dolor como si sufriera un fuerte cólico. Todo normal. Eso presagiaba que el parto era ya inminente.

A las pocas horas, Tana rompió aguas. Fran seguía allí, supervisando todo el proceso de lejos, sin intervenir ni molestar a la hembra, aunque con evidente nerviosismo por lo que representaba.

El potrillo no asomaba y, tras diez minutos de espera, Fran comenzó a preocuparse. Llamó a Rafael, el veterinario de confianza, pero este no cogió el teléfono. Lo cierto es que eran las cinco de la mañana de un domingo y el hombre estaría durmiendo.

Sabía que Tana necesitaba tranquilidad, de lo contrario, la equina era capaz de detener el parto perjudicando a su cría y arriesgando la vida de ambos. Desde un segundo plano, Fran, vigilaba de cerca, sin

participar más que como espectador; sin embargo, su preocupación fue en aumento ante la ansiedad de la joven yegua.

Tomó una decisión y llamó a Lucía, que no dudó en acudir al instante. En poco más de media hora llegó a la finca. Se notaba que había salido apresurada, pues llevaba su cabello recogido en un moño muy informal y vestida con lo primero que pilló, además, su cara de sueño la delataba. Para entonces el potrillo ya había nacido tras un parto largo y duro de casi una hora tras la ruptura de la bolsa, cuando lo normal era mucho menos tiempo.

—¡Menos mal que has llegado! Estaba muy preocupado. Desde que ha roto aguas hasta que ha salido la cría ha pasado casi una hora. —Fran agitaba las manos más que de costumbre, estaba mucho más expresivo de lo que era habitual en él, lo que Lucía interpretó como una clara señal de estrés.

—No es lo normal, pero es primeriza. Lo que es importante ahora es ver cómo se comportan. La naturaleza es sabia y casi nunca hay que intervenir.

—Veo que sabes de qué va…

—Me tomas el pelo, ¿no? —le miró sonriendo e intentando que se relajara.

—Por supuesto. Sé que eres una gran veterinaria.

—Gracias.

—Me he asustado mucho, lo reconozco, y no soy de espantarme con facilidad. Normalmente, los partos a los que he asistido han sido rápidos y sin problemas.

—Lo que es fundamental ahora es que este chiquitín expulse el meconio y tome el calostro de su mami. Los potros nacen con un sistema inmunológico muy inmaduro y dependen de los anticuerpos de la madre, que pasan a través de esa primera leche para poder sobrevivir. Eso debe ocurrir antes de las tres horas tras el nacimiento. Por eso, una vez eche el meconio debe mamar para inmunizarse. De no ser así, no quedará otra que ordeñar a Tana y darle un biberón. Eso es de vital importancia para el bebé. —Lucía intervenía desde la tranquilidad que le daba su posición como veterinaria.

Tana expulsó la placenta, y el potrillo el dichoso meconio. Al poco rato, tal y como Lucía vaticinó, se puso a mamar. Todo parecía bajo

control.

—En unos días les haremos una analítica. Parece que todo está perfectamente, pero hay que asegurarse.

—De acuerdo. —Fran empezó a relajarse tras una noche de locura y con los nervios a flor de piel.

—Por cierto, me gustaría conocer al veterinario que trabaja con nosotros. Quiero tener parte activa en ese aspecto, así no dejaré mi profesión de lado, aunque, siendo honesta, no he ejercido nunca en el ámbito rural, a pesar que de caballos entienda un rato.

—Claro. Te pasaré el contacto de Rafael.

—Creo que nos merecemos un buen desayuno, pero esta vez, lo prepararé yo.

La casa estaba desierta ese domingo. No solo era muy pronto, es que muchos de los trabajadores tenían el día libre y habían acudido a ver a sus familias o simplemente descansaban de esas paredes por unas horas.

Lucía se metió en la cocina principal de la finca por primera vez. Ni siquiera sabía dónde se guardaban las sartenes y demás utensilios de uso básico. Su orgullo le impidió preguntar, así que se buscó la vida revisando todos los armarios y alacenas de la enorme estancia.

Como era de esperar salió victoriosa. Preparó huevos revueltos, tostadas francesas y panceta a la plancha. Lo acompañó con zumo de naranja recién exprimido y café con leche. Parecía más un desayuno inglés que cordobés, pero estaba satisfecha de poder llevarlo a la mesa, donde Fran ya esperaba.

—Tiene todo muy buena pinta. Muchas gracias.

—Es lo menos que puedo hacer, siempre eres tú el que lo prepara todo cuando estoy aquí.

Se miraron y casi no articularon palabra. Fran no era un hombre especialmente comunicativo, y Lucía hubiera jurado que era timidez camuflada bajo una apariencia seca, como un caparazón impuesto. Aun así, se sentía a gusto cuando estaba cerca de él, como si ya hiciera muchos años que se conocieran y hubieran compartido más que un

parto animal como acto íntimo.

Decidieron durante ese desayuno bautizar al pequeño equino con el nombre de Odín, en honor al considerado rey de los dioses en la mitología nórdica y que encarnaba a la guerra, a la muerte, a la poesía, la sabiduría y la magia.

Las siguientes horas las pasaron haciendo un estricto seguimiento tanto a la yegua como al potrillo, pero en realidad, la naturaleza hizo muy bien su trabajo; Tana ya era la madre perfecta y Odín estaba pasando sus primeras horas lleno de amor y atentos cuidados. A Lucía siempre le alucinaba cómo se comportaban las madres con sus crías en el mundo animal: sin apenas conocerse, pero con esa capacidad de amar tanto desde el minuto cero. Salvo excepciones, siempre ocurría así.

Se hizo tarde y decidió quedarse a dormir. El día pasó tan rápido que apenas se dieron cuenta de que ya era de noche. Como no era la primera vez que ocurría, ya tenía algo de su propia ropa en el cortijo. Era mucho más cómodo que ir arriba y abajo con una bolsa y, en realidad, esa ya era su casa, aunque viviera en Villa Salmorejo con Candela. Pensó que también sería bonito pasar más días seguidos allí, en los Azahares, disfrutando de esa libertad que tanto necesitaba en esos momentos. A lo tonto, llevaba ya más de dos meses en el pueblo y se le había pasado el tiempo volando.

Los chicos empezaron a llegar, pero se instalaron en la zona habilitada para los trabajadores, un poco alejada de la casa principal, sin pasar por allí.

Solos, ella y Fran, cenaron y charlaron un rato sentados en el porche. Apenas se conocían, no sabían nada el uno de la otra, aunque, es cierto, que quizá supiera más él de ella que al revés, pues todo el pueblo había radiado sus problemas amorosos y, pese a que Fran poco se prodigaba por el centro, ya le habían llegado los chismes.

—¿Quieres un *brandy*? —le ofreció Fran.

—Vale. No me van mucho los licores fuertes, pero con el día que hemos tenido, me apetece algo intenso. —Sonrió dejando a la vista la que Fran consideró, sin verbalizar, una de las sonrisas más bonitas que había visto en su vida.

Se sentaron en el balancín de la entrada. A cierta distancia, más lejos de lo que en realidad deseaban.

—No sé mucho de ti y pareces un tipo la mar de interesante —soltó Lucía.

—No hay mucho qué saber; mi vida es de lo más normalita. Me paso el día aquí. Tengo poca vida social.

—Sabes mucho más de mí que yo de ti… A lo mejor eres un asesino en serie, y yo, aquí, tan tranquila con una copa en la mano.

—No he matado a una mosca, si saber eso te consuela.

—¿Puedo preguntar cómo es que sigues soltero?

—No surgió la oportunidad. Seguramente todo el mundo me ve como un hombre un poco distante. Soy el típico caso del tipo al que se le ha pasado el arroz.

—Si te digo la verdad, eso mismo pensé el día que te conocí; que eras un poco borde. Perdona, ahora sé que no es así. Seguro que no te han faltado novias…

Fran esquivó la pregunta.

—Mi infancia fue bonita, mi adolescencia no tanto. Fui un poco tarambana y me metí en problemas. Estudié en un internado, por expreso deseo de mi madre. Cuando volví, ya nada era igual aquí.

—¿Cómo te hiciste esa cicatriz?

—Fue un accidente de moto, ya está. No me gusta hablar de ello.

—Lo cierto es que te da un toque interesante, no te afea en absoluto. —Lucía se percató de que estaba hablando de más, incomodándolo y dio un paso atrás—. Tú tienes cicatrices a la vista, yo en el corazón y en el alma. En el fondo, nos parecemos más de lo que imaginas.

—Tú eres alegre, yo mustio. Tú eres extrovertida, yo tímido. Tú, comunicativa; yo, parco. Soy muy solitario y a la vista está que a ti te gusta estar en sociedad. Somos muy distintos, créeme.

Lucía lo miró a los ojos y decidió sincerarse un poco más.

—¿Sabes? Pronto sería mi boda con Borja. Y no estoy triste, bueno, solo un poco, pero por cómo han ido las cosas.

—¿No has vuelto a saber de él?

—Desde que se marchó, hace unas semanas, nada. Ni quiero, si te soy sincera. Es la mejor decisión que he podido tomar.

—¿Le quieres? —se atrevió a preguntar.

—Le he querido mucho. Ahora solo es un espejismo. Creo que lo idealicé; fue mi primer novio serio. Su seguridad, su personalidad… Le conocí en un momento de mi vida en que era muy frágil y creo que me agarré a él como a un clavo ardiendo. Han sido unos cuantos años; sin embargo, de cuando empezamos a cuando acabamos, él era otra persona y dejó de gustarme tanto. Su madre quería manipularlo todo y yo no estaba dispuesta a ser tan solo la señora de…

—No tienes pinta de dejarte dominar. Eres como una yegua purasangre: con carácter, fuerte y libre.

Lucía se quedó sin palabras ante ese comentario tan bonito por parte de Fran, que no esperaba para nada y que encontró muy halagador.

—Por mucho tiempo pensé que no era dueña de mi vida…, no era yo, me convertí en una sombra de mí misma.

—¿Te cuento un secreto?

—Soy toda oídos.

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo… —El *brandy* empezó a hacer efecto en el organismo de Fran, soltándosele la lengua.

—No te recuerdo, lo siento mucho, soy muy mala con las caras.

—Te refrescaré la memoria: el último verano que pasaste aquí…

—Tendría unos quince o dieciséis, no me acuerdo con exactitud… y lo cierto es que lo único que recuerdo es que pillé mi primera borrachera…

—¿En serio solo recuerdas eso? —Empezó a animarse a contarlo todo.

—Y que había una discoteca montada en la plaza principal.

—¿Nada más?

—¿Debo?

—No sé si contártelo. —Se le escapó una carcajada.

—¿Tan grave fue?

—Es que si no te acuerdas no tiene gracia. —Fran siguió riendo a mandíbula batiente y Lucía pudo percibir que estaba muy relajado. Nunca le había visto así.

—No me dejes con el intríngulis…

Capítulo 10.

***Be My Baby* (The Ronettes)**

Feria de Peñavieja de la Rubia, agosto 2000

Como cada año la feria prometía ser increíble. Los chavales, en especial los adolescentes, se lo pasaban en grande por esas fechas.

Carreras de sacos, futbolín humano, dardos, ajedrez… De todo había concursos. También se les ocurrió hacer un encierro con vaquillas.

¿Quién iba a ser el más valiente? ¿El más chulo?

Peñavieja era un pueblo en el que en verano se triplicaba su población. Muchos de los habitantes que, por una razón u otra habían emigrado, volvían en los meses estivales a las casas de sus progenitores o a las suyas propias. Era lo normal, ese pueblo en su día fue un referente en la minería, pero una vez agotado ese recurso, muchas personas tuvieron que buscarse la vida en otros lugares, aunque siempre volvían para impregnarse de sus recuerdos.

Los muchachos se preparaban para la gran noche. Los padres los observarían desde la lejanía. Era su momento. Para algunos sería el primer coqueteo con el alcohol, básicamente calimocho, una extraña mezcla de vino y cola, que pegaba fuerte a la cabeza si se tomaba sin control; también sería para muchos el momento del primer beso, primeros flirteos y conquistas.

Lucía contaba con casi dieciséis años; junto al grupito de amigas de la misma calle donde está Villa Salmorejo, y que solo se veían en ese corto periodo de verano, se disponían a pasar la primera noche en la que los padres no ponían hora de llegada. En la feria se levantaba el veto, y los adultos ni miraban ni controlaban a sus hijos. Lo único que se les pedía era que no se metieran en líos.

Lucía se puso una minifalda blanca, con una blusa calada de tirantes, en este caso azul claro. Cogió su chaqueta tejana, por si

refrescaba a última hora, y se calzó sus sandalias favoritas en color plateado, eran planas para poder bailar sin tener los pies adoloridos. Empezaba a maquillarse, como todas las chicas de su edad, eso sí, siempre de forma muy discreta. Se hizo una coleta alta que la favorecía.

Ana, de Madrid; Miren, de Bilbao y Lucía formaban el trío veraniego perfecto y, aunque se vieran solo unas pocas semanas al año, solían cartearse para estar en contacto los siguientes meses. Bajaron a la plaza central sobre las ocho. De hacerlo antes, en pleno agosto hubieran muerto de un golpe de calor, porque allí, en Peñavieja, los inviernos son tremendamente fríos; sin embargo, los veranos, desde junio, de día era insoportable el calor, aunque podía caer la temperatura en la noche.

Primera parada: la discoteca que el ayuntamiento les había montado en el centro para las fiestas y que solo era para adolescentes. Ahí ya cayeron dos calimochos por cabeza. Grandes éxitos del momento como *Sobreviviré*, *La bomba* y *Boom Boom*, amenizaron el momento. Tanto igual les daba la música, pues con las hormonas revolucionadas, poco más hacía falta.

Lucía y sus amigas se vinieron arriba.

Siguiente parada: las vaquillas.

La idea era ir a ver cómo los mozos intentaban torearla. Obviamente, el animal no tenía cuernos; no obstante, eran más de trescientos kilos de bicho, que, si se te venían encima, te podían dañar en una caída. Tercer calimocho y este, cargadito de más.

No había reto imposible para la audaz Lucía. Vio que ninguna chica se atrevía a saltar y ella, sin pensarlo dos veces, saltó.

Cruzó la valla de un solo brinco en el que dejó al descubierto sus bragas, aunque poco le importó. La becerra, estresada, se fue hacia ella y fue en ese justo instante en el que un atrevido mozo se interpuso entre el animal y la chica, poniéndose él en riesgo; aun así, no pudo evitar que Lucía se llevara un pequeño revolcón en el que perdió parte de su calzado.

La chica estaba en el suelo aturdida, y la ternerilla hizo el ademán de volver hacia ella para embestirla. Fran, sin pensarlo dos veces, cogió a Lucía en brazos y la sacó del recinto a toda leche. Estaba mal, pero sobre todo por la borrachera.

—¿Eres mi príncipe azul? —preguntó arrastrando las palabras.

—¿Estás bien? ¿Te has hecho daño? ¿Te duele algo?

—Eres muy guapo… Debo estar en el cielo. ¿Por qué no hay chicos así en Barcelona?

La chavala se agarró al cuello del chico y se apretujó contra su pecho.

—Estás muy bueno… ¡qué músculos! —dijo aprovechando el momento para palparlos.

—¡Madre mía, qué pedo llevas! Verás tu madre cuando te vea aparecer…

—Me va a matar… lo sé. —Reía y lloraba a la vez—. Si me das un beso, se me pasará el disgusto.

Fran, ignorando su petición, la acercó a la fuente y le remojó la cabeza para que espabilara, pues parecía que quería cerrar los ojos y eso no era buena señal. Al cabo de unos minutos, la sentó, apoyada en un árbol, lejos de las miradas del resto. Lucía vomitó y aunque Fran intentó esquivarlo no pudo evitar que su polo nuevo quedara totalmente arruinado.

—Ahora el problema lo tendré yo al llegar a casa.

—Soy patética. —Volvió a ahogarse en lágrimas.

El chico le puso la sandalia que había perdido durante su numerito con la vaquilla.

—Me reitero; eres mi príncipe azul y yo tu princesa… borracha, pero princesa.

Las amigas de la chica, que iban tan beodas como la propia Lucía, aunque un poco más enteras, llegaron al lugar y Fran aprovechó para desaparecer al comprobar que estaba mucho mejor.

—Cuidad de ella, no la dejéis sola. Lo mejor es que vuelva a casa y se acueste, creo que la fiesta terminó para algunos, entre otros para mí —dijo señalándose la pechera manchada.

****

—Vaquillas. Una niña con minifalda y algún que otro calimocho en todo lo alto. Esa misma chica decide saltar la valla e intentar torearla con la chaquetilla tejana, ¿sabes de quien hablo?

—¡No jodas!

—Te tiraste a lo loco; te pusiste frente a ella y te pilló de refilón. Perdiste uno de tus zapatitos, como cenicienta.

Las mejillas de Lucía se tornaron de un intenso bermellón.

—He aquí como en este momento, discretamente, me retiro a mis aposentos. —Lucía hizo el gesto de irse hacia atrás cómicamente, para luego volver a sentarse.

—No dramatices, mujer. Te recogí y casi te quedas dormida en mis brazos, bueno, más bien inconsciente.

—¡Qué vergüenza, por Dios! —Se llevó las manos a la cara— ¡Además odio este tipo de festejos con animales!

—Te puse el zapatito de cristal, te acerqué a la fuente y te remojé un poco la cabeza. Vomitaste. No quieras ni pensar cómo me dejaste el polo nuevo. —Fran se partía de la risa a la vez que se pasaba la mano por sus cabellos liberando su frente.

—No sigas, por favor. ¡Qué bochorno!

—¿En serio no recuerdas nada?

—Ahora que lo estás contando, me vienen *flashes* del momento, pero muy lejanos.

—Una vez que te recuperaste medianamente, te dejé junto a tus amigas, que te llevaron a casa. ¡Vaya tres patas para un banco!

—La bronca que me echó mi madre sí la recuerdo con claridad cristalina. Nada más entrar por la puerta, y justo antes de marcharnos sin estar previsto.

—Pregunté a mi tía por ti, pero ya te habías vuelto a Barcelona. Y, hasta ahora, no has regresado.

—¡Qué fuerte! En ese momento no sabía que eras su sobrino.

—En realidad, sobrino de Anselmo, y no, no habíamos coincidido hasta ese momento. Volviendo al tema, estabas parlanchina ese día… no lo olvidaré. —Fran parecía disfrutar viendo la cara de circunstancias de Lucía, que cada vez estaba más roja.

—En mi defensa debo decir que nunca en mi vida había tomado alcohol, me sentó como un tiro, tanto, que no me he vuelto a emborrachar jamás a ese nivel.

—Cuando te llevaba en brazos, me echaste unos cuantos piropos. Y muy descarados, por cierto.

—No sigas, te lo ruego. —Se cubrió la cara con las manos, muerta de vergüenza.

—Y me metiste mano… —Fran se acercó peligrosamente a su boca.

—Qué corte… —musitó ella rozándole los labios.

Fran se apartó de golpe. Quiso evitar ese beso que parecía inminente.

—Entonces tú y yo tenemos un pasado —afirmó Lucía sonriendo, aunque se quedara con las ganas de catar sus labios.

—Sí, ya te insinué que no era la primera vez que nos veíamos. No te lo iba a contar, pero bueno, debe ser el poder del *brandy* y compartir el parto de una equina.

—Si sirve de algo, te pido perdón. Aquí donde me ves, soy una señorita muy formal.

—No tengo ninguna duda. El día que te vi en el velatorio pensé que te acordarías de mí… debí ser un príncipe azul que desteñía, uno *low cost* o de todo a cien.

—De nuevo, mis disculpas. Tengo muy poca memoria fotográfica y, el alcohol no ayuda, desde luego. Además, han transcurrido muchos años, éramos unos críos descerebrados.

—Yo estaba a punto de cumplir dieciocho.

—Y ¿qué pensaste de mí cuando me viste de nuevo?

—Solo esperaba que no me vomitaras encima… Es broma. Eres

igual a como te recordaba. A mi favor, decir, que tu tía siempre tenía fotos tuyas por toda la casa, por tanto, no era fácil olvidar tu cara.

—Si te soy sincera, a los pocos días de ese suceso empecé a soñar con que un chico guapo me llevaba en brazos, pero como no recordaba nada, no tenía ni idea de por qué soñaba eso.

—Tuvo su punto divertido, para qué negarlo.

Rieron un rato recordando el momento; quizá, el más bochornoso de Lucía en su adolescencia.

—¿Tú sabes que pasó entre ella y mi madre?

—No tengo ni idea. Solo sé que Isabel lloraba mucho por ese tema, y más tras la muerte de mi tío: supongo que se veía sola y mayor.

—Debió ser muy gordo. Recuerdo a mis padres hacer el equipaje de forma apresurada, cargar el coche y salir por la mañana con prisas, sin despedirnos. Nunca me dijeron qué pasó y yo, la verdad, tampoco pregunté. Estaba muy liada con los estudios y no insistí. En ese momento me importaba todo un pito… Ya sabes, adolescentes —siguió—. Mi contacto con Isabel se limitaba a enviarnos postales por Navidad y alguna llamada de teléfono por mi cumpleaños. Supongo que mi madre intentaba protegerme, pero ¿de qué?

—Cosas de familia, seguramente. No le des más vueltas. Pasa en muchas, la gran mayoría.

—No sé, Fran. Me da mucha pena que mi tía muriera pensando que me importaba menos que nada… Ahora que estoy viviendo en su casa o aquí mismo, en la finca, la siento muy cerca de mí. He descubierto a una mujer que era todo corazón, todo el pueblo la quería. Tengo una sensación un tanto horrible en el alma. Debí estar más preocupada por ella; sin embargo, tras morir mis padres en el accidente, rompí con casi todo; me encerré en mí misma hasta que conocí a Borja. Tuve que sobrevivir, reponerme y seguir mi vida sin ellos. Crecí de golpe y hube de madurar de un plumazo. Suerte que tenía cerca a Candela, ella se ha comido todos mis marrones sin quejarse: es una gran amiga.

—Es cierto que a tu tía la queríamos mucho, pero también es verdad que tenía un fuerte carácter y no era fácil de tratar… como se cruzara con algo, no había ni Dios que la hiciera entrar en razón. No sé qué debió pasar con tu madre, aun así, no te fustigues. Fue un tema privado entre ellas y nada más.

Lucía sintió un cierto consuelo escuchando a Fran. ¡Cuántas familias habrá por el mundo que se retiran la palabra! Ese orgullo maldito que impide sentarse a hablar y arreglar las cosas. Lucía no era así: no podía irse a dormir si algo la atormentaba, debía solucionarlo antes de volverse loca. No tenía hermanos y no podía saber a ciencia cierta lo que eso significaba; sin embargo, el solo hecho de pensar en no hablarse con un ser querido, la entristecía.

Tras la agradable charla, se dispusieron a dormir. Se fue a la cama con un buen regusto de boca por hablar con él y descubrir que no era tan fiero el lobo como pintaba, aunque les faltó ese medicinal beso para que la velada rozara la perfección.

Capítulo 11.

***I'm still standing* (Elton John)**

Candela fue a la peluquería y volvió con un ejemplar de una conocida revista de cotilleo bajo el brazo. Dudó por un instante si enseñarle o no a Lucía lo que había leído. Pensó que lo más honesto era decírselo.

Buscó el momento idóneo, si es que lo había.

—Hoy he visto una cosa en la revista *Ciao!* Y me he quedado muerta.

—¿Qué pasa?

—He dudado mucho en si debía decírtelo o no. Es sobre Borja.

—¡Desembucha!

Candela le pasó el ejemplar de la revista abierta por la página de sociedad:

«El conocido médico Borja Sampere, hijo del afamado cardiólogo y propietario de la prestigiosa clínica Sampere-Kolman, mantiene una relación con la aristócrata Becka de la Vega, hija del Conde de las Marismas de Vilanova…»

La foto que acompañaba la noticia no daba lugar a dudas: eran ellos. Decidió dejar de leer.

—Será capullo. No me sorprende, la verdad. En este tiempo que llevamos separados le ha dado tiempo a todo.

—Tenías toda la razón sobre él.

—Seguramente su madre lo propició todo. Cómo si lo viera.

Efectivamente, no iba muy errada Lucía en sus sospechas. Si algo tenía Bárbara Sampere era un sentido muy agudizado de cómo quedar bien en su entorno social. Manejar y manipular eran sus mejores habilidades y no pensaba permitir que su hijo quedara como el «abandonado». Cuando la noticia de la ruptura del compromiso fue

conocida por todos y, para evitar rumores que dejaran en mal lugar a Borja, hizo correr una versión bastante distorsionada de la realidad.

Lucía cogió el móvil. Estaba un poco enfadada, dolida más bien.

«Te felicito por ser capaz de rehacer tu vida tan rápido. Espero que os vaya bien».

Adjuntó la foto con el recorte de prensa y le dio a enviar.

****

—Mamá, pero ¿qué has hecho? —Borja gritaba histérico al otro lado del teléfono.

—¿A qué te refieres, cariño? —Bárbara sabía dulcificar el tono de voz cuando convenía.

—Dime que lo que acabo de ver en la revista *Ciao!* no es cierto, que no es cosa tuya.

—Hijo, os habrán visto por el club y os habrán «cazado».

—¡Claro y el hecho de que tu mejor amiga trabaje en esa revista es pura casualidad! No sabes en el problema en el que me has metido…

—No digas tonterías. Estas revistas, de chismes de una foto inocente, te sacan una historia de seis capítulos.

—Júrame que no has sido tú… o tú o Becka, ¡estoy seguro! ¡Me tenéis harto! ¿¡Cuándo vais a dejar de inmiscuiros en mi vida!?

—Posiblemente nunca. —Su padre, desde el quicio de la puerta observaba la bronca que Borja tenía con su madre con el manos libres —. Tu madre es así…, lo hizo conmigo, lo hace contigo y lo hará con quien se meta en medio de sus intereses.

Borja colgó.

—¡Ha destrozado mi vida! Con Becka solo tengo una bonita amistad desde que éramos unos críos. Ahora Lucía cree que estoy con ella. ¡Joder!

—Ya eres mayor para tomar tus decisiones. Has dejado que tu madre se pase de castaño oscuro y ahora, la pelota se ha hecho muy

grande.

Borja asentía dándole la razón a su padre.

—Debería reprenderte por ser tan pelele en manos de tu mamaíta —siguió el padre—. No me extraña que Lucía no quiera verte. Sin embargo, creo que ya tienes bastante. ¿Amas a Lucía? ¿Y a qué estás esperando para salir corriendo a buscarla? ¿Estás dispuesto a cabrear a tu madre hasta el fin de los días? Mi consejo es que sigas a tu corazón sin obedecer a nadie más. Es tu vida y tú aún puedes encarrilarla. Que no te joda como a mí. Lucía es mucha mujer y vale la pena.

Acto seguido su padre se dio la vuelta y desapareció.

****

Quedaba muy poco para las fiestas del pueblo y se había confirmado que el dichoso concurso de karaoke seguía adelante. Cada minuto que pasaba la acercaba más al horrible momento de coger un micro y cantar ante medio vecindario. No había mucha información sobre los integrantes que formarían el equipo de los chicos, así que irían a ciegas. El «combate» sería en diferentes pruebas: día uno: pop español y copla; día dos: pop internacional y duetos. Por cada prueba irían eliminando integrantes de ambos grupos, hasta la batalla final, donde dos parejas se batirían en duelo.

Estaba bastante preocupada por el tema. Candela, en cambio estaba emocionada, pese a que su garganta la advertía de que no era una buena idea presentarse a este tipo de eventos, pues tenía la calidad vocal equivalente a la de una almeja. En realidad, el premio era una estancia en un parador cercano, con cena incluida, para el integrante del grupo masculino y la del grupo femenino que se clasificaran. Para dos personas: cada uno podía llevar a quien quisiera. Lucía lo tenía claro, se iría con Candela si es que había posibilidad de ganar.

Hasta que llegara ese temido momento, Lucía seguiría con sus quehaceres diarios que iban aumentando cada vez más.

Conoció al veterinario rural, Rafael Cabanillas, toda una referencia

en la comarca. Decidió que ella misma se haría cargo de las cuadras con la ayuda del mozo, la hacía sentir bien estar más cerca de los equinos, aunque no dejaba de pensar en Amira cada vez que estaba cerca de uno.

Borja intentó mil veces contactar con ella, sin embargo, no tenía intención de hablar con él ni un solo minuto de más.

Tomando el café de después de comer, sentada en la salita principal de Villa Salmorejo, recordó vagamente el «sueño» que tuvo días atrás, en donde se le volvió a presentar su tía Isabel. Abrigo astracán, armario, llave. «Qué tontería», pensó.

Pese a saber que era tiempo perdido tan solo intentarlo, se dirigió a la habitación en donde la difunta dijo que encontraría no solo las llaves, también las valiosas joyas.

Con serias dudas de su propia capacidad mental y de raciocinio, abrió el armario y ahí estaba el abrigo. ¡Bingo! Seguro que ya lo había visto con anterioridad cuando se dispuso a ordenar un poco las habitaciones y ni siquiera había reparado en ello. Siempre había una explicación lógica para una mente científica. Cualquier cosa menos que los muertos pudieran comunicarse con ella y, mucho menos, darle órdenes y pistas.

Cogió la prenda, que pesaba como un muerto boca abajo y la colocó en un sillón. Metió la mano en el bolsillo derecho: nada. «Estás perturbadilla, nena», se repitió a sí misma. Con reticencias metió la mano en el bolsillo izquierdo. Sacó una pequeña bolsa de terciopelo que contenía una única llave. «¡La madre que parió a Panete!» gritó al vacío.

Descosió el forro. Empezaba a entender por qué pesaba tanto la dichosa prenda. Efectivamente, unas cuántas alhajas que parecían de cuantioso valor se hallaban en su interior. «Necesito un psiquiatra, quizá mejor un exorcista», se dijo.

En ese momento de soledad en aquella sala, intentando asimilar que Isabel, efectivamente se mostraba ante ella o como mínimo se comunicaba en sus sueños, de nuevo apareció.

—¿Ves, alma de cántaro? —la riñó con cariño—. Yo nunca miento, mujer.

—Tía, soy una mujer adulta, con carrera universitaria. Nunca he creído en el más allá, pitonisas, presencias y demás… «Si no lo veo, no

lo creo» tengo por norma. Y, además, solo de pensarlo, me cago de miedo.

—Pero, chiquilla, ¿me estás viendo o no? No estás loca, ni perturbada, ni te falta un tornillo.

—No tengo una explicación lógica para lo que me está pasando; no obstante, reconozco que no tengo miedo y eso que me aterran las pelis de terror.

—Lucía, no tienes por qué sentirlo. Ya tienes la llave. Debo advertirte: aún no estás preparada para saber qué hay en esa habitación y lo que conlleva… Todo a su tiempo.

—¿Está relacionado con la pelea que tuviste con mi madre? ¿Descubriré algo que me hará odiaros?

—Lucía, cariño… yo espero que no me odies. Todo lo que hice fue obligada por las circunstancias, pero es cierto que nunca debí ocultárselo a tu madre tanto tiempo. Me pone muy triste recordarlo. Volveré en otro momento.

—¡Tía! ¡No te vayas!

No hizo caso e Isabel desapareció tras echar esos polvos dorados sobre Lucía, como solía hacer, sin permiso y de repente.

Se quedó sentada en la silla en la que estaba acomodada y suspiró con sentimiento. ¿Debía abrir esa habitación y destapar lo que quizá la iba a desestabilizar? Su lado curioso quería que lo hiciera; sin embargo, tanto su lado precavido como su amígdala cerebral, esa que te advierte del peligro, insistían en que lo dejara para otro momento. Decidió esperar, al menos, hasta que hubiera digerido que, de vez en cuando, tenía conversaciones con muertos.

Ni siquiera se atrevía a contárselo a Candela. Pese a que ella era muy creyente en estos temas y se dejaba aconsejar por gurús de lo místico. De ahí a ver muertos había un abismo, y ni siquiera Candela podría entenderlo. Se quedó adormilada y comenzó a olvidar esa vivencia que quedaría en un hueco de su memoria para, en otro momento, recordar.

Capítulo 12.

***I am so excited* (Pointed Sisters)**

Lucía pasaba cada día más tiempo en la finca. Le gustaba estar rodeada de la naturaleza y de su pasión: los animales. Adoptó a un perrillo que encontró por el monte. Zasca se unió a sus vidas una tarde de verano. Algún desalmado dejó a ese precioso cruce de galgo atado a un árbol; lo más probable es que ya no le fuera útil para cazar y decidió abandonarlo a su suerte. Cuando Lucía lo recogió estaba muerto de hambre y de sed. No sabía con exactitud cuánto tiempo llevaba el can en esa situación. Lo llevó a casa. Rafa, el veterinario rural le echó un capote con la analítica que mostró el delicado estado de salud del pobre animalillo, que, además, sufría una potente infección causada por un parásito.

A los pocos días, Zasca comenzó a mejorar: recuperó el apetito e incluso parecía estar más contento y se dejaba acariciar por Lucía, aunque en sus ojillos el miedo era patente, tal y como confirmaban sus temblores cada vez que alguien se le acercaba. De Fran aún recelaba. Los animales que han sido maltratados tienen una desconfianza natural hacia el humano y, no es para menos… Zasca fue encontrado y rescatado después de, seguramente, muchas palizas. Otros no corren la misma suerte pues aparecen ahorcados, degollados, tirados en pozos u atropellados en las cunetas.

Ella colaboraba como veterinaria solidaria con algunas asociaciones y protectoras catalanas, y conocía muy bien los detalles.

Pasaba a diario al menos ocho horas en los Azahares y se sentía cada vez más feliz. No echaba de menos Barcelona, ni mucho menos el ajetreo que conllevaba vivir en una gran ciudad.

—Parece que está mucho mejor. —Fran observaba desde hacía rato como Lucía acariciaba al animal.

—Sí, se está recuperando bien de las secuelas físicas. Me preocupan las psicológicas. —Lo miró con cara de agobio sabiendo que esa iba a ser la parte más dura.

—Está a gusto contigo.

—Y pronto, también lo estará contigo. Deberemos tener paciencia.

—Lo sé. Me recuerda a Rocco; también era un galgo rescatado que teníamos aquí. Murió el año pasado.

—Lo siento mucho.

—Murió de viejito y rodeado de cariño. Era un amigo fiel.

—Se hacen querer mucho. Últimamente me siento más a gusto con los animales que con los de mi misma especie, somos tan decepcionantes… —Suspiró mirando al vacío.

—Te lo dan todo sin pedir nada a cambio y nosotros…, mejor no hablar de en qué forma nos comportamos a veces.

Sin darse cuenta volvieron a clavar los ojos de la una en el otro y viceversa. Esta vez, mantuvieron el contacto visual unos segundos de más.

—Fran ¿te apetece que salgamos a cenar esta noche? —apenas lo pensó cuando se lo preguntó—. Si no tienes otro plan, claro está.

El chico se quedó pensativo unos segundos poniendo nerviosa a Lucía.

—Por supuesto —se animó a decir—. ¿Es una cita? Hace mucho que no tengo ninguna… No sé si estaré a la altura.

—Es una cita con tu jefa, si te parece más formal así —bromeó—. Te voy a llevar a un pueblo que está tan solo a diez kilómetros. Hay un sitio maravilloso que me apetece enseñarte si no lo has visitado. —Corrió a mostrarle el lugar con su móvil.

—Vale, jefa.

—Pues entonces, me voy a casa, me cambio y te recojo en la plaza Mayor a eso de las ocho, ¿*okey*?

Fran asintió con una ligera sonrisa en la boca.

En realidad, Lucía no tenía planeado invitarle, ni quedar con él, ni mucho menos tener una cita romántica; sin embargo, le salió del alma proponerle quedar y tener una velada fuera del entorno de trabajo. Estaba a gusto con ese chico; ese halo de misterio que le rodeaba la intrigaba. ¿Por qué era tan cerrado? Era cierto que se estaba abriendo cada día más, aunque también era verdad que rara vez hablaba de

algo que no fuera la finca. Lo de la otra noche fue producto del *brandy*.

¿Timidez? Quizá. La primera impresión que te llevabas de él era que no rebosaba simpatía por los poros, y que tampoco las dotes comunicativas eran lo suyo. En el pueblo apenas hablaban de él, y no se le conocían ni amoríos ni nada por el estilo. Eso sí, si gozó de la confianza de su tía Isabel debió de ser porque sin duda lo merecía.

****

Candela tenía también una cita. Carlos; el farmacéutico la llevaba a cenar y era la primera vez, en mucho tiempo, que aceptaba salir con un hombre.

—Cariño, ¡qué casualidad que las dos tengamos planes para hoy! —exclamó Candela mientras ambas se estaban acicalando en el baño.

—¿Cómo surgió?

—Pues, de la manera más tonta, si te soy sincera.

—Explica, mujer…

—Esta mañana con la excusa de que iba a comprar aspirinas fui a la farmacia.

—¿Y? hasta aquí lo normal.

—No me miraba a la cara. Creo que estaba muerto de vergüenza. Decidí que debía haber un poco más de contacto físico y fingí un ligero mareo…

—Hay que ver qué morro tienes.

—Me cogió en brazos y me tumbó en una camilla de la rebotica. Me tomó la presión arterial y, claro, estaba perfectamente.

—Eres de lo que no hay.

—Entonces le dije que igual era el azúcar, y me trajo una infusión de manzanilla. El pobre me decía que tenía buen color… Coño, ¡claro! Si me encontraba fenomenal.

—¿Cómo acabó la cosa?

—Cuando me «recuperé» le dije que había sido un encanto conmigo, que le debía una y no se podía negar…

—Te veo venir.

—Le invité a cenar en la Bodega de Mercedes y aceptó. Eso sí, se puso rojo como un tomate, el pobre.

—A ver qué tal va.

—Es guapote, pero muy calladito.

—Todo lo opuesto a ti… en lo de calladito, que tú eres muy mona.

Lucía ya le había explicado cómo surgió invitar a Fran y ambas estaban contentas con su plan nocturno con unos chicos que, como poco, les intrigaban.

En realidad, Lucía no quería empezar una relación, pues primero debía cerrar las heridas que aún le sangraban. Ni siquiera sabía por qué le había invitado y se ponía en ese brete. Fran era ya un amigo más que un subordinado. Un amigo muy atractivo, para ser honestos y, en todo el tiempo que llevaba allí, no había tenido un detalle con él por todo lo que hacía. Se consoló pensando que eso es lo que era: un amigo con el que creía tener una conexión especial. Borja era el pasado y encima parecía que se lo estaba pasando pipa con otra. ¿Por qué puñetas no podía hacer ella lo mismo? ¿Quedar con amigos y pasarlo bien era acaso delito?

****

Borja se levantó inspirado esa mañana. Estaba deseando cantarle las cuarenta a su madre y le tenía una sorpresa preparada. Para ello, la había invitado a almorzar en un conocido restaurante cerca de su casa.

Bárbara acudió contenta. Su hijo era lo más importante para ella y pensó que, en realidad, lo que quería Borja era pedirle disculpas por la bronca que le echó por teléfono el último día que hablaron.

Borja la acomodó en la silla y se sentó frente a ella.

—Mamá, tenemos que hablar.

—Lo sé, cariño. Vengo preparada para escucharte y que sepas, que ya te he perdonado, así que cuando quieras, aquí estoy, con los brazos abiertos.

—¿De qué hablas? ¡Yo no te tengo que pedir perdón por nada!

—¡Hijo! ¡No me grites!

—¡No sabes el daño que nos has hecho! Hasta Becka me ha confirmado que tú estabas detrás de todo, ¡desde el principio! —Estaba cada vez más indignado—. En el momento en que anunciamos que nos casábamos todo ha sido acoso y derribo, ¡cómo no me di cuenta antes!

—¡Todo lo hice por ti! ¡Lucía no te conviene!

—¡Mentira! ¡Lo haces por ti! Qué sabrás tú lo que me conviene o no… Lucía nunca fue suficiente, lo bastante grande para entrar en esta familia. Me das pena, mamá. ¿Cómo puedes ser tan superficial?

—¡Nunca quise hacerte daño, Borja! Pero debes entenderlo, ¡esa niñata no te aporta nada!

—Venía dispuesto a escucharte e incluso a entenderte e intentar comprender tu comportamiento, pero veo que es imposible que sientas arrepentimiento ni nada parecido. Cuánta razón tiene papá, solo piensas en ti misma.

—Papá, mejor no me hables de él, que me tiene contenta. —Bárbara miró hacia otro lado.

—Sé lo de su amante, desde hace mucho, y no me extraña. Eres fría, gélida y no sientes empatía. También sé que tú lo aceptas con normalidad siempre que no salga a la luz… hasta ese punto habéis llegado. ¿Quieres eso para mí?

—¿Y qué? —dijo con odio—. Yo siempre seré la señora y ella la puta.

—Me da vergüenza ajena oírte. Sé que te ha pedido el divorcio de mil maneras y que no eres capaz de concedérselo sin montar un escándalo que sin duda perjudicaría a papá. No es feliz contigo, pero

eso te da igual.

—Si estuvieras en mi posición no lo verías así. No se trata de si eres o no feliz.

—Mamá, tengo el coche cargado con mis cosas. Me voy, dejo la clínica, ya he hablado con papá: me tomo un tiempo.

—¿Dónde vas a ir?

—Me voy a Peñavieja a recuperar al amor de mi vida.

—¿A ese pueblucho asqueroso?

—Como si es a Marte. He alquilado una casa y me instalaré allí una temporada. Me da igual tu opinión, así que te la guardas para ti. ¡Ya soy un hombre, no un niño!

Acto seguido, se levantó, pagó la cuenta y se montó en su deportivo con un único rumbo: la sierra de Córdoba.

****

Tanto Candela como Lucía salieron por la puerta cantarinas. Con la alegría de unas quinceañeras escrita en la cara.

Habían invertido parte de la tarde en hacerse la manicura, depilarse, peinarse con mimo. No recordaban lo bien que se lo pasaban en esos momentos de amigas.

Lucía dejó a Candela en la plaza Mayor y un poco más adelante recogió a Fran, que, por una vez, dejó los tejanos desgastados y las camisetas desteñidas metidas en el armario para vestirse un poco más elegante y acorde con la situación: un pantalón de pinzas de color antracita combinado con una camisa cuello *mao* de lino en color gris claro. Estaba realmente guapo.

Ella enmudeció al verlo. Sus ojos verdosos contrastaban con el tono aceitunado de su piel. Por un segundo tuvo un breve recuerdo de aquel chaval que la «rescató» durante la novillada.

Fran se metió en el coche y sonrió.

—Es la primera vez que una mujer me recoge para un encuentro, y no al revés.

—¿Te sientes incómodo con eso? —bromeó.

—Para nada. En realidad, hace mucho que no tengo una cita, y esta lo es, aunque sea con mi jefa.

—Abróchate el cinturón, que nos vamos.

Lucía ya era especialista en circular por la difícil carretera que los llevaría hasta ese paraje secreto.

—Parece que llevas por estos lares toda la vida. —Fran se sorprendió.

—Siempre me gustó mucho conducir y si hay curvas, aún más. —Ella aceleró haciendo que Fran se pegara al asiento.

—No corras, es peligroso —dijo.

—Tranquilo, voy a la velocidad permitida.

Se quedó un poco desconcertada por su sugerencia. ¿A qué hombre no le gusta la velocidad? Pero Lucía pensó en el accidente que él nunca quería comentar y dejó de presionar el acelerador para que se sintiera más cómodo.

Llegaron al Cenador de Monteros. Resultó ser cierto que Fran no lo conocía, de hecho, al pueblo de Monteros del Valle no iba desde hacía varios años, pese a estar cerca de Peñavieja.

No era más que un restaurante rural más de la zona; no obstante, tanto el edificio como la decoración rústica con algún toque de modernidad hacía de ese local algo distinto. En invierno podías relajarte en una mesa junto a la chimenea y, en verano, como era el caso, cenar en la maravillosa terraza exterior con vistas al prado y con sus paredes adornadas con bellas flores. Lucía oyó hablar de él y no dudó en querer probar sus platos. Era una opción culinaria diferente en la zona, ofreciendo tradición con un toque actual, y lo más importante, con productos de proximidad.

—Creo que lo mejor será que pidamos el menú degustación —sugirió Lucía—. Me han hablado muy bien del chef. Parece ser que ha adquirido este local, pero antes ha peregrinado por las mejores cocinas

de Europa.

—Como gustes. Hace mucho que no salgo de los flamenquines, el salmorejo y el pollo frito; así que toda novedad es bienvenida.

—¿Te gusta probar cosas nuevas?

Lucía se dio cuenta enseguida del doble sentido de su frase y se puso roja como una amapola.

—Si son buenas, sí. ¿A quién le amarga un dulce?

—Hay personas muy reacias a este tipo de cocina. Yo la disfruto muchísimo. Me gusta que me sorprendan con cada bocado. —Su sonrojo iba en aumento.

—¿Cómo llevas lo de Borja? —espetó sin anestesia.

—Vaya… no te andas por las ramas.

—¿Te molesta que te pregunte por él?

—No, en absoluto. Borja es pasado para mí.

—Tus labios dicen eso, pero ¿tu corazón qué opina?

—Se están alineando. Me refiero al corazón y a la cabeza. Necesito tiempo. Aquí soy feliz, esa es la verdad. Me ha venido bien mudarme.

—¿Es definitivo? ¿Te quedas?

—Por una larga temporada, al menos.

Fran asintió con una sonrisa.

—Y ya que estamos de confesiones…, me pica la curiosidad. Te confieso que he intentado indagar sobre ti en el pueblo, pero nadie suelta prenda. ¿Qué habrás hecho para que nadie chismorree sobre ti? —se le escapó la risa.

—Es curioso, sí. Los tengo a todos amenazados, esa es la verdad —le guiñó un ojo y ella casi se cae de la silla.

—Voy al tocador, ¿me disculpas?

Lucía fue al lavabo. Dentro del cubículo de señoras se apagó la luz cuando estaba en plena faena. «Jolines», maldijo. «Ahora con las

bragas por los tobillos tengo que agitar las manos como si estuviera dirigiendo la sinfónica de Viena, para que este cacharro vuelva a encenderse, ¿será posible?». Era de esas luces que se activan con el movimiento y se sintió ridícula.

Apareció su tía.

—¡Ostras! ¿Es cosa tuya?

—Bueno, un poco sí. Parece ser que si hay algún espíritu cerca interfiere en el sensor del bicho este.

—Pero, y ahora, ¿qué quieres? Estoy en un momento en el que necesito un poco de intimidad.

—Advertirte.

—*Jopeta* con las advertencias. ¿Ahora qué hay de nuevo? ¿Tengo un yate en propiedad atracado en el puerto de Palma? ¿Cómo es la cosa? —preguntó un poco molesta Lucía.

—No te cachondees… Veo que ya no te cagas de miedo. Bueno, al lío. Es sobre Fran, mi sobrino.

—¿Qué le pasa?

—Que lo ha pasado muy mal el pobre mío con el amor, y lo veo ilusionadito con esta cita. ¿A qué es bonico? Y guapo. Y está muy solito. Hace mucho que no queda con una mujer…

—¡Tía! ¿Pero qué es lo que eres? ¿Una casamentera del inframundo? ¡Ay, por dios!, de verdad que me estoy volviendo loca.

Apareció su tío difunto. Eso sí, tuvo el detalle de ponerse la mano en la cara y taparse los ojos.

—¡Anselmo! ¡La niña está orinando!

—Anda, Isabel, ¡vámonos que la vas a liar!

—Ay, sí. _Se me ha ido la pinza esta vez. ¡Anda! Échale los polvillos esos para que no recuerde nada, ¡hazlo, cariño!

Anselmo espolvoreó la cabeza de Lucía con esa sustancia extraña que le hacía olvidar o, a lo sumo, solo podría recordar la vivencia como si fuera un sueño y ambos desaparecieron.

Volvió a la mesa sin recordar apenas nada, eso sí, con la sensación de estar mareada, un poco aturdida.

—¿Estás bien? —le preguntó extrañado por la tardanza.

—¿Tanto he tardado?

—Nada, nada, tranquila —no quiso ser indiscreto, pues podían ser mil cosas, incluido un apretón imprevisto.

Cenaron muy a gusto.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó Lucía—. ¡Ah sí! ¡Ya recuerdo! Me estabas contando los secretos de tu vida.

—Si lo hago, deberé matarte después y dejar apilado tu cuerpo con los otros doscientos cadáveres que tengo emparedados en casa.

Fran sonrió con picardía.

—No hay mucho que contar —continuó—. A los diecinueve años me fui a Jerez de la Frontera y estuve unos años allí. Luego volví y empecé a trabajar en serio en la finca.

—Me he dado cuenta de que sales poco de la hacienda.

—Me gusta estar allí. —Respiró con la melancolía reflejada en el rostro—. Es mejor que estar fuera y sentirse expuesto. —Su tono de voz se entristeció por unos segundos que transcurrieron eternos—. En realidad, me gusta estar solo. Prefiero mi soledad, me he acostumbrado. Nos llevamos bien.

—Yo cada vez disfruto más de los momentos que paso conmigo misma. Antes, me daba terror quedarme sola, ya no. Además, me he dado cuenta de que no necesito a nadie: soy una resiliente. Después del disgusto que me he llevado con lo de Borja, tardaré en volver a ilusionarme con otro hombre.

—Te entiendo muy bien.

Esperaba más bien otro tipo de frases, como: «no mujer, date otra oportunidad», «no te cierres al amor» o algo por el estilo; sin embargo, Fran la asombró con ese comentario.

—Tenemos mucho trabajo en la finca, pero creo que formamos un buen equipo. —Lucía cambió radicalmente de tema.

—Sí. Los chicos están contentos también; tenían miedo de que hubiera cambios drásticos, e incluso alguno pensó en que podía perder su trabajo.

—Mientras todo esté bien no tiene por qué haber cambio alguno.

—Confían en ti. Confiamos.

—Fran, te voy a ser muy sincera: la finca sin ti no funcionaría, tampoco sin ellos. Quiero que sigas al frente, no tienes nada que temer. No tengo un as en la manga ni nada parecido.

—De acuerdo.

—¿Sigues pensando en ello? ¿En serio?

—Me quedo más tranquilo cuando me lo dices —guiñó un ojo y relajó el rictus.

—Hablando de otra cosa, estoy pensando en hacer algunos cambios, pero ¡para bien! Me gustaría saber tu opinión al respecto.

—Dime.

—Esa finca está un pelín desaprovechada, creo que gran parte de ella serviría para acoger eventos: bodas, reuniones de empresa, ceremonias en general. Un circuito *spa* con tratamientos, *packs* de salud, etc.

—No parece mala idea; sin embargo, eso requiere una inversión importante, tanto económicamente como en personal, no sé si me entiendes.

—Perfectamente. Mi amiga Candela es una excelente relaciones públicas, aunque su profesión sea esteticista. Estoy segura de que podrá ayudarnos y le vendría muy bien volver a trabajar y sentirse útil.

—Cuando quieras empezamos a mirar las posibilidades.

—No estoy pensando en hacerlo en cuatro días, sé que tardaremos, aunque, ¿a qué es buena idea? Creo que puede ser muy beneficioso para el pueblo, por imagen, por turismo… incluso por la gente que está en el paro. Solo con que tengamos un restaurante, eso ya son muchas más manos necesarias.

—Es muy buena idea; sin embargo, este pueblo es pequeño y

cuesta llegar a él. Me refiero a que solo puedes acceder a él por carretera, no está cerca de la capital. Por no hablar de los servicios en general…

—Necesitaba un punto de vista más crítico, sin duda. Te lo agradezco, no obstante, creo que podemos llevar a Peñavieja al éxito. Está en un entorno privilegiado, no merece menos.

—Pues lo mejor es que pienses de manera clara qué quieres hacer exactamente, lo plasmamos en un papel y buscamos asesoramiento profesional.

—Por eso te lo explico: quiero que lo hagamos juntos. Tus ideas me interesan. Tus consejos, tu experiencia. Te necesito. —Esas palabras sonaron demasiado bien en la cabeza de Fran.

—Solo soy el encargado, no tengo experiencia empresarial.

—Yo menos que tú. Soy veterinaria, los números se me dan fatal. Por eso necesito tener a alguien de confianza al lado. Como tú. Si mi tía confió en ti todo este tiempo, sería por algo.

Hablaron largo y tendido y, sin darse apenas cuenta, el tiempo voló. Acabaron la cena y volvieron al pueblo.

—¿Dónde te dejo? —preguntó Lucía.

—En tu casa, no hay problema. De ahí iré a pie a la mía.

Llegaron y estacionó su vehículo en la misma puerta, ya que en el pueblo el aparcamiento no era un problema.

—¿Te apetece una última copa?

—Mejor no, es un poco tarde.

—Va, no seas aguafiestas, hombre. Así verás los pequeños cambios que he hecho en la casa.

Fran aceptó, sabiendo que podía meterse en un berenjenal de los gordos.

Sirvió dos copas bien frías de esa ginebra de autor tan buena que maridaba asimismo estupendamente con la tónica.

Le dio un pequeño paseo por la casa. Villa Salmorejo estaba cambiando. Tenía más color y había dejado de oler a rancio para

notarse un envolvente aroma a jazmín.

—Han vuelto a brotar. —Lucía señaló las lindas flores, ya de vuelta al patio.

—La casa parece distinta, es cierto, pero sigue teniendo la misma esencia.

—Tampoco he cambiado tantas cosas. Los sofás son más modernos, la pintura de las paredes un poco más atrevida y he quitado algún cuadro que me daba un poco de grima, para qué negarlo.

—Huele distinto. Huele a ti, a tu perfume —se acercó peligrosamente a su cuello rozando su piel, ya erizada, con la punta de la nariz.

Lucía dio el paso. Giró la cara para encontrarse con él de frente. Acarició suavemente su mejilla con el dorso de su mano y con el pulgar rozó su cálida boca.

Sus ojos le pidieron más, aunque no lo verbalizara, ese fuego en el iris no la engañaba. Fran se acercó, de forma tímida pero decidida; sin embargo, su nariz, una vez más dando problemas por torpe e inexperta en el mundo de los ósculos, se topó con la suya, aunque fue capaz de dirigirla al lado correcto para lograr alcanzar su meta.

Los carnosos y suaves labios de Lucía se entreabrieron invitándole a hacerlos suyos. Notó los acelerados latidos de su corazón palpitando al aterrizar en ellos.

Fue su lengua la que se fijó en la de Fran para, traviesa, jugar a un juego que provocó que un extraño hormigueo les recorriera por la espalda.

Fran agarró su nuca y la atrajo aún más a su boca mientras sus fauces se movían ya con entidad propia, salvajes y fieras.

Un coche se acercó por la calle parando en la misma puerta: Borja estaba en el pueblo y acababa de ser testigo del primer beso de Lucía y Fran.

Capítulo 13.

***I want to know what love is* (Foreigner)**

Fran se sintió muy incómodo. Había disfrutado mucho del beso, pues, además, hacía tiempo que no besaba de ese modo a nadie. Lejos quedaba el último.

Borja se plantó en la puerta de Lucía y se quedó mirando, anonadado.

—Creo que es mejor que me vaya —sugirió Fran.

—De acuerdo. Te llamo mañana —contestó con desgana Lucía.

Salió por la puerta casi sin mirarla. Ese beso había despertado algo que creía muerto en él y se sintió expuesto. Se había dejado llevar y no le gustó verse tan vulnerable.

—¿Qué estás haciendo aquí, Borja?

—Necesito hablar contigo, aunque, por lo visto, tú ya tienes otros planes en la vida. Soy un imbécil.

—No es lo que crees ni de lejos. Es la primera vez que nos besamos y, no creo que estés en posición de ofenderte, la verdad… Vaya cara más dura.

—Toda esa mierda que se publicó fue cosa de mi madre y de Becka. Debes creerme.

—Me da igual.

—Lucía, estoy dispuesto a lo que sea, incluso a olvidar lo que acabo de ver.

—Será posible. ¡Qué morro tienes!

—¡Solo te quiero a ti!

—¡Borja! ¡Me engañaste con Becka! ¿Es que acaso ya no lo recuerdas? Sí, yo me acabo de besar con Fran ¿y qué? ¡Yo no estoy prometida con nadie! ¡Tengo todo el derecho a besarme con quien me

dé la real gana!

Estuvieron un rato con el tira y afloja.

—Es un poco tarde. Márchate, en serio —suplicó Lucía.

—No me daré por vencido, así como así… Estoy aquí para luchar por ti. He alquilado una casita tres calles más abajo de la tuya. Me quedo en Peñavieja. Quiero que sepas que vengo dispuesto a reconquistarte, que veas que te necesito y quiero estar contigo por encima de todo.

—¡No digas chorradas, Borja! ¡No seas ridículo! —gritó importándole bien poco que el vecindario fuera consciente de lo que allí estaba ocurriendo—. Tú tienes toda tu vida allí, tu consulta, tu futuro profesional, ¡todo!

—Ya tengo trabajo aquí, he alquilado un despacho en un centro médico, como cardiólogo. Creo que trabajo no me va a faltar, porque, además, me han dicho que el anterior cardiólogo se acaba de jubilar. Nena, te lo dije, vengo dispuesto a lo que sea con tal de estar contigo.

—Pero ¡yo no quiero! Me conoces bien y sabes que cuando digo una cosa la mantengo: ha sido muy duro descubrir lo vulnerable que eres, y yo no quiero a nadie así a mi lado.

—¿Así, prefieres a ese ejemplar de macho ibérico asilvestrado que acaba de salir por la puerta?

—De verdad, en serio… Eres mucho más idiota de lo que pensaba.

Lucía, pasando totalmente de Borja se metió de nuevo en la casa, cerrándole la puerta en las narices.

Candela no vino a dormir y Lucía estuvo todo el rato pendiente del teléfono por si llamaba, como una madre. Ya a altas horas de la noche le envió un chat en el que la avisaba de que no vendría y que ya le explicaría, por lo que pudo dormir un par de horas. Aun así, se despertó pronto y no dejó de darle vueltas a la cabeza. Consideró que la decisión de Borja de volver al pueblo no era para nada una buena idea, era una locura. Justamente ella estaba empezando a olvidarse de su pesadilla; sin embargo, su corazón no le había borrado por completo. No era un robot. Lucía sabía que ya no podía seguir con él y, aunque fuera una decisión dura, debía sacarlo de su vida, y eso

estaba intentando hasta que él decidió plantarse en el pueblo. Teniéndolo cerca no iba a ser sencillo.

Por otro lado, había avanzado con Fran, aunque eso no estaba previsto en sus planes ni tenía claro si era, en realidad, una buena idea. Ese acercamiento abría una puerta a la felicidad o quizá, al sufrimiento. Estaba hecha un lío y, por una vez en su vida, no sabía por qué camino tirar.

Para colmo era su jefa, aunque ella no se considerara así, técnicamente sí lo era. Tampoco era mujer de besarse con cualquiera. Surgió, sin más. Quizá esa última copa ayudó o tal vez fue lo cómoda que se sintió al estar cerca de su cuerpo. Fran la atraía; era misterioso, complejo, pero tenía ese algo que le resultaba magnético. Estaba confusa y necesitaba respirar hondo y averiguar qué quería hacer con su vida.

Candela entró por la puerta pasadas las once. Con una sonrisa de oreja a oreja muy significativa.

—Madre mía, qué cara de felicidad traes. Sospecho que te ha ido muy bien con el farmacéutico.

—Lucía…, ese hombre es… es… es…

—¡¿Qué?!

—No te puedes tú imaginar…

—¿Os habéis acostado? ¿En la primera cita?

—Ha sido la mejor noche de mi vida.

—Y parecía tonto cuando lo cambiamos por un botijo —dijo en voz alta, sin ser esa la intención.

—No me enfado por el comentario, porque yo pensaba un poco lo mismo… extremadamente tímido, hasta que se suelta el pelo, ¡*madredelamorhermoso*!, Lucía… es una fiera sexual.

—No entres en detalles. Mi noche fue bien distinta.

Lucía explicó los pormenores de su cita con todo lo que eso representaba, incluida la aparición del actor secundario.

—Así, ¿os besasteis? —preguntó Candela.

—¿Te parece lo más destacable después de todo lo que te he contado? ¡Borja está aquí! ¡Se ha mudado a Peñavieja!

—Mira la parte positiva: no ha venido con Bárbara.

—No tiene gracia. Muy chistosita te veo hoy.

—¿Sabes cuánto hace que no echaba un polvo? ¿Eres consciente? ¡Ha sido el mejor *kiki* de mi vida! No puedo pensar en nada más.

—Te veo feliz. Eso es lo único que me importa. Y, ¿cómo habéis quedado? ¿Os volveréis a ver?

—Espero que sí. Dijo que me llamaría. He descubierto un hombre que me intriga un poco; es tan rarito todo él. Tan formalito en la farmacia, tímido, pero que cuando se mete entre unas sábanas…. ¡Oh, no quiero ni recordarlo que me pongo mala!

Ambas rieron y se miraron con la confianza que sólo pueden tener las amigas tan íntimas.

Candela lo pasó muy mal con la ruptura de su matrimonio y, le había costado mucho intimar con otro hombre. Sí, claro, había tenido alguna cita; no obstante, siempre saltaba con algún «pero» y les ponía pegas a todos ellos. Era lógico, su marido la dejó por otra mujer y se comportó con ella como un auténtico cerdo, incluso invitándola a salir de la casa que compartían, sabiendo que ella no tenía a donde ir. Allí entró de nuevo Lucía, que le tendió la mano y la acogió en su piso una temporada hasta que pudo remontar no sólo su economía, sino también su estado anímico. Esa ruptura le generó una fuerte desconfianza con el sexo opuesto, incluso con ella misma. Se planteó muchas veces el típico «qué tiene ella que no tengo yo» y eso le hizo sentir pequeña, su autoestima cayó en picado y, estaba claro que la mejor medicina se la había dado, casualmente, el farmacéutico del pueblo: calor masculino y sentirse de nuevo atractiva. Ese calor que tanta falta necesitaba sentir de nuevo en su piel.

Lucía envió un mensaje a Fran.

«Lamento lo de anoche, estoy avergonzada».

Fran recibió el mensaje y no supo muy bien si se refería al beso o a

la aparición de su *ex* en escena.

«No te preocupes. No pasa nada, no tienes culpa alguna».

Respondió con esas frases neutras que servían tanto para un tema como para el otro.

«Me lo estaba pasando muy bien contigo», siguió Lucía.

Ahora ya se inclinaba más a que se refería a la inesperada aparición de Borja, dudó en qué responder.

«Fue una bonita velada, gracias».

Sonó un poco seco y Lucía así lo sintió. No volvieron a verse, ya que era fin de semana y hasta el lunes no coincidirían. Ambos acudirían a la Feria del Caballo de Jerez y, pese a que vivían relativamente cerca, acudirían por separado, ya que Lucía, que iba a ir acompañada de Candela, saldría un día antes y, así, de paso, harían un poco de turismo.

****

El fin de semana transcurrió sin demasiados sobresaltos. Borja no apareció; Fran, tampoco y lo peor de todo: el farmacéutico no dio señales de vida. Eso no desanimó demasiado a las chicas, que ya se encontraban en Jerez y estaban la mar de entretenidas y a lo suyo.

La Feria del Caballo iba a ser importante: Lucía quería comprar otro macho, aunque era consciente de que no sería barato, puesto que el que quería y había visto anunciado en una conocida página web equina, rondaba los seis mil euros. Era un ejemplar joven, de raza árabe, purasangre y con un pedigrí excepcional: tanto su padre como su madre habían ganado premios, por lo que sus crías eran muy valoradas.

Quería un acompañante para su yegua favorita. No quería que un semental la montara y se fuera de rositas, a buscar tabaco y no volver. Obviamente, no funcionaba así en el mundo de los caballos. Ellos no practican sexo por placer sino para reproducirse, aun así, les gustaba estar en compañía y fantaseó con que la preciosa Sayida tuviera pareja. Existía la posibilidad de que no congeniaran; sin embargo, eso lo vio poco probable y ese riesgo merecía la pena. Lucía era romántica

hasta pensando en el reino animal.

Encontró a Fran paseando por los *stands*. No iba solo. Su compañía, una morenaza de cuerpo escultural que se lo comía con los ojos, o eso le pareció a ella.

Hasta hacía muy poco no había reparado en él como hombre, pero, esas últimas semanas en las que se habían conocido un poco más, llegando a explicarle el tema de la novillada y, sobre todo, ese beso, le hizo ver a Fran con unos ojos distintos: era guapo. Quizá no el típico modelo de calzoncillos de marca americana, aunque era atractivo y ese halo de misterio que le envolvía, así como esos preciosos ojos verdosos en los que apenas reparó el día en que lo conoció, la estaban volviendo loca. Lo cierto es que más bien fue un reencuentro, ya que, supuestamente, se conocían con anterioridad, aunque Lucía no le recordara. Se sentía extraña con todos esos sentimientos aflorando de nuevo con la ruptura con Borja tan reciente.

La saludó con dos besos, como solía hacer, y en ese momento la muchacha que iba con él se puso a hablar con otra chica de la feria, por tanto, no las presentaron.

—¿Has visto ya al caballo que te interesaba?

—Iba a ir ahora. ¿Quieres acompañarme?

—Ahora mismo no puedo, tengo una cita —respondió sin precisar con quién o dónde—. Si quieres, paso esta tarde y luego te doy mi opinión.

—Ya veo. De acuerdo —contestó poco convencida—. Pásalo bien con tu cita.

—Luego nos vemos.

Respondió un poco descolocado, y no fue hasta que ya se habían alejado el uno del otro bastantes metros, cuando cayó en la cuenta: posiblemente Lucía pensó en que se trataba de otro tipo de cita y no de una de negocios, que era en realidad a lo que iba. Se sintió un poco estúpido pues eso era justo lo que no quiso dar a entender.

—¿Estás bien? —preguntó Candela.

—Sí, ¿por qué no iba a estarlo?

—Diría que te has quedado un poco mosqueada. ¿Es por la morena

que iba con él?

—No digas tonterías…

Ambas siguieron su camino y visitaron la cuadra donde estaba Magic, pues así se llamaba el precioso ejemplar objeto de su deseo. Tal y como en las fotos, el equino de color azabache intenso y con una crin abundante y espesa, era perfecto. El problema es que ya tenía varios pretendientes y no podía esperar a Fran para dar una respuesta, si es que lo quería.

—Señora, es un ejemplar muy buscado, se lo aseguro. No la va a defraudar. Esta misma mañana tres personas más se han interesado por él. —El criador presionó un poco a Lucía para que no tardara en decidirse si se quedaba con Magic—. No le aseguro que por la tarde siga disponible.

—Es que mi socio —mintió a medias para ganar tiempo—, debe dar su visto bueno, no puedo hacerlo sola.

—Llámele, no sé qué decirle.

—No es mala idea, Lucía —intervino Candela.

Cogió el teléfono y decidida marcó su número. No respondió.

—No contesta. Candela, ¿qué hago? —preguntó con cierto tono de desesperación.

—Lucía, tú lo quieres ¿no? Eres veterinaria y sabes ver en qué estado físico está, no como yo, que no tengo ni pajolera idea. Cómpralo, es tu dinero. Haz lo que creas oportuno.

Lucía se decidió y cerró el trato con el vendedor. No le pareció especialmente caro, aunque no estaba acostumbrada a ese tipo de negocios. Ella no tenía la intención de revenderlo, sino que quería que formara parte de su familia, como los otros. Le supo mal que Fran no opinara y pensó que quizá hasta se lo podría tomar mal, puesto que él también se ocupaba de los caballos y yeguas de la finca.

Finalmente, ya por la tarde, Fran llamó a Lucía.

—He podido verlo. Es bonito, sin embargo, creo que es mejor su hermano, Vikingo.

—Ya está hecho, Fran. Lo compré esta mañana. Intenté localizarte

puesto que el vendedor me dijo que estaba muy solicitado y que, posiblemente por la tarde ya no estuviera disponible.

—¿Velázquez te dijo eso? Será cabrón.

—¿Lo conoces?

—Joder, pues claro que lo conozco. Menudo pirata está hecho. ¿Cuánto has pagado por él?

Lucía tragó saliva imaginándose por donde iban a ir los tiros.

—Ocho mil euros, al final.

—Luego te llamo.

Fran colgó. Estaba muy enfadado, pero no con Lucía, sino con Velázquez.

***

Tras dos días de feria en los que se vieron lo justo, volvieron al pueblo. Lucía y Candela se lo habían pasado pipa y les había venido muy bien esa escapada.

Fran la llamó, como dijo, esa misma noche. Le explicó que fue a ver a Velázquez y que accedió a arreglarles el precio de Magic. Lo conocía bien, desde hacía muchos años y también sabía que el tratante era un poco listillo y que solía aprovecharse cuando podía y veía algún pardillo no muy involucrado en el negocio. Cierto es que el ejemplar valía esos seis mil, pero no los ocho mil que intentó sacarle. No le explicó que para que entrara en razón, por poco lo coge de la pechera ante su inicial negativa con sonrisa sarcástica incluida, sin embargo, no hizo falta llegar a las manos, aunque Fran estaba dispuesto a ello. Si algo le tocaba las narices era que alguien se aprovechara de un amigo. Y con Lucía no iba a hacer una excepción.

El caballo, tras el tedioso papeleo, llegaría esa misma semana a la finca y ya le habían habilitado un bonito rincón en las cuadras y habían programado su integración con el resto de los equinos. La mayoría del tiempo corrían por los prados, sin ningún tipo de problema, a menos que el tiempo lo impidiera. Eso era lo que le emocionaba a Lucía: verlos a sus anchas, salvajes y felices por los

alrededores de los Azahares.

Fue una semana llena de proyectos. Tal y como comentó con Fran, tenía grandes planes para ese negocio y lo primero era contratar a una consultoría y hacer números. Era una inversión enorme, pero estaba segura de que sería un buen negocio. Empezarían ampliando la casa anexa para hacer un alojamiento rural. Incluiría un circuito *spa* y tratamientos de belleza. De todo eso se iba a encargar Candela, que no en vano tenía muchos años de experiencia y, además, le iba a venir muy bien para su autoestima gestionar esa parte del negocio. Comenzó a indagar opciones y presupuestos. Los primeros la escandalizaron y pensó en que debía bajar el nivel; sin embargo, tras pensarlo mucho, era muy probable que se liara la manta a la cabeza y se tirara a la piscina con lo mejor de lo mejor. Estaba a la espera de los comentarios de los expertos a los que había propuesto su modelo de negocio. Era un plus apasionante reconducir su vida de esa forma, lo necesitaba. Con Borja por allí, aunque no se lo encontró más desde el día en que llegó, necesitaba estar sumergida en sus asuntos. Los rumores por la localidad, efectivamente, le situaban en una consulta privada de Peñavieja. Sus vecinas, entre ellas Eustaquia, no tardaron en ponerla al tanto sobre Borja y sus progresos. No eran muchos los días que llevaba allí, pero ya le llamaban el «doctor Bombón» y tenía locas a las mujeres del pueblo, especialmente a las jóvenes. A ella le producía una cierta gracia ese soniquete que la perseguía en la calle, en el supermercado y por donde pasara. Si algo se propagaba en ese lugar, eran los chismes. De hecho, las consultas privadas de cardiología se habían multiplicado. Eso era cuanto menos curioso y le resultó hasta simpático. Borja era la novedad: un tío joven y guapo, culto, médico y con mucho mundo… y, encima, estaba forrado, sobre todo su familia. Eso era un incentivo que le hacía resultar más apetecible a los ojos de las mujeres de Peñavieja. Lo cierto es que no abundaban hombres así por allí.

Fran estaba un poco distante desde la noche del beso y pese a que había coincidido varias veces por la finca con Lucía, siempre decía estar ocupado. Esa mañana ella quiso saber qué ocurría.

—Fran, ¿te pasa algo conmigo? Hace días que apenas hablamos.

—Nada, estoy muy liado, ya hablaremos.

—¿Puedo ayudarte?

—No.

Fue de nuevo muy seco. No quiso forzar la situación, y no insistió en entablar una conversación con él si no estaba preparado, aunque sabía que tenían una pendiente.

Siguieron con la normalidad en sus vidas, pero algo iba a ocurrir y trastocar esa supuesta tranquilidad.

Capítulo 14.

***The End* (The Doors)**

El sonido del móvil alertó a Fran.

—¿Hablo con el señor Caballero? —preguntó una voz femenina desconocida para él.

—Yo mismo, ¿quién pregunta?

—Le llamo de la residencia Los Robles, de Córdoba. Es por Marta Medina.

—¿Le ha pasado algo?

—Ha tenido una crisis muy fuerte esta noche y se la han llevado al hospital Reina Sofía de Córdoba. Le llamo porque es usted quien figura como contacto de emergencia.

—¿Pero saben qué tiene? ¿No puede decirme nada más?

—La enfermera de guardia, al hacer la ronda esta madrugada, la encontró con los signos vitales muy débiles, casi inconsciente y sangrando por la nariz. Pensamos que, dada la naturaleza de su enfermedad, podría tratarse de una hemorragia cerebral, un ictus o algo similar. Pero, insisto, acuda al hospital, que es donde la están tratando.

Fran no dudó ni por un momento en salir directo a Córdoba. Envió un mensaje a Lucía, por si le buscaba por algún tema y avisó a los chicos de que iba a estar ausente por temas personales y que no sabía por cuánto tiempo.

Cogió el coche con evidente nerviosismo y se dispuso a hacer los setenta y pico kilómetros de distancia que le separaban de la capital.

Preguntó por ella en urgencias y salió una doctora a informarle.

—Señor Caballero, buenos días. Siéntese si es tan amable. La señorita Medina está en el quirófano. Estamos haciendo cuanto podemos, pero bien sabe usted de su delicado estado de salud.

Fran asentía aún sin saber exactamente qué tenía Marta.

—De hecho, es un milagro que sobreviviera a las terribles secuelas del accidente que sufrió en su momento.

—Me está preparando para lo peor, ¿verdad?

—Está en una situación muy comprometida. Ha sufrido una hemorragia intracraneal severa, lo que le ha provocado una grave inflamación en el cerebro y privación de oxígeno. Dada su situación previa al incidente de hoy, no tenemos muchas esperanzas de que salga victoriosa.

—Era una chica con tanta vitalidad. Siempre pensé, rogué al cielo, que se recuperara algún día, pese a que nunca nos dieron esperanzas.

—Por lo que he visto en su informe clínico, eso no es posible señor Caballero. Pero sepa que le entiendo perfectamente.

Marta estuvo en el quirófano seis horas. Seis largas horas mientras Fran se estaba volviendo loco por la espera y la incertidumbre. La doctora tenía razón: era de locos pensar que Marta se iba a recuperar. Llevaba en ese estado cuasi catatónico muchos años y, pese a que ella se agarrara a la vida, su existencia había dejado de tener un sentido. Hacía mucho que la antaño dulce adolescente había abandonado ese cuerpo, su alma voló al cielo, pese a que su carne estuviera en la tierra. Esa carne que tanto amó Fran, aunque la dicha les durara poco.

****

En el verano del año dos mil uno, Fran cumplía diecinueve años, estudiaba ingeniería agrónoma, como era tradición en la familia y además ganaba unos cuartos ayudando en la finca de la mujer de su tío Anselmo: Isabel. Todo parecía ir de maravilla para un chaval que empezaba a despertar a la vida, tenía todo lo que podía desear. Salía desde hacía unos meses con Marta, de su misma edad y vecina del pueblo. Se conocían desde niños, aunque Marta había estado cuatro años fuera de Peñavieja, pues su padre, militar, fue destinado a Madrid. Una vez volvieron y se reencontraron, cayeron rendidos el uno con el otro y se enamoraron de esa forma tan intensa como solo puede ser en los años de juventud.

Fran no era santo de la devoción de su padre; un capitán del Ejército de Tierra con bastantes malas pulgas y de agrio carácter. Y no es que el chico fuera malo, es que ninguno estaba a la altura de la niña de sus ojos; así que, cuando empezaron a salir, el hombre no estaba muy contento y Marta tenía las horas de salida y entrada muy controladas. Su padre, Antonio, estaba muy chapado a la antigua y se podría decir que era bastante machista, pues a su hermano Juan, un año menor que ella, no le ponían tantas pegas y entraba y salía cuando le venía en gana sin dar explicaciones, por no hablar de que como estudiante no estaba a la altura de su hermana, que tenía previsto empezar la universidad después de verano para cursar medicina.

Los enamorados se dejaban ver por el pueblo y, como era lógico, enseguida llegó a oídos de la familia Medina. Su madre, Cecilia, estaba de acuerdo con esa incipiente relación. Su niña ya era una mujer capaz de tomar decisiones y no entendía por qué Antonio era tan reticente con el chaval; aun así, a regañadientes, este se conformó siempre que los rumores que había por Peñavieja no fueran por nada escandaloso.

Marta era una chica dulce, decidida, optimista y vital. Junto con Fran estaba descubriendo por primera vez lo que era sentir amor; cuando estaba cerca de él, le faltaba el aliento. Solo deseaba besarlo a todas horas. Esos primeros besos que saben a miel, que no se olvidan. Él, que había sido un poco tarambana y solo deseaba ir de flor en flor, también estaba cayendo rendido a esa mujer y, por primera vez, decidió darlo todo por ella. Marta le había robado el corazón con su sonrisa y con esa forma tan bella de acariciarse los cabellos.

Hablaban de planes de futuro como todas las parejas que se aman; sin embargo, antes debían acabar sus carreras y encontrar un trabajo estable para poder basar su relación sobre sólidos cimientos. Incluso fantasearon con la cantidad de hijos que iban a tener y que no iban a ser menos de tres: dos niñas y un niño.

Algunas veces, se perdían en el monte. Cerca de la finca de los tíos de Fran había un precioso mirador donde, por la noche, podías evadirte contemplando las estrellas. Todo el mundo lo conoce como el mirador de las Almas. Fran, tuvo la genial idea de sorprender a Marta con una cena para poder admirar juntos los astros. Además, esa noche, se preveía una fuerte intensidad de lluvia de estrellas, las conocidas lágrimas de san Lorenzo, en su fase máxima. Para ser sincero, lo que él deseaba era dar un paso más allá y entregarse a ella de manera completa. Los besos y arrumacos ya no eran suficientes para él; sin

embargo, sabía que Marta era virgen y no quería presionarla ni que hiciera nada en contra de su voluntad, aunque la deseara hasta el tuétano. Si surgía, sería maravilloso, y si ella necesitaba más tiempo, se lo concedería.

La recogió con su moto a la hora convenida y se dirigieron al que ya consideraban su sitio especial.

Ella estaba bellísima, con su precioso vestido blanco de vuelo, por encima de la rodilla. Parecía una novia camino del altar. Su larga cabellera morena en contraste con la palidez de su rostro, inusual en esa parte de Andalucía donde las pieles eran bastante más oscuras, al viento. Tampoco era muy corriente el color de sus ojos, de un gris azulado precioso. Eran tan profundos como el abismo del mar.

Se colocó el casco, pese a que era consciente de que le estropeaba la melena y se agarró a la cintura de su amado.

Llegaron al mirador y Fran la sorprendió con la bonita velada que había preparado con tanto mimo.

Cenaron y tras las viandas pasaron a la acción. Sus besos subían de tono cuando sus lenguas se entrelazaban; sus manos se escapaban del control y empezaron a recorrerse y con ello aumentaba la excitación de ambos.

Los dedos de Fran descubrieron por primera vez el sexo de Marta y era tal y como él había soñado: una dulce cueva donde protegerse, cálida y acogedora. Su boca se perdió entre sus pechos. Ella gimió al tiempo que palpaba el torso duro de su chico.

—Estoy lista… —susurró entre gimoteos, entre el miedo y el placer, pues sus caricias casi le dolían.

—¿Estás segura? Puedo parar —sugirió, pese a que su excitación era más que notable.

—Te deseo, Fran…

—Y yo, cariño…

La recostó en la manta donde reposaban sus cuerpos y la despojó del vestido, sabiendo que allí podían estar bien tranquilos lejos de cualquier mirada furtiva. Ella se dejó conducir con ansiedad por tenerle dentro. Acarició su miembro, duro y preparado para hacer el amor.

Lo inevitable ocurrió y acabaron coronando la cima juntos. Ni fue doloroso, ni una mala experiencia como suele ser común entre las féminas en su primera vez. Fue todo lo contrario. Fran se encargó de que así fuera, para hacer de ese momento, uno de los más mágicos de sus vidas. Delicado, atento…, dándole el placer que sus ojos le reclamaban, sin olvidarse de que ella era lo primero, su prioridad. Él ya tenía sobrada experiencia sexual y supo conducirla a lo más alto.

Se abrazaron y permanecieron así largo rato observando las preciosas estrellas que pintaban el oscuro cielo, contribuyendo a que esa noche se quedara para siempre grabada en su retina. Una estrella fugaz se cruzó en su camino.

—Nos traerá suerte, seguro —dijo Marta—. Esa estrella marcará nuestro destino, cariño.

Las mejillas teñidas de arrebol de Marta captaron la atención de Fran que la acarició con el pulgar de forma cariñosa.

—Eres tan bonita…

—Y tú… eres maravilloso.

—Deberíamos de escapar juntos e irnos lejos.

—Mi padre nos mataría. Lo sabes, ¿verdad? Sin embargo, sé que lo acabará aceptando.

—Tendré paciencia, pues…

Llegó el momento de recogerse y volver a casa antes de que le cayera una buena bronca a su chica por llegar tarde, con el consiguiente castigo. Marta subió de nuevo en la moto y se colocó el casco, que era la única y escrupulosa norma que su madre repetía sin cesar para dejarle ir con él, y lo permitía a sabiendas de la oposición de su marido.

La carretera era difícil. Muchas curvas y a veces con gravilla que se desprendía de la ladera, por esa razón, Fran iba con muchísimo cuidado. Pese a sus medidas de seguridad, un coche con tres jóvenes vecinos del pueblo, que además parecían ir ebrios, se les echó encima para luego darse a la fuga.

Fran voló hacia un lado de la carretera. Malherido intentó levantarse, pero sus tobillos no obedecían. La suerte hizo que el médico del pueblo pasara por allí con su coche tras visitar a un

paciente enfermo en su casa. De hecho, se había cruzado en sentido contrario con los chavales que provocaron el accidente, reconociendo a uno de ellos, al conductor: el descarriado hijo de Benita y Fulgencio, sobradamente conocido en el entorno por sus fechorías puesto que era un delincuente común que pasaba muchas horas en el cuartel de la Guardia Civil.

Entonces, los móviles no eran tan frecuentes y solo unos pocos disponían de uno; no obstante, el doctor Serrano siempre llevaba el suyo encima por motivos laborales. Llamó a emergencias con premura.

—Mi chica, Marta… —susurró Fran entre horribles dolores que casi conseguían que perdiera el conocimiento.

—No la veo ¿dónde está?

—Salió despedida. No lo sé… Marta… Vaya a por ella…

El médico, viendo que Fran estaba orientado y bajo control, empezó a buscarla por los alrededores. Tras unos intensos minutos apareció su cuerpo en la cuneta, tras los matorrales. Inconsciente y sin casco. De alguna manera se le soltó. Lo más probable es que olvidara atárselo correctamente. Había mucha sangre, parte de ella salía de su oído derecho. Serrano, familiarizado con ese cuadro clínico decidió no mover a la muchacha que entró en parada en ese mismo instante. Le comenzó a practicar la reanimación cardiopulmonar justo en el momento en el que llegaban los sanitarios y la policía.

—La chiquilla está muy grave —dijo Serrano a uno de los médicos que iba en la ambulancia—. Traumatismo craneal y vete a saber qué más. ¡Necesita control de la vía aérea ya!

Pese a usar tecnicismos, Fran fue consciente de la gravedad.

La intubaron y, sin perder tiempo, la metieron en la ambulancia rumbo a Córdoba. Sus lesiones eran tan preocupantes que no se atrevieron a ir al moderno, pero falto de recursos para casos graves, hospital del pueblo vecino.

Otros médicos evaluaron a Fran allí mismo, en la carretera.

—Ya es seguro quitarle el casco —dijo uno de ellos a su compañero.

—Marta… ¿Cómo está Marta? ¿A dónde la llevan? —musitó

mientras se retorcía de dolor, literalmente.

—Va para Córdoba, chico. Estate quieto, que te vas a hacer daño, cojones —le riñó un sanitario.

—Este tiene como mínimo los dos tobillos rotos y la clavícula derecha, con total seguridad, también fracturada. Quizá alguna costilla. —El médico palpaba su costado y el chico gritaba.

Lo subieron a la segunda ambulancia y lo llevaron al pueblo vecino. Su estado no revestía la misma gravedad que el de Marta, que era muy preocupante y delicado.

—Marta…

Sus últimos pensamientos fueron para ella. Los sanitarios le inyectaron morfina para el dolor y conforme esta entraba en su organismo, se fue adormilando para despertar ya en el centro sanitario al cabo de unas cuantas horas.

****

Borja estaba completamente instalado en Peñavieja. Pese a tener reticencias en un principio, al ser el lugar tan distinto a Barcelona, estaba a gusto. Los pacientes se incrementaban día a día, y su consulta funcionaba a pleno rendimiento. Incluso, le habían ofrecido dar algunos seminarios en Córdoba sobre los nuevos tratamientos con los que él estaba familiarizado. De hecho, en el último año había aprendido unas nuevas técnicas en Suiza que quería trasmitir a sus compañeros del sur. Aun así, él sabía que su estancia allí era por un motivo concreto: Lucía. Debía demostrarle que era capaz de todo por ella, incluso de dejar su cómoda vida en la Ciudad Condal.

Bárbara le llamaba insistentemente; sin embargo, él no quería hablar con ella. También lo hizo Becka, vete a saber con qué fin, pero amablemente la envió un poquito a la mierda.

Era cierto que en Peñavieja no había demasiados locales de ocio nocturno, ni el cine era grande, ni estaba dotado de tecnología punta, ni era espacioso; no obstante, Borja empezó a impregnarse de la tranquilidad que le daba pasear por sus calles y plazas y encontrar placer en pequeñas cosas como compartir un café a media mañana con

un vecino, sentados en una cafetería a la sombra de una acacia con las mimosas en flor. Cosas que no sabía apreciar en Barcelona, en donde la velocidad marcaba la jornada, donde todo el mundo corría de un lugar a otro, donde los vecinos apenas se miraban a la cara cuando se cruzaban. En esa pequeña localidad sucedía todo lo contrario: las gentes se paraban a charlar unos con otros, preocupándose por si a alguno le podía faltar una cosa u otra o, simplemente, para darse los buenos días y empezar la jornada con la alegría de no saberse solo. Borja descubrió que, en el fondo, él estaba muy solo y que se había portado muy mal con Lucía, subestimando su paciencia y queriendo cambiar su vida por completo. Ella le aportaba luz. Era la única persona que había sido capaz de poner su existencia patas arriba, y ahora entendía todos sus errores. Quizá era tarde para enmendarlos, pero debía intentar recuperarla y eso no iba a ser posible enviándole flores: tenía que demostrarle que había cambiado, pero había un obstáculo: Fran Caballero.

Capítulo 15.

***My heart will go on* (Celine Dion)**

Fran y Marta (2001)

Los padres de Marta llegaron al Reina Sofía de Córdoba.

—¡Mi hija! ¿Dónde está mi hija? —gritó desesperada Cecilia.

—Está en el quirófano —contestó amablemente la médica que les atendió—. Deben esperar en la sala que hay al fondo a la derecha.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el teniente Medina.

—La han traído hace una hora. Ha sufrido un accidente de moto. Les informaremos en cuanto salga del quirófano, pero su estado es extremadamente grave. —Tras estas palabras la doctora desapareció.

—¿Cómo? —respondió Medina.

—Es culpa mía, Antonio. ¡Nunca debí dejarla ir con ese chaval!

—¿Me estás diciendo que has dejado a la niña subir a la moto con ese inconsciente? —Antonio gritó a su mujer—. ¡Estás loca!

—Me dijo que iban cerca y que se iba a poner el casco… confié en ella. ¡No podemos tenerla atada a una silla!

—¡Solo es una cría! ¡Nunca debiste permitírselo! ¡Más vale que esté muerto, si no lo mataré yo mismo!

—Antonio…

Los padres de Marta se abrazaron solos en esa fría sala de espera. Su otro hijo estudiaba en Sevilla y no quisieron decirle nada por el momento. Así era mejor.

****

Fran despertó bien entrada la mañana. El efecto del potente sedante que le habían proporcionado le hizo dormir varias horas. Al despertar vio a su madre junto al cabecero de su cama y con el dolor reflejado en el rostro.

Un médico entró en ese momento por la puerta.

—¿Cómo estás? ¿Sientes dolor?

—¿Dónde está Marta?

—Hijo, ella está en Córdoba, por lo que me han dicho. No tengo más información.

—¿Está viva? ¡Necesito saberlo!

—No sabemos nada, pero hijo, tranquilízate —contestó su madre—. He intentado llamar a casa de los Medina, pero nadie responde. Intentaré preguntar por ella por el vecindario.

—Mamá…, quiero ir a Córdoba.

—Eso no es posible —respondió el doctor—. Tienes varias fracturas graves y, de hecho, esta misma tarde debemos operarte de la clavícula para ponerte una placa y asegurar el hueso. Fran —siguió—, yo preguntaré por Marta Medina en el Hospital Reina Sofía y después te cuento, no te preocupes por eso.

—Aparte de la clavícula… —intervino la madre de Fran.

—Tiene rotos los dos tobillos y un par de costillas. Son fracturas que no revisten gravedad, pero que van a requerir mucho reposo. Has tenido suerte, chaval —concluyó.

«Suerte… maldita suerte» pensó. Ojalá fuera él el que estuviera ingresado con mal pronóstico. No era tonto, había escuchado todo lo que los sanitarios dijeron cuando la introducían en la ambulancia. Marta incluso podía estar muerta, y él con dos tobillos de mierda fracturados.

—Fran, ¿recuerdas qué pasó, cariño? El doctor Serrano dice que se cruzó con el hijo de Fulgencio y que iba conduciendo de forma muy temeraria.

—Un coche se nos echó encima y nos desestabilizó. No sé si era el del cabrón ese… era oscuro, un Ford Fiesta quizá… podría ser. No

recuerdo muchos detalles, mamá…

El efecto de los medicamentos que corrían por sus venas para paliarle el dolor se intensificó haciendo que su cuerpo dejara de resistirse a su mente adormilándose de nuevo.

Juana, la madre de Fran, miró por la ventana y empezó a llorar. Era viuda desde hacía dos años, su marido había muerto en un accidente laboral intentando ayudar a uno de los trabajadores de la finca que había sufrido un desmayo mientras conducía un tractor, y él, al querer echar una mano a su compañero, fue arrollado muriendo al instante.

Tiró adelante con Fran y Rosa, su otra hija, dos años menor que el niño. Por suerte, económicamente había quedado en buena situación; sin embargo, tener que sacar adelante y sola a sus hijos, en plena adolescencia y habiendo perdido al amor de su vida, le resultaba muy duro; por suerte, los chicos eran buenos y no se metían en líos, aunque cuando supo que Fran salía con Marta, la hija del teniente Medina, no le hizo gracia. Pese a que ella era una niña preciosa e inteligente, su padre era hueso duro de roer y estaba segura de que no se lo pondría fácil a la joven pareja. Incluso en el pueblo tenía fama de ser un hombre agresivo e intransigente; ni en el bar, a la hora de los vinos, se le podía llevar la contraria ni hablando de fútbol siquiera, por no hablar de la política. Ahora, tras el accidente, deseaba saber cómo estaba la niña y rezó para que se encontrara bien. En caso contrario, se esperaba una muy mala reacción de la familia Medina y, no les culpaba. Ella, seguramente, hubiera hecho lo mismo.

****

Cecilia y Antonio esperaban sentados en la aséptica sala de espera del hospital. Las horas transcurrían y Marta seguía en el quirófano en manos de los médicos y de Dios. Cecilia era muy religiosa y no se separaba de su rosario, que sostenía entre las manos sin dejar de rezar. Tenía un mal presagio y solo un ser divino, a su entender, podía sacarlos de ese atolladero.

Tras ocho horas de operación, un médico, aún con la bata verde puesta, fue a buscarlos para hablar con ellos.

—Señores Medina, estamos haciendo lo que podemos por Marta. Hemos controlado la hemorragia cerebral que era lo que más nos preocupaba. Sus otras lesiones, varias costillas y el peroné rotos, no

son de la misma magnitud y no revisten gravedad.

—¿Le van a quedar secuelas? —preguntó Cecilia.

—Es pronto para saber el alcance de estas, pero hay una posibilidad muy alta de que Marta no vuelva a ser la misma. Mientras la traían en ambulancia, hubo de ser reanimada varias veces pues entró en parada cardiorrespiratoria. Tiene una lesión muy grave: traumatismo craneoencefálico severo. Hasta que no despierte no sabremos mucho más.

—¿Despertará pronto?

—En estos momentos está en coma inducido, es lo más prudente. Si baja la inflamación cerebral, en unos días intentaremos despertarla y ver qué ocurre. Señores, lamento ser portador de estas noticias —continuó muy serio el médico—, haremos lo que esté en nuestras manos.

No fueron palabras agradables de escuchar. Antonio golpeó la pared con el puño haciéndose sangre en los nudillos. ¿Y si su preciosa hija se quedaba en estado vegetativo? Cecilia intentó calmarlo y se acercó por detrás. Le acarició la espalda.

—Nuestra niña… —le susurró cerca del oído.

—Nunca te perdonaré esto, Cecilia.

—Antonio, lo iba a hacer de un modo u otro, era cuestión de tiempo.

—¡En moto! ¿Cómo has podido permitirlo?

—Es una mujer, puede tomar sus propias decisiones.

Antonio la miró muy enfadado.

—Las decisiones de esta casa siempre las he tomado yo y va a ser siempre así, ¿te enteras? —zanjó.

Cecilia se retiró unos metros, se sentó de nuevo esperando que llegara la aprobación para ver a Marta y se enjugó las lágrimas que no cesaban de brotar de sus ojos. En ese momento, aunque no lo sabía, su cuerpo empezó a enfermar.

—Más vale que el tal Fran esté muerto —murmulló Antonio entre dientes.

****

Lucía recibió en su móvil un escueto mensaje de Fran: iba a ausentarse por temas personales y no sabía por cuánto tiempo. Le contestó rápidamente que no había problema y que contara con ella para lo que fuera; sin embargo, no obtuvo más respuestas.

No entendía muy bien qué estaba pasando ni el porqué de esa ausencia tan repentina, pues, hasta donde ella sabía, no tenía más familia que una hermana que vivía en Madrid. ¿Le habría pasado algo? ¿Por qué tanto misterio? Se preocupó pensando en que esa huida, ya que era lo que parecía, se debía a ella y a sus sentimientos. «Leo demasiadas novelas románticas» pensó.

Esa misma tarde llegaba Magic a la finca, y él no estaría con ella para recibirle. Le supo mal, pero concluyó que, si Fran lo había decidido así, por un motivo u otro, ella seguiría adelante. No entendía el porqué de tanto hermetismo y opacidad.

Las primeras horas, al llegar el nuevo ejemplar al establo, fueron muy tranquilas. Los equinos, entre ellos formando tropilla iban juntos en el cercado grande, a sus anchas. El nuevo parecía integrarse a la perfección. Primero se acercó al otro macho, Regaliz, un caballo español ya muy mayor y que era como el patriarca, el jefecillo; el resto eran yeguas y no supondrían un problema. Todo se iba a resolver pronto, en cuanto el joven macho fuera capaz de integrarse con el resto. La unidad básica en la sociedad equina es la manada, suele estar compuesta por unos seis u ocho individuos de los cuales uno sólo es macho y el resto son hembras que se encuentran bajo su mando. Como un harén. Los caballos no son animales territoriales, pero podrían mostrarse agresivos si un intruso, ya sea un caballo u otro animal, se acerca al grupo y ese era el gran reto. En cada manada existe un estricto orden jerárquico que coloca a cada uno en una posición concreta dentro de esa escala de poder. La estabilidad de la jerarquía es alta, si bien puede modificarse ante eventualidades como la enfermedad, la muerte de algún caballo o la llegada de un nuevo miembro a la manada.

Los inconvenientes se relacionan sobre todo con problemas de competitividad dentro del conjunto. No obstante, el papel del nuevo *latinlover* lo iba a tener Magic, puesto que Regaliz, con veintiséis años, se consideraba un ejemplar anciano y era hora de un relevo.

Aun así, Lucía fue muy cauta y observaba desde lejos el

comportamiento de todos ellos, fueran machos o hembras, por si debía intervenir; sin embargo, lo que comprobó fue que, efectivamente «el nuevo» iba a ser el líder sin problema alguno. Tomaría el reemplazo de Regaliz, que ya no deseaba correr ni tan solo trotar, siendo sus ratos de descanso cada vez más largos. Magic iba a ser su sucesor natural.

Se fue a dormir contenta. Se quedó en la finca, si bien no quiso reconocerlo, fue por si aparecía Fran. A pesar de que en su cabeza la excusa que resonaba era que se le habría hecho tarde y por eso no estaba allí, en el fondo no tenía ni idea de lo que le estaba ocurriendo. Eso entristeció por un momento su felicidad e incluso se enfadó un poco con él, aunque no estuviera en ese momento presente. ¿Cómo era posible que no hiciera acto de presencia? Si era por ella, ¿por qué no daba la cara? Ya eran mayorcitos.

****

Fran esperaba que el médico llegara y le explicara el estado de Marta. Tras tantas horas en el quirófano necesitaba tener todos los detalles. Estaba visiblemente nervioso, tanto, que otra señora de la sala de espera, a la que no conocía de nada, le trajo una tila.

Cuando llegó el médico, al ver su cara, se temió lo peor.

—Ya era hora, por Dios santo.

—No ha ido bien. No hemos conseguido que Marta despierte. —No se anduvo por las ramas y fue muy directo.

—Pero despertará más tarde, ¿verdad? —Fran apretó la mandíbula.

—Señor Caballero —siguió el doctor—. Llame a la familia y allegados. Esto es el final, no creemos que en las próximas horas sea capaz de respirar por su cuenta.

—No tiene a nadie más; sus padres fallecieron y su hermano se desentendió de ella desde el momento en el que ellos faltaron: soy lo único que tiene.

—Le haremos un electroencefalograma mañana. Si no hay cambios, y, sinceramente, no los espero, tendrá que decidir.

Fran se tapó la cara con las dos manos y respiró hondo.

—Ella no querría estar así… ¿No hay ninguna posibilidad de que despierte?

—Ahora mismo la posibilidad es muy remota por no decir nula. Piense en su calidad de vida. Lamento traer tan malas noticias.

Calidad de vida. Hacía mucho que Marta ya no tenía de eso. Desde la maldita noche del accidente en la carretera de los Caños.

Fran fue a la capilla del hospital y preguntó a Dios por qué. Por qué tanto dolor y tanta pena. Por qué no conseguía ser feliz desde esa noche de dos mil uno. Cuando iba a dormir y cerraba los ojos lo único que veía era el cuerpo inerte y vacío de Marta en la cama de Los Robles, sin excepción, desde ese día. Solo Lucía le había aportado un rayo de luz, pero no quería destrozar su vida como lo hizo con la de Marta. Era el momento de dejarla marchar. Quizá a ambas.

A las doce del día siguiente, Marta fue desconectada para dejar de forma definitiva este mundo y a Fran totalmente desolado y sin consuelo; aunque, en el fondo, debía ser una liberación tanto para ella como para el propio Fran, él no lo entendió así. Se cerraba el capítulo más doloroso de su vida.

Capítulo 16.

***I just call to say I love you* (Steve Wonder)**

Ya habían transcurrido tres semanas. Fran se limitó a llamar y decirle que cogería vacaciones por primera vez en muchos años. Ella no tuvo problema en acceder, aunque seguía extrañada por su comportamiento. Los chicos de la finca también, puesto que él jamás cogía días libres, ni mucho menos se iba de vacaciones.

El Sindy, uno de los mozos de los Azahares, asumió un poco el relevo de Fran en algunos quehaceres diarios y, Lucía, con buen criterio decidió parar todos los proyectos que tenía en mente hasta que él regresara. Estaba triste, no solo de no verle por allí, también por la falta de comunicación y el misterio que rodeaba a ese hombre y sus acciones.

¿Qué le pasaba? ¿Dónde estaba? Por el pueblo no se le veía y nadie sabía de él. Fue a su casa y la encontró cerrada a cal y canto.

Cada vez estaba más segura de que era por algo que ella había hecho, puede que le ofendiera sin saberlo… quizá la aparición repentina de Borja. Todo eran hipótesis, aunque, en realidad, tampoco le conocía tanto como para sacar esas conclusiones. Estaba confusa y dolida.

Borja, en cambio, seguía feliz. No había intentado acercarse a Lucía, aunque se había dejado ver por el pueblo y, a veces, con compañía. A ella le llegaban rumores y, aunque intentaba pasar de ellos, en el fondo, le molestaban.

Candela seguía con su farmacéutico, viviendo en una nube de algodón. Todo parecía ir perfecto en esa relación; no obstante, esa noche, en el restaurante de Martín, en la plaza del pueblo, alguien iba a enturbiar esa felicidad.

—¡Qué guapa estás! —Carlos la piropeó al verla entrar.

—Se hace lo que se puede —contestó sonrojada.

—Te he citado aquí, porque quiero comentarte algo, Candela.

—Te escucho.

—Como sabes soy un hombre tímido…

—De puertas para fuera, ladrón —interrumpió Candela.

—Déjame hablar, mujer… —Tomó aire—. No sé por cuánto tiempo vas a estar aquí, en Peñavieja, y necesito saberlo.

—Estoy viviendo el día a día. El tiempo dirá, de momento soy feliz aquí y tengo proyectos con Lucía en la finca.

—Sé que llevamos poco tiempo saliendo… Me estoy enamorando de ti, Candela.

En ese instante, una mujer apareció en escena.

—¡Mira! ¡Los tortolitos del momento! ¡Qué bonito! —gritó.

—Carmen, ¿qué estás haciendo aquí?

—No quiero hablar contigo, imbécil —se dirigió a Carlos—, ¡quiero hablar con esta zorra!

—Señora ¡sin faltar! ¡Que usted no me conoce de nada!

—¿Ya te ha dicho que te quiere, que quiere vivir contigo y bla, bla, bla? Es lo que suele pasar al cabo de pocas citas.

—¡Carmen! —interrumpió Carlos— Estás montando una escenita innecesaria; por favor, ¡vete!

—¿Qué dice esta mujer? ¿Es que tenéis algo?

—Que yo soy o era, mejor dicho, su novia, hasta que apareciste tú, pelandrusca.

—Carlos, ¿es eso cierto? ¡Por Dios, dime que está mintiendo!

—¿Ya te ha llevado a su casa, al cuarto oscuro? ¿Te ha comprado la pulsera? Parece ser que lo hace con todas, lo conocen hasta en Málaga, siempre con lo mismo, hasta que se cansa o aparece alguien que le hace más tilín. Este hombre, con esa apariencia tan tranquila, apacible y amable, es un psicópata emocional. El rey de *Tinder*.

Carmen, tras pronunciar esas palabras, cogió la copa de Carlos y se la derramó por la cabeza ante la estupefacción de todos los presentes.

Después, se marchó.

—No me lo puedo creer, Carlos… —A Candela se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¿Es eso cierto?

Carlos permanecía petrificado ante lo que acababa de ocurrir. Helado, impertérrito, mudo.

—Candela… por favor…

—¡Dime algo, joder!

Estaba tan conmocionado por la escena que las palabras no salían por su boca. Candela cogió el bolso, después la copa y también le derramó su contenido por encima.

—¡Cerdo! —gritó antes de marcharse.

Salió corriendo calle arriba, sin mirar atrás. Deseaba llegar a casa y meterse en la cama o quizá, más bien, tragarse dos gin-tonic dobles.

Se había ilusionado con el farmacéutico; todo era demasiado perfecto. Como todos los hombres que habían pasado por su vida la había defraudado.

—Algún fallo debía tener —dijo a Lucía.

—Pero mujer, necesitas hablar con él.

—Se quedó mudo. Eso da credibilidad a la tal Carmen, ¿no crees?

—Por lo que dijo esa mujer, es un poco mujeriego, parece ser, pero quizá ha cambiado.

—¿No te parece extraño que esté rozando los cuarenta y no se haya casado nunca? Ahora encaja todo: va de flor en flor hasta que se cansa y busca nueva víctima… y pensar que casi me lo creo. ¡Me cago en su calavera! Y encima está en esa plataforma para ligar… ¿Puede haber algo más patético?

—Estás ofuscada y no puedes pensar…

—Mira —le enseñó la pulsera—, según esa mujer lo hace con todas a las pocas citas.

—Pero eso es una chorrada, mujer.

—Si piensa que Candela de Luis es una mujer fácil o una idiota, ¡lo tiene clarinete! ¡Este no me pisa a mí! ¡Te lo digo yo! Y el muy capullo me estaba diciendo, justo en ese momento, que se estaba enamorando de mí, ¿para qué? Pues para romperme el corazón, que es lo que parece que le gusta. ¡Qué cabrón!

—Sigo pensando que solo él puede darte una explicación y, además, debería de tener opción a réplica, ¿no?

—Y, ¿por qué no lo ha hecho?

—¡Si lleva llamándote una hora y no le coges el teléfono!

—¡Ni lo pienso hacer! —Candela se tomó la tercera copa de golpe —. ¡Me voy a dormir, que voy pedo!

Lucía, por supuesto, siempre estaría del lado de Candela; sin embargo, intentó que esta se tranquilizara para que al día siguiente pudiera pensar con más claridad. Candela tenía un carácter un poco explosivo y, muchas veces, debía de reposar los temas para poder reaccionar.

****

Fran se había refugiado de nuevo en Jerez, en casa de su prima Mariola. Esa morena tan guapa que vio Lucía el día de la feria era en realidad un familiar cercano, de las pocas personas de sangre con las que tenía un contacto estrecho.

Mariola, conocía la situación de Fran y todos sus secretos; lo que ocurrió con Marta, su evolución y, ahora, era la única que sabía que había muerto.

Su retiro ya duraba más de lo debido y ella intentaba por todos los medios que saliera del pozo en el que cada día se sumergía más. Estaba alarmada, pues le veía cuesta abajo.

—Fran, debes volver cuanto antes a tu vida normal. A la finca, a tus animales…

—¿Te molesto acaso? Si es así, me voy mañana mismo.

—¡Joder!, sabes que no es eso. Estoy preocupada. Siempre que

vienes aquí estás huyendo de algo.

—¿Te refieres a cuando tuve el accidente?

****

Fran se marchó a Jerez en cuanto salió del hospital. Sabía que Medina le iba a hacer la vida imposible y, su madre, con buen criterio, se mudó a casa de su hermana en Jerez de la Frontera. El padre de Marta se había encargado de propagar por el pueblo que Fran era hombre muerto. No era una persona con la que se pudiera dialogar y el tema estaba aún muy caliente. El tiempo debería pasar para poder sanar las heridas y rebajar la tensión. Aunque Antonio Medina no lo viera así, Fran fue tan víctima como Marta.

No le importó que la investigación policial diera con el coche que propició el accidente, ni que sus ocupantes fueran drogados y con tanto alcohol en las venas como para inmolarse si hubieran estado cerca de una cerilla. Fueron ellos, como dictaminó el parte de los agentes; incluso uno de los ocupantes confesó los hechos. De nada sirvió: los delincuentes comunes se fueron de rositas y Fran estuvo amenazado por un hombre violento que poseía armas en su casa.

Permaneció allí unos años. Acabó, con mucho esfuerzo, la carrera e intentó seguir con su vida; a pesar de que eso no le resultaba fácil, pues Marta seguía en sus pensamientos y apenas sabía de ella. Cuando supo que los Medina se habían trasladado a la capital, Córdoba, decidió volver al pueblo. Dio la cara con la señora Medina, a la que fue a visitar a la capital en un intento de que no le culpabilizaran de su desgracia; sin embargo, pese a mostrarse comprensiva con él, le recomendó que no se acercara a su marido. Este pereció de un infarto a los pocos meses y ella le siguió a causa de un cáncer, un año después. Se escucharon rumores en el pueblo de que la desgracia de su hija la hizo enfermar. Fran se hizo cargo de Marta desde entonces, puesto que su hermano, un hombre bastante desprendido, que ya residía en Madrid, nunca quiso hacerlo.

Desde ese momento, un sábado al mes lo pasaba con ella en la residencia. Se hacía cargo de todos sus gastos, incluida la cara terapia alternativa. Nada sirvió. Marta no resistió y, aunque los médicos dijeran que era un milagro que viviera tantos años no le consolaba esa explicación, ya que eso ni siquiera fue vivir.

Por eso se volvió a Jerez de nuevo, huyendo otra vez de su dolor. Mariola le entendía y le apoyaba, pero él no se dejaba ayudar. Lo cierto es que estaba muy hundido, nunca le había visto así.

Se encerraba en su cuarto con un par de botellas de *whisky* y no salía a menos que este se acabara. Comía lo justo para no desmayarse y justamente eso era lo que su prima quería evitar: que se matara en vida.

—Fran, macho, aquí huele a muerto ¿cuántos días hace que no te duchas? ¡Por Dios bendito!

—Déjame, de verdad que no soy buena compañía.

—No busco tu compañía, quiero evitar que te suicides bañado en alcohol.

—Mañana me iré a Peñavieja, no te preocupes.

—No te dejaré ir en este estado, como comprenderás.

—Mariola, no quiero sermones. Necesito estar solo.

—¿Para qué? ¿Autodestruirte? Joder, Fran ¡Nada de esto ha sido culpa tuya!

—Mañana me voy y me iré solo. No te preocupes por mí. Ya soy mayorcito.

—Al menos llámame de vez en cuando, que sé que, si te llamo yo, no me harás ni puto caso.

—Te lo prometo. Ahora déjame en paz.

Mariola salió del cuarto. No pensaba ni por un minuto quitarle el ojo de encima. Aunque su primo fuera adulto sabía que podía ser muy inconsciente.

Fran escribió un correo electrónico a Lucía.

«Lucía, no me incorporaré a la finca. Lo siento. Dimito».

Dudó si darle al botón de enviar o no hacerlo. Se tomó otro chupito y apretó el dichoso icono.

****

No daba crédito, ¡la dejaba tirada! O así lo sentía ella. No más explicaciones, se iba y ya está. Punto final.

Le respondió:

«¿Cómo que dimites? ¿Me dejas en la estacada? Y ¿qué es lo que pasa? No te entiendo. Hace unas pocas semanas tenías miedo de perder tu empleo; luego me besas y, ¿ahora esto se acaba? ¿Te he hecho algo? ¿Te he molestado? ¿Podemos hablarlo?»

Lo envió y recibió la callada por respuesta.

Estaba enfadada, confundida y lo que era peor, perdida. La finca sin Fran no tenía sentido alguno, no en vano era el que sabía cómo funcionaba todo. A Lucía le había caído del cielo y no tenía ni idea. De hecho, si estaba allí era por Fran: él la animó y se lo puso fácil al principio.

Capítulo 17.

***What a wonderful world* (Louis Armstrong)**

Lucía iba como una moto, se pasaba el día subiendo y bajando de la finca e intentando controlar todo lo que allí ocurría. Sindy, que en realidad se llamaba Curro, hacía lo que podía, el pobre hombre. La sombra de Fran era demasiado alargada. Estaba agotada y no tenía claro que pudiera seguir mucho tiempo en esa situación.

Se dispuso a hacer unos recados y se cruzó con Borja en el supermercado. No daba crédito: hacía mucho que no sabía de él y sus horarios eran incompatibles, pues cuando él estaba en la consulta, ella estaba en los Azahares y, aunque vivieran a pocas casas de distancia, Lucía se afanaba por no dejarse ver ante él.

Intentó esquivarle entre el estante de los detergentes y el del papel higiénico. Al percatarse de que la estaba siguiendo aceleró su paso con la mala suerte de que, en la zona donde reposaban cientos de botellas de aceite, resbaló cayendo de culo. Fue una situación bastante cómica.

—¿Por qué huyes de mí? Tampoco te voy a comer —dijo Borja ofreciéndole la mano para que pudiera levantarse.

—Jolines, qué patosa soy.

—Hay cosas que nunca cambian. Naciste torpe, ¿recuerdas?

—Gracias por recordármelo y hacer que este momento siga siendo humillante.

—¿Un café y lo arreglamos? Sin segundas intenciones, lo juro.

—Borja, no creo que sea buena idea.

—Como amigos. Lo prometo.

Lucía accedió. Salieron del establecimiento, cada uno por su lado. Habían quedado esa tarde, en la plaza Mayor, a la vista de todos. Seguro que los rumores se iban a disparar; sin embargo, le dio igual. Era un café con un conocido, como cualquier otro, si no fuera por el hecho de que se iba a casar con él unas semanas atrás.

****

El farmacéutico ya no sabía por dónde tirar. Candela se negaba a hablar con él y necesitaba hacerlo para explicarle su versión de lo que puñetas había pasado con la tal Carmen.

Sí, habían salido unos meses. También era cierto que esa relación se había frustrado muchos días antes de empezar a salir con Candela.

Carmen era celosa como nadie en el mundo. Carlos no era un hombre escandaloso ni que se hiciera notar; no obstante, esa mujer sentía celos hasta de la compañera de la farmacia, una niña apenas. Le controlaba el teléfono, le seguía.

Lo que al principio fue una relación fogosa, acabó siendo un agobio constante rozando la paranoia.

Carlos decidió romper, y ella no supo gestionarlo. Eso era todo. Ni tenía un perfil en esa famosa aplicación para ligar, ni le conocían en Málaga. Al menos no por los hechos relatados por esa mujer.

Lo cierto es que Candela sí le había buscado en *Tinder* y apareció un perfil con su nombre y su foto. Suficiente para ella, no necesitaba saber nada más. No obstante, lo cierto es que ese perfil fue creado por la misma Carmen para hacerle daño y crearle mala prensa. Así como bastantes opiniones en internet en contra de su farmacia, atacando su profesionalidad en el intento de darle mala prensa. La mujer no estaba bien de la cabeza; estaba loca de remate.

El pobre Carlos le envió una carta. Quizá era la única manera de poderse comunicar con Candela.

Ella la recibió de manos de Higinia, vecina de tres puertas más abajo, que solía ir a la botica día sí y día también.

—Toma Candela, esto es para ti. Hija, no la quemes antes de leer.

—¿De quién es?

—Léela y ya está, no puedo darte más información. —La vecina le añadió una pizca de misterio al asunto.

Se sentó en el porche y dejo la carta sobre la mesa. Dudó en si abrirla o no, pero la curiosidad fue más fuerte.

«Quisiera hablar contigo, aunque no quieres verme ni coger el teléfono. Puede parecer que esa mujer decía la verdad; sin embargo, no es así y solo habla por despecho. Me gustaría contarte lo que pasó, pero necesito hacerlo cara a cara. Ven esta noche a mi casa, a las ocho. Te prometo que todo tiene una explicación plausible. Candela, dame la oportunidad de contártelo todo. No es mentira que te quiero y que estoy enamorado de ti. Te espero».

A Candela le resbaló una lágrima por la mejilla. No quería reconocerlo y le costaba admitir que estaba comenzando a sentir algo por ese hombre. Todo el mundo hablaba maravillas de él, si bien esa mujer había sembrado la semilla de la duda.

Lucía tenía razón. Los días transcurridos habían hecho que pudiera pensar y decidió acudir a la cita.

****

Fran se encerró en su casa de Peñavieja. Apenas unos pocos sabían que estaba de nuevo en el pueblo. No salía y mandaba a la señora Adela, que le ayudaba con las tareas de la casa desde hacía años, a comprar. Ella no preguntaba, en realidad, sabía que él era un hombre muy suyo y que nunca le contaba nada, aun así, intentaba ayudarle. El Sindy también intentó ponerse en contacto con él, pero no atendía a nadie. No quería hablar. Se pasaba el día sentado en el comedor o en el patio trasero, alejado de las miradas de sus vecinos. El dolor le provocaba silencio. No podía evitar pensar en Lucía, que se turnaba en su mente con Marta. Le importaba esa mujer, aunque tenía miedo de reconocerlo. Miedo a hacerle daño, a destrozar su existencia como pasó con Marta.

****

Lucía se dirigió a la cafetería donde la esperaba Borja. Dudó hasta el último segundo en si acudir o no, como Candela, que también tenía una cita esa misma noche. Ambas decidieron asistir.

Borja estaba aparentemente tranquilo, con un vino en la mano. Ella llegaba diez minutos tarde.

—Por un momento pensé que no vendrías —dijo al verla.

—Te dije que lo haría y aquí estoy. Como amigos, claro.

—Amigos… Lucía, vamos, no fastidies.

—Borja, te lo advierto.

—Reconoce que lo nuestro es importante.

—Lo fue.

—¿Hablas en pasado? ¿Ya me has olvidado?

—¿Esto no era un café entre amigos que se encuentran en el supermercado? Has empezado fuerte.

—Es que te veo y pierdo el norte.

Lucía puso los ojos en blanco.

—Recuerdo cuando paseaba por tu piel —siguió—. Cuando despertaba a tu lado. Cuando te estremecías con cada caricia y echo de menos esa arruguita que se te pone en la frente cuando te enfadas.

Se quedó muda. Borja estaba haciendo un esfuerzo, se había mudado y le estaba dando el espacio que le pidió.

—Por favor… La vida no es tan simple como la pintas.

—He cambiado. Sé cuáles son mis prioridades y tú estás en el número uno de mi lista. Estoy deseando que volvamos a Barcelona para demostrártelo.

Lucía abrió los ojos.

—Borja, ¿estás haciendo el papel de tu vida? ¿Toda esta artimaña es para que vuelva a Barcelona contigo? Me quedaré en Peñavieja por tiempo indefinido.

—Perdona, no quise decir eso. Me refiero a que quiero que sepas que estoy haciendo lo posible por recuperarte para que todo vuelva a ser como antes.

—Es que no sé si quiero que todo vuelva a ser como antes. Mi vida ha dado un giro de ciento ochenta grados y estoy redescubriéndome aquí; hacía tiempo que necesitaba este cambio.

—Te aseguro que mi madre estará fuera de nuestras vidas.

—¿Por cuánto tiempo? Sabes cómo es, no te dejará en paz jamás.

—Lo cierto es que me llama a diario, pero no quiero hablar con ella.

—No solo fue eso, lo sabes, no creo que deba recordártelo.

—Fui un idiota. Me da hasta vergüenza pensar en ello.

—Me dolió más descubrir lo vulnerable que eras que la infidelidad en sí misma. Lo reconozco.

—No fue una infidelidad.

—Claro que sí.

—¿Y tú beso con el cachas ese?

—¿Fran? Te recuerdo que en ese momento no estaba contigo. No debería darte explicaciones.

—Este vino está resultando terapéutico… Están saliendo muchas cosas a la luz, y falta nos hacía.

—Tienes razón. Debo admitir que me daba mucho miedo la boda. Nunca te lo dije, pero conforme se acercaba el día y los planes avanzaban, mis miedos se acrecentaban.

—Pero, eso era por lo de mi madre, ¿no?

—Sí, en gran parte; sin embargo, haciendo un ejercicio de sinceridad, te diré que me daba miedo dejar la soltería de esa forma tan precipitada.

—¿Precipitada? Si llevábamos mucho tiempo saliendo y ya tenemos una edad, especialmente si queríamos tener hijos era el momento de hacerlo.

—Sí, pero cuando nos conocimos yo estaba en un momento muy delicado, sensible… no sé, Borja, creo que todo iba demasiado rápido. Tú madre me lo ha puesto fácil y ha sido la excusa perfecta. No quiero que te sientas culpable, pues yo también tengo parte de culpa en todo lo que ha ocurrido entre nosotros. Necesitaba más tiempo para dar ese paso tan serio. Sentía que dejaba de ser yo para empezar a ser otra persona que no me gusta.

—La boda está anulada, pero no tenemos por qué acabar la relación, seguir como si esto no hubiera pasado.

—Es complicado.

—¿Es por ese tío? ¿Estás enamorada de él?

—Ha dejado el trabajo. Hace semanas que no sé nada de su vida.

—No me has respondido a la pregunta.

—No sé qué siento en estos momentos. Estoy hecha un lío.

—¿Le echas de menos?

Esa pregunta hizo reaccionar a Lucía.

—Borja, creo que me tengo que ir. Ya hablaremos en otro momento.

Se levantó y se marchó. Sí, por supuesto, le echaba de menos, tanto que le dolía el corazón cada vez que pensaba en él. Fue en ese preciso instante en el que se dio cuenta de que estaba enamorándose de Fran Caballero.

****

Candela tocó al timbre, iba a la cita con la escopeta bien cargada de reproches. Carlos tenía la mesa puesta, la esperaba.

—Me olvidé de decirte que te invitaba a cenar.

—Me quedaré, pero no pienso ir a tu cuarto oscuro, que lo sepas.

—Solo quiero hablar.

Le puso al día, incluso le mostró su móvil donde no tenía ninguna aplicación ni siquiera parecida a la de *Tinder*. Le explicó lo que pasó con Carmen.

—Créeme, te lo ruego. Sé que todo indica a que soy un canalla, pero te aseguro que no es así. Esta mujer me ha hecho la vida imposible desde hace tres meses, desde el día que la dejé.

—¿Es una loca, me estás diciendo eso? ¿Te ha abierto un perfil en esa red de folleteo? —preguntó con una pizca de ironía.

—Eso es justo lo que estoy diciendo. Mira estos mensajes.

Carlos le enseñó unos cuantos de ellos donde le amenazaba claramente con arruinarle la existencia.

—¿Y no la has denunciado? Esto es indiscutiblemente ilegal.

—Y es meterse en un buen follón, también. Solo quiero que me deje en paz.

—Carlos, te creo. No sé por qué, pero te creo. Es todo muy complicado, muy enrevesado. Si no cesa, tendremos que ir a las autoridades.

—Tengo la esperanza de que nos dejará en paz cuando se canse.

—Más vale, si no seré yo misma la que le quite esas ideas de la cabeza. ¡Esa *zorrángana* no me conoce a mí!

—Sabes que soy hombre de pocas palabras, ¿me veías capaz de ir tirando la caña a media Andalucía? Soy muy tímido.

—Para lo que quieres. Cuando te metes en esa habitación, eres otra persona.

A Carlos se le pusieron las mejillas coloradas.

—¿A cuántas has metido allí? No seré yo la primera en visitar esa cama —siguió Candela.

—Menos de las que te piensas.

—No te creo.

—¿Y qué más da si han sido muchas o pocas? Yo quiero estar contigo.

Candela se levantó de la silla con la copa en la mano.

—¿Otra vez me la vas a tirar por encima? —preguntó Carlos.

Dejó el vino en la mesa. Se sentó a horcajadas sobre él y le besó en los labios.

—Yo también quiero estar contigo, tonto.

No llegaron a los postres. Se fueron directos a la habitación para expresar libremente lo que sentían y ya no podían parar.

****

Lucía oyó rumores de que Fran había regresado a su casa del pueblo, a apenas cinco minutos andando de Villa Salmorejo, y se fue para allá.

Tocó el timbre y nadie respondió.

—Fran ¡sé que estás en casa! ¡Abre por favor! —gritó a través de la ventana que había en la entrada y que estaba entreabierta—. ¡Joder, Fran! ¡Será solo un momento! ¡No pienso moverme de aquí!

Se sentó en el umbral y esperó unos minutos.

—¡No sabes lo tozuda que puedo llegar a ser! ¡No me iré!

Debido a la insistencia, Fran salió.

—Lucía, ¿qué haces aquí?

—¿A ti qué te parece? ¡Quiero saber qué te pasa conmigo!

—No te debo ninguna explicación. He dejado el trabajo y ya está. —Intentó sonar brusco y borde y lo consiguió.

—¿Y ya está? Precioso tu comentario, muy ilustrativo. Pues no, no está. Quiero saber qué ha pasado para que tomaras esa drástica decisión. ¿Es por algo qué dije o hice?

Fran la miró con pena, pero siguió firme.

—No tiene nada que ver contigo.

—No me lo creo, a mí no me engañas. Nos besamos y no fue un simple beso, algo se rompió en tu interior, lo sé.

—Es que no quiero hablar contigo, Lucía. De hecho, no quiero hablar con nadie: quiero estar solo. A ver si me respetáis de una puta vez.

—¿Aquí se acaba todo, entonces? Que decepción, Fran. Pensé que podríamos hablar como adultos y superar nuestras diferencias, si es que tienes alguna. Por mi parte solo hay desconcierto. Me has dejado totalmente descolocada por no decir, colgada. Teníamos muchos planes en común. Me refiero a la finca, no te equivoques.

—Márchate, por favor.

—Tranquilo, ya me voy. No me gustar estar donde no me quieren.

A Lucía se le empezaron a cristalizar los ojos sin llegar a derramar una lágrima. Las aguantó y no sabía cómo, pero no quería llorar frente a él. Se miraron unos segundos sin musitar palabra alguna. Se dio la vuelta y salió apresurada. No miró atrás, pues en ese justo momento fue cuando por sus ojos se empezaron a derramar esas lágrimas que intentaba contener por todos los medios. Se fue a su casa, a pocos minutos de distancia, con paso rápido y firme. No se paró ni ante la presencia de Eustaquia, que fue testigo de su tristeza, ni ante Macaria, la vecina más cotilla de la calle. Le daba igual. Tenía tanto dolor en el corazón que no reparó en la presencia de sus vecinas.

Se encerró en su casa y lloró en soledad. ¿Qué le había pasado a Fran? ¿Por qué la trataba con ese desprecio? Y pensó en cómo podría arreglar esa situación. No lo vio fácil. Fue una conversación muy tensa y con poca ayuda por su parte. Estaba absolutamente convencida que era por algo que ella había hecho y eso la atormentaba. Deseaba poder arreglar la situación, y no era solo por la finca, que también. Sin él todos allí estaban perdidos y aunque los chicos daban lo mejor de sí mismos, no era igual. Hasta los caballos estaban más nerviosos o eso le parecía a ella. Quizá solo necesitaba tiempo, nada más.

Eustaquia, preocupada, se acercó a casa de Lucía, antaño, la casa de su mejor amiga. Era indudable que tenía cariño a la chica que ella aún veía como a una niña, y estaba intranquila desde que la vio pasar por la calle llorando y con prisas.

Lucía abrió la puerta y la invitó a pasar. Estaba sola, pues Candela estaba con su amorcito.

—Pase, Eustaquia, ¿le apetece una infusión?

Asintió con la cabeza.

—Hija mía, ¿qué te pasa? Me tienes muy inquieta desde que te vi pasar por delante de casa antes. ¿Puedo ayudarte, corazón mío?

—No creo que pueda, pero agradezco su interés.

—¿Es por tu exnovio? Desde que está aquí pululando, el *joio*, que no te veo tranquila.

—No es por él esta vez. De hecho, desde que hablamos el otro día no le he vuelto a ver.

—Entonces, ¿qué te pasa? ¿Estás bien de salud? ¿Es por la finca?

—Eustaquia —se sinceró—, Fran ha dejado la finca y no sé qué le pasa conmigo, pero de un día para otro, me ignora y no quiere saber nada ni de mí ni del negocio.

—Jolines con *el* Fran…

—Usted le conoce mejor que yo. Un día me dijo que se cogía vacaciones y, de golpe y porrazo, decidió dejar el trabajo. No lo entiendo, teníamos muchos proyectos…

—Es buen chico, pero lo ha pasado muy mal.

—Es muy hermético, no ha entrado en demasiados detalles sobre su vida, aunque sé que algo le atormenta, estoy segura.

—Fran, el pobre… de adolescente tuvo un accidente de moto muy grave.

—Lo sé, vi su cicatriz.

—Esa es la señal física que le dejó ese percance; sin embargo, las cicatrices del alma duran para siempre si no se curan, hija.

—¿Sabe qué ocurrió?

—Por aquel entonces, festejaba con la hija de un militar con bastante mala baba, dicho sea de paso. Por lo que se comentaba en el pueblo, no lo quería para ella y se veían a escondidas, aunque la madre sí lo sabía y los cubría. Ella iba en la moto con él y se llevó la peor parte, la criatura.

—¿Murió?

—No, aún peor. Se comentó que había quedado en un estado muy grave, como vegetativo o algo así; que no conocía a nadie, no hablaba y se lo tenían que hacer todo. Tampoco podía caminar. Todo esto son rumores del pueblo, puesto que su familia se mudó al poco tiempo.

Pobre chiquilla, tan joven, y con lo guapa que era. Se llamaba Marta.

—Ese accidente es lo que le tiene así, estoy convencida.

—No fue culpa de él. En realidad, a los pocos días dieron con el coche que los embistió y todo quedó aclarado, pero los Medina… en especial el padre, nunca le perdonaron. Fran tuvo que marcharse del pueblo, pues no solo él, toda la familia, se sentía amenazada por ese hombre. Estaba rematadamente loco. Por suerte ya hace años que está criando malvas.

—No tenía ni idea de esta historia.

—Se fueron a Jerez con una tía suya. Yo conocía mucho a la madre de Fran, *la* Juana, que en paz descanse. Alguna vez me escribió cartas y me contaba que el chiquillo había acabado la carrera, que también se había ido al extranjero o algo así, no recuerdo muy bien… ¡Ay! los años ya me pesan.

—Pero luego volvió al pueblo.

—Sí, cuando los Medina ya hacía mucho que no estaban por aquí, volvió. Fue cuando tu tía le dio el trabajo de la finca, como era sobrino del Anselmo…

—Sí, lo sé.

Eustaquia largó de lo lindo, le explicó casi con pelos y señales la historia de Fran con Marta.

—Cuando volvió —continuó—, se encerró en la finca, y poco se dejaba ver por el pueblo. Tampoco se le conocen romances y mira que es guapetón el chaval.

—Es muy reservado.

—Se dice por aquí, ya sabes cómo es el pueblo y algunas de sus gentes —siguió como si ella no interviniera en la cadena de cotilleos —, que se hizo cargo de Marta cuando murieron sus padres.

—¿Sigue viva?

—Uy, hija, eso no lo sé. Hace mucho que nadie sabe de la chiquilla. Lo último que supe y ya hace años es que estaba en una residencia en Córdoba, que por cierto pagaba Fran. No sé nada más.

—Pobre Fran.

—Es un buen chico, eso sí te lo digo. Tú tía estaba loca con él, era como un hijo para ella.

—Gracias por explicármelo, Eustaquia. Ahora puedo entender algo más a Fran; aunque sigo sin saber qué le pasa conmigo.

—Niña, te estás encariñando con él.

—No, qué va —mintió—, no quiero novios, ya he tenido bastante con lo de Borja.

—Pues tira *p'alante*. Tú eres de esa generación de mujeres que no necesitan casarse para cumplir sus sueños. Solo debes confiar en ti misma, esto no ha pasado porque sí, hija. Tu tía sabía que dejaba la finca en buenas manos.

—Mi tía… casi una desconocida para mí, pero cada minuto que paso en esta casa me siento más cercana a ella.

—Era una mujer estupenda. Tuvo que superar muchos obstáculos, era fuerte como una roca.

—Entonces no nos parecemos tanto.

—Físicamente, muchísimo, sois dos gotitas de agua.

—Eustaquia, sé que sabe cosas que no me quiere contar, y lo entiendo, pero estoy segura de que me ayudaría mucho a comprender esta historia. Me preocupa el distanciamiento tan grande de mi madre y mi tía. Respeto su postura, no lo dude; sin embargo, me ayudaría a entender todo este lío.

—Dejemos a los muertos en paz, Lucía. Ellas se lo llevaron a la tumba y ahí debe quedar.

—Lo acabaré descubriendo, eso no lo dude.

Lucía recordó la habitación cerrada que tan intrigada la tenía desde hacía semanas. Tenía una nueva llave en su poder, la que su tía «en sueños» le dijo.

—Eustaquia, debo dejarla. Me voy a la finca, me acabo de acordar que debo hacer unas cosillas.

—Ve con Dios, hija.

Lucía cogió la llave y se dirigió a los Azahares. Estaba nerviosa.

Entró y subió decidida por la majestuosa escalera de madera y mármol. Quizá no debiera hacerlo sola, aunque, sin Fran ni Candela cerca, no tocaba otra.

Sacó la llave del bolsillo y la miró con detenimiento. Era de esas llaves antiguas, más viejas que una montaña. Pesaba una barbaridad pues su tamaño era bastante mayor al estándar y además de bronce. Era bonita, de esas que pondrías en una vitrina.

Suspiró. Tenía un poco de miedo a lo que podría encontrar allí.

La metió en la cerradura y con bastante esfuerzo la hizo girar. Le costó una barbaridad hacer ese movimiento rotatorio. Escuchó el clic que indicaba que la puerta se estaba abriendo y empujó un poco hacia dentro, para acabar haciendo la presión necesaria para abrirla completamente y tener acceso.

Entró. Las persianas y las cortinas estaban echadas. Las abrió y un sol reluciente entró por las ventanas. Empezó a estornudar debido a la cantidad de polvo acumulado en la estancia con el paso de los años.

—¡Por Dios bendito, qué polvareda! —Lucía hablaba en voz alta, de esta manera no se sentía tan sola.

Abrió de par en par los ventanales para que por la habitación corriera un poco el aire y dejara de tener el ambiente tan viciado.

Todos y cada uno de los muebles, por eso, estaban tapados con sábanas. Fue descubriendo uno a uno todos ellos. Por el momento no había visto nada digno de tener escondido con tanto celo, hasta que descubrió una última pieza: se trataba de una cuna muy vieja de madera tallada y que, podría asegurar, se trataba de una antigüedad. Pensó que era la propia cuna de su tía, dado la cantidad de años que ella supuso tenía. Vio asimismo un precioso piano que también parecía que tenía más años que el propio sol.

Bajó un momento a la cocina a por unos guantes y un pañuelo para ponerse a modo de mascarilla pues su alergia a los ácaros se iba a manifestar de un momento a otro, de hecho, los ojos ya le lloriqueaban.

Subió de nuevo al misterioso aposento y al entrar la puerta se cerró sola de golpe.

—Vaya corriente hace —pensó de nuevo en voz alta, pero sintiendo un intenso escalofrío que le recorrió la espalda desde la nuca

a la rabadilla.

Abrió los cajones de una cómoda. Allí había cientos de cartas y fotos muy antiguas. Le sorprendió que hubiera muchísimas instantáneas de su propia madre, desde el nacimiento hasta su muerte. Pocas de la abuela y el abuelo. Parecía un mausoleo dedicado a su hermana, progenitora de Lucía.

Descubrió también diarios y cuadernos escritos por su tía. Poesía, pensamientos… No supo qué eran exactamente ni a quién iban dirigidos, pero estaban llenos de dolor y melancolía. Era una mujer ordenada y cada cuaderno llevaba la fecha en la que estaban escritos. Todos ellos databan de cuando era una cría de quince años en adelante. Cogió varios de ellos, sopló el polvo que los cubría y los metió en una bolsa.

Se sentó en la mecedora con algunas fotos entre los brazos y cerró los ojos. Sintió como si alguien le estuviera acariciando el hombro y la reconfortó.

****

—¿Cómo lo llevas, primo? —Mariola al otro lado del teléfono intentaba arrancarle unas palabras a Fran—. Tío, me estás poniendo cardiaca solo con oír tu respiración.

—Estoy mejor.

—No te lo crees ni tú. Mañana llego al pueblo, te guste o no. Quiero ver de primera mano cómo vives.

—¡Joder, Mariola! ¡Dejadme en paz! ¡Parad de tocarme los cojones!

—Fran, ¡Marta ha muerto! ¡asimílalo! ¡Ha muerto! —gritó—. Pero ¡tú sigues vivo, coño!

Oyó sollozar a Fran.

—Cielo, tienes que reponerte, buscar ayuda profesional, volver al trabajo. Te estás hundiendo…

—Es lo que quiero, ¡morirme, joder! ¡Dejar de hacer daño a todos

los que se me acercan!

—Eres una de las mejores personas que conozco, Fran. Mañana estoy ahí y no pienso dejarte solo.

Mariola colgó y preparó el equipaje. No dudaba en instalarse junto a él en Peñavieja, en la antigua casa de sus padres. Estaba aterrada ante el estado anímico de su primo.

Él se sentó bajo el árbol de su patio y se sirvió otro *whisky*, miró la copa casi con odio. Ya era el cuarto vaso que se tomaba y solo eran las doce del mediodía. Aspiró su propio aroma y le tiró para atrás. Apestaba. No recordaba el día en que se había dado la última ducha.

Miró una de las pocas fotos que tenía de Marta. La sostuvo entre sus manos y volvió a llorar. «Siempre te querré», musitó.

Se levantó y dejó la foto en un cajón de la cómoda. Se dirigió al baño y no le gustó lo que le devolvió el espejo: un hombre joven que parecía un vagabundo. Estaba muy dejado y no había reparado en ello. Se lavó la cara con abundante agua y se frotó fuerte con la toalla. Acto seguido, se afeitó y se duchó. Estuvo bajo el chorro de agua veinte minutos intentando despejarse y, sobre todo, con el ánimo de recuperar un poco la dignidad que se le estaba escapando del cuerpo.

Pensó en Lucía. Era duro reconocer que se estaba enamorando de ella justo cuando Marta agonizaba. La culpabilidad lo estaba matando. No quería hacerle daño, no quería sufrir de nuevo. No quería enfermar otra vez por perder a su alma gemela como pasó en dos mil uno. Y, ante todo, lo que menos quería era amar y ser amado. No creía merecérselo después de todo. Pero el amor, de nuevo, no entiende, ni cavila ni atiende a razones. Es el sentimiento supremo, inevitable y aunque nos haga trizas, no podemos respirar sin él.

Capítulo 18.

***What a feeling* (Irene Cara)**

Lucía bajó a la cuadra para ver cómo estaban el potrillo y su mami, así como el resto de los ejemplares, con especial atención al nuevo, Magic que, aunque estaba totalmente integrado no se le podía quitar el ojo aún.

Se asustó al ver a Odín echado en un rincón. Entró rápidamente y vio que el chiquitín no estaba bien. Llamó a Rafa, el veterinario, y no contestó. Dejó un mensaje de voz.

«Rafa, en cuanto escuches este mensaje ven a la finca, Odín no está bien, algo le pasa. ¡No tardes!».

Fue a buscar su maletín. Le tomó la temperatura y comprobó que el potrillo tenía fiebre alta. Mojó el cuello y el pecho del pequeño ejemplar con una esponja y agua tibia. Lo hizo repetidamente, hasta que la piel se notó fría al tacto. Solo empapó las zonas por delante de los hombros, pues se podía resfriar si se le humedecía todo el cuerpo empeorando la situación. Lucía empezó a llorar recordando el día del parto, y se dio cuenta de lo sola que se sentía en esos momentos sin Fran.

Avisó a Sindy, para que insistiera con Rafael e intentara buscar ayuda por otro sitio si este no contestaba.

La situación con el pequeño no mejoraba y, decidió pincharle unos antibióticos, pese a no saber qué tipo de infección tenía; sin embargo, su instinto le decía que se trataba de la bacteria *rodococcus equi,* que es la causa más grave de neumonía en potros de uno a cuatro meses.

Rafa no acudió ni llamó, más tarde supo que ni siquiera estaba en Córdoba, ya que había acudido a un congreso en Bilbao.

Cuál fue su sorpresa cuando a las tres horas, Fran apareció por la finca.

—¿Cómo está Odín?

—No lo sé. Acabo de inyectarle antibióticos, creo que tiene

neumonía.

—Por si te lo preguntas, Sindy me ha llamado para explicarme lo que pasa. Podrías haber llamado tú.

—Estás de broma, ¿verdad? ¿No recuerdas lo que me dijiste la última vez que hablamos?

—Tienes razón, lo siento. Te debo una disculpa.

—Ya habrá tiempo para eso. Ahora solo me importa Odín.

Zasca, el perro adoptado se acercó a Fran y celebró verlo moviendo la cola enérgicamente.

—Vaya, ya no me odia.

—Nunca te odió, simplemente necesitaba tiempo para integrarse en nuestras vidas —contestó Lucía, aún tensa.

—Estás enfadada, lo comprendo. He venido a apoyarte en cuanto he sabido lo que pasaba, sé que estás preocupada.

—Además de una disculpa, me debes una explicación, ¿no te parece? Desapareciste misteriosamente y cuando te volví a ver estabas alcoholizado en tu casa. ¿Es por algo relacionado con Marta? —soltó bruscamente.

Fran se quedó perplejo.

—¿Qué sabes tú de Marta?

—Lo que sé, desde luego, no me lo has contado tú. He tenido que investigar un poco.

—Tampoco tenía por qué hacerlo. Forma parte de mi vida privada —contestó serio.

—Tienes razón. Me da absolutamente igual tu vida privada, pero el trabajo es sagrado. Hubiera entendido todo lo que me explicaras. ¿Es que no te das cuenta de que estoy de tu lado?

—Marta murió hace unas semanas. Por eso desaparecí. Necesitaba asimilarlo. No todo es tan sencillo, ni mi mundo es multicolor y lleno de mariposas que revolotean alegres a mi alrededor.

Lucía suspiró relajando su enfado ante lo que acababa de oír. No

era momento de ser orgullosa. Le cogió de la mano y lo miró a los ojos.

—Lo siento mucho, Fran. Soy tu amiga y por encima de todo, lo hubiera entendido y te hubiera apoyado.

A él se le cristalizaron los ojos. Supo ver en Lucía algo de lo que llevaba huyendo mucho tiempo: se estaba adueñando de su corazón, aunque eso le aterrara.

****

El potrillo mejoró a las pocas horas y empezó a comer, eso les tranquilizó. Era muy buena señal.

—Te quedas ¿verdad? —comentó Lucía al caer ya la noche.

—Sí, se ha hecho tarde, me quedaré en mi antigua habitación, si no te importa.

—Esta es tu casa también, Fran.

—Espero que puedas perdonarme. He actuado como un cretino.

—Aunque no te lo creas, no soy una mujer rencorosa. Si quieres el trabajo de nuevo, es tuyo. No me respondas ahora. Piensa esta noche, medita con la almohada y mañana me das una respuesta. Si necesitas que tu vuelta sea paulatina, me adaptaré. En serio Fran, te quiero aquí.

—Tengo altibajos, Lucía. No sé si estaré a la altura.

—Seré comprensiva. Necesitas curar tu alma, sé que es eso, lo sé muy bien porque yo también he tenido el corazón roto y tuve que empezar de cero sola.

La cogió por la barbilla y clavó sus ojos en los suyos. Miró su boca, la deseó por encima de todo.

—Lucía…

—Fran…

Fran se separó bruscamente evitando el choque de sus bocas.

—Volveré a la finca, pero poco a poco y sin agobios. Mañana hablamos. Descansa.

****

—Hija, es hora de que hablemos. —Una voz conocida para ella se manifestó, de pronto, en medio de los sueños de Lucía.

Su madre, vestida con el precioso traje de estilo griego de la última vez, se presentó ante ella. Parecía un hada.

—Yo también debo estar. —Otra voz tampoco extraña para ella se introdujo en la conversación.

Lucía abrió los ojos de par en par, no dando crédito a lo que estaba sucediendo.

—¿Qué hacéis?

—Tenemos que contarte algo —intervino Isabel.

—No deberías estar aquí, Lucía —contestó su madre.

—Pero estoy, ¿qué está pasando? —Lucía empezó a ser consciente de que en realidad sí podía ver a los muertos y no era lo que ella creía: sueños. Estaba confusa.

—Déjame empezar —intervino Isabel—, esta es mi historia y la tengo que contar yo.

Capítulo 19.

***Ojos verdes* (Conchita Piquer)**

Isabel

Los Herrera llevaban casados ya varios años, sin embargo, Dios parecía no bendecirles con el milagro de tener un hijo o hija que alegrara sus vidas. Hasta que un día, ya casi sin esperarlo, llegó Isabel. Los pilló un poco mayores, muy por encima de la edad media con la que sus convecinos eran padres, pero eso no supuso un impedimento: esa niña fue un auténtico regalo para la familia.

Emilia la crio con dureza, pues era una mujer de estrictas convicciones morales y religiosas; sin embargo, Isabel tenía un fuerte carácter ya patente desde el nacimiento. Tuvo siempre lo que quiso, pese a nacer en plena postguerra, en una España difícil. Su padre era el capataz de la mina de carbón que entonces se explotaba en el pueblo. Tenía una buena posición laboral y social, además, siempre recibía algunos extras o regalos que no dudaba en invertir en casa, especialmente con la niña de sus ojos. Era un trabajo duro y que se llevaba muchas vidas por delante. Gran parte de la población de Peñavieja estaba empleada en la cantera, y Paco Herrera, el jefe, era un hombre respetado y admirado a partes iguales.

Los franceses del pueblo, que en realidad eran los explotadores de la mina, agasajaban a Isabel con regalos, entre ellos un piano, que llegó a tocar con maestría. Para el alojamiento de los directivos franceses se construyó el conocido como barrio francés. Delimitado por la avenida del Pozo, al sur; la sede de la compañía, al este; la avenida Andalucía, al oeste; y la prolongación Victoria Eugenia, al norte. En ese barrio se ubicó el chalé del ingeniero jefe de la compañía, entre otros. Junto a la plaza Mayor se situaron las casas de ingenieros y altos cargos de la empresa. Entre ellas, la suya, que podrían disfrutar hasta que Paco se jubilara. Para un hombre sencillo y de familia humilde era todo un sueño.

Isabel, cumplidos los catorce años, ya era una señorita que apuntaba maneras. Iba al colegio y además recibía clases de costura y música, así como de francés, dada la cercanía de la familia con los

franceses de la zona.

Además, era buena estudiante, lista y con ganas de aprender, aunque la vida no le tenía preparado lo mismo que si hubiera nacido varón. En su futuro solo se contemplaba encontrar un buen marido llegado el momento, y ser madre. Eso a ella le incomodaba. Quería ser actriz o médica o cualquier cosa que contrariara a su madre; quería conducir, ser la primera mujer en el pueblo en tener coche de propiedad. Emilia, lo único que quería para ella, era un buen matrimonio.

Las tardes, tras la escuela, las pasaba con sus mejores amigas: Eustaquia y Lucinda. Aunque eran de posición social bien distinta, se querían sin que hubiera barrera alguna entre ellas.

Esa tarde de primavera, se reunieron de nuevo en el patio de Isabel, cobijadas bajo la sombra del cerezo. Lucinda les tenía preparada una noticia.

—¿Qué es eso que nos tienes que contar? —preguntó Isabel.

—¿Ya te besó el Amancio? ¿Es eso? —intervino Eustaquia.

—No. ¡Qué vergüenza! ¡No! —contestó.

—¿Pues a qué viene tanta intriga? —Eustaquia se moría de ganas por saber qué llevaba la chiquilla en la cabeza.

—Me voy a Córdoba, a servir a casa de una familia bien.

—¿Cómo que te vas? Si eres una niña. —Isabel respondió contrariada.

—En mi casa —siguió—, lo estamos pasando mal. Papá ya no puede trabajar en la mina por su persistente tos, y no tenemos dinero. Mamá ha intentado encontrar algo de trabajo, como cocinera o limpiadora, pero debe cuidar de él todo el día. No me queda otra. Me han ofrecido ir allí, a casa de un militar de alto rango y su mujer.

—¿Por cuánto tiempo? —Eustaquia la cogió de la mano.

—No lo sabemos. Supongo que unos años. No puedo seguir en el colegio, me tengo que poner a trabajar.

—Lo siento mucho, Lucinda, ojalá pudiera ayudarte. Quizá en el cortijo haya algo de trabajo —Isabel realmente deseaba que su amiga

no se marchara.

—¿Qué más da estar en el cortijo de tu abuela que en Córdoba en casa de un militar? Me han dicho que nos pagarán bien y podré ayudar a mi familia y eso es lo que debo hacer. Volveré en cuanto eso sea posible. Yo también os voy a echar de menos.

Isabel intentó convencer a sus padres, Paco y Emilia. Una ayuda económica o algo. Obviamente los Herrera no querían ofender a sus vecinos y amigos, pero poco más podían hacer que acercarles el hombro. La pequeña paga que le había quedado al padre de Lucinda no era suficiente para sacar adelante a su familia y, de ofrecerles caridad, seguro se hubieran molestado.

Lucinda se marchó una semana después. Las tres amigas lloraron agarradas de las manos cuando un elegante coche apareció ante su casa y no le quedó otra que subirse en él y decir adiós. Eustaquia e Isabel siguieron con ellas entrelazadas mientras veían el coche desaparecer entre la neblina matinal de Peñavieja. Llegar entonces a Córdoba era una odisea, ya que no todo el mundo se podía permitir un vehículo y tan solo un autobús, un par de veces por semana, hacía ese recorrido por una carretera, entonces, muy dificultosa y llena de curvas. Lo normal era alcanzar muy indispuesto el destino.

Se quedaron solas. Isabel seguía enfadada con sus padres por no ayudar a la familia de su amiga, no entendía los motivos, la necesidad que tuvo de marcharse lejos con unos desconocidos y por tiempo indefinido.

Los meses fueron pasando y, por supuesto, el enfado se disipó. Quizá tuvo que ver que Gonzalo, uno de los chicos más apuestos del pueblo se fijara en ella. Fue en la feria de agosto. Ya entonces era tradición el baile entre los muchachos y muchachas más jóvenes del pueblo y, Gonzalo pidió a Isabel que bailaran. Eustaquia se moría un poco de envidia. Cierto era que Isabel era muy bella. Una preciosa y larga melena castaña oscura y unos ojos color verde intenso, como la albahaca que decía la canción, que, a conjunto con su pálida piel, hacían de ella una hermosa mujer. Era bastante más alta que las chicas de su misma edad, delgada como un pincel, pero con curvas. Eustaquia, era lo opuesto, más bien poco atractiva, y aunque sabía sacarse partido no podía hacerle sombra. Isabel siempre rechazaba los bailes para que su amiga no se quedara sola y se sintiera mal; sin embargo, ese día, Gonzalo trajo a un amigo para que distrajera a

Eustaquia y así tener vía libre con la chica más bonita del pueblo.

Y bailaron, claro que lo hicieron. Y mientras bailaban, Isabel se sentía feliz. Se dejó llevar entre los brazos de ese chico, tres años mayor que ella. Sabía que en cuanto se enterara su madre, y obviamente se iba a enterar, le prohibiría que se viera con él. Así que siguió en sus brazos, aprovechando su calidez hasta el último segundo. Emilia apareció por el baile: alguna vecina le había ido con el chisme y le faltó tiempo para acudir a separarlos.

Desde ese día, Isabel y Gonzalo se vieron a escondidas. Les costaba mucho encontrar los momentos en los que poder estar juntos, puesto que Emilia no dejaba tranquila a su hija, que siempre se sentía vigilada, pero, cómo no, su íntima amiga le servía de coartada en muchas ocasiones.

Eran jóvenes, se querían. Eran conscientes de que hasta que ella no fuera mayor de edad, sería muy difícil estar juntos y menos sin contar con el beneplácito paterno. Gonzalo iba a incorporarse al servicio militar en breve; le había tocado en sorteo ir a las Islas Canarias; eso estaba muy lejos y significaría no volver a estar juntos en mucho tiempo. Esa tarde, muy cerca del cortijo de la abuela, en el precioso mirador de las Almas donde solían contemplar las estrellas, sus dos cuerpos se unieron siendo solo uno. No estaba previsto, no fue buscado, tampoco era lo adecuado y menos para la época; sin embargo, el amor es así de rebelde pues no cavila y no atiende a razones. Es el corazón el que manda, el que ordena e impone. Y esa noche estrellada juraron amarse hasta el fin de sus días.

Gonzalo se marchó para incorporarse a filas, a los pocos días, no demasiados, llegó su primera carta. Las enviaba a casa de Eustaquia, para que Emilia no las interceptara y esta se las entregaba a su amiga. Isabel contestaba y utilizaba el mismo medio de entrega, a través de su aliada.

A las pocas semanas, llegó la triste noticia. Gonzalo, junto con ocho reclutas más, había fallecido en un incendio en el cuartel. Fue devastador.

Cuando llegó su cuerpo de nuevo a Peñavieja no dejaron verlo siquiera a su familia. Hubo una misa a ataúd cerrado, un sepelio triste y humilde, pues sus padres no disponían de medios.

Para Isabel fue el principio del fin, creyó morir en vida. Se encerró

en su habitación no queriendo ver a nadie. Emilia estaba muy preocupada por su hija, como era normal; no obstante, confiaba en que ese primer amor se disiparía de su corazón en cuanto otro hombre sacara esa espina.

Dejó de comer y enfermó. No les quedó más remedio que llamar al doctor Martínez, don Luis, el médico del pueblo, para que le recetara unas vitaminas, puesto que la niña no dejaba de arrojar en cuanto ingería alimento y estaba demacrada.

—Doña Emilia, ¿dónde está Isabel? —preguntó el doctor nada más entrar por la puerta.

—Gracias por venir tan rápido, don Luis. La niña no come casi nada y no retiene lo poquito que se mete por la boca. Está en el cuarto. Acompáñeme.

Entraron en la habitación donde intentaba descansar Isabel.

—Déjenos a solas, mujer. Voy a examinarla y enseguida salgo y le digo.

El doctor la auscultó, miró sus pulmones, palpó su estómago y suspiró.

—Isabel, ¿qué has hecho, criatura?

—Dígame, doctor, ¿qué me pasa?

—Estás encinta, muchacha.

Isabel le miró absorta. Apenas sabía de dónde venían los niños como para asimilar lo que estaba pasando.

—Eso no es posible, doctor. Yo no estoy casada.

—Hija de Dios… no hace falta estar casada para quedarse preñada ¿es que no te ha explicado nada tu madre?

Jamás le contó el «procedimiento». Cuando le vino el periodo por primera vez, se limitó a indicarle cómo debía lavarse y sobre todo le prohibió que ningún hombre la tocara desde ese mismo momento, sin más explicaciones. Le dio miedo, de hecho, en su primer sangrado pensó que había reventado, dado que jamás la advirtieron sobre qué significaba tener la menstruación. Fue Eustaquia, un poco más

desarrollada que ella y con más experiencia, la que informó de lo que le estaba pasando y que no era más que el paso de niña a mujer. Tabúes, prohibiciones y, ante todo, falta de información.

Fue un mazazo. Tembló y lloró con desconsuelo, tocándose el vientre. A su cabeza solo llegaba un pensamiento: llevaba el fruto de su amor con Gonzalo en las entrañas.

****

Obviamente don Luis fue muy discreto y solo contó la noticia a sus padres. Emilia se llevó las manos a la cabeza, y Paco pensó que su hija, su única hija, iba a quedar manchada de por vida.

Fue *madame* Baudin, secretaria personal de un alto cargo de la mina y amiga íntima de Emilia, la que les sugirió la solución.

—Emilia, creo que sé qué puede hacer para evitar que la niña quede marcada para siempre —dijo con un pronunciado acento francés.

—Margot, no debes contárselo a nadie, por Dios.

—Tengo una pequeña casa al sur de Francia, en Narbonne. Puede quedarse allí con mi hermana Colette. Tú debes simular un embarazo todo este tiempo y cuando nazca la criatura la haremos pasar como tuya y de Paco. Podemos decir que la niña se va a estudiar francés unos meses y que regrese cuando el bebé ya esté en este mundo.

—Margot, es una locura ¡tengo cuarenta y tres años! Nadie se va a creer que estoy encinta.

—No eres la primera en tener un hijo a esta edad —continuó—. ¿Tienes una idea mejor? Háblalo con Paco. Si decidís que sea así, lo arreglo todo para que Isabel se vaya con Colette a Narbonne. Tu hija será la hermana de su hijo y, a todos los efectos, incluido en el Registro, ese niño habrá nacido de tu vientre.

Meditaron esa noche. Paco lloró. Era un hombre muy sentimental y dejar a su hija siete meses con unos desconocidos le pareció una locura. No obstante, era la única solución para que Isabel pudiera

hacer una vida normal. Dadas sus convicciones religiosas, practicar un aborto no entraba en sus pensamientos, pese a que sabían que Margot también hubiera podido apañarlo.

La decisión fue clara. Isabel se iba a Narbonne, y Emilia, desde ese momento, fingiría un embarazo.

Capítulo 20.

***Non, je ne regrette rien* (Edith Piaf)**

Narbonne

Isabel, en contra de su voluntad se fue a Francia. Solo Eustaquia sabía su gran secreto: que llevaba en sus entrañas el fruto de su amor con Gonzalo. Su amiga juró que jamás lo contaría a nadie. Y así fue.

Colette la acogió en su casa y cuidó de ella como si fuera su propia hija.

Dedicaban gran parte del día al mantenimiento del huerto, a bordar y a conversar sobre literatura. Colette había sido maestra de escuela, ya retirada por enfermedad.

Fue cuando Isabel comenzó a escribir sus diarios y a pintar. Escribía cartas a Gonzalo, su amor muerto, que acababan en el doble fondo de su joyero de plata. Se tocaba la barriga, ya abultada a los cinco meses de embarazo y lloraba en silencio.

Su madre le explicó que cuando se acercara el nacimiento iría a Francia con alguna excusa, para volver con el bebé en brazos como si fuera suyo. Isabel pensó que al menos tendría cerca a su hijo, aunque estuviera obligada a estar en segunda fila, a ser la hermana mayor.

Le hablaba por las noches.

—No podré ser tu madre, pero estaré siempre muy cerca de ti… seré esa hermana protectora. Nunca te abandonaré.

Luego lloraba un rato, tanto, que el sol ya se colaba por las rendijas de la persiana.

En marzo, una mañana, embarazada ya de ocho meses, el doctor pasó a visitarla e informó a Colette que el parto se acercaba.

Avisaron a Emilia y Paco que corrieron a Narbonne para culminar el plan.

Con la excusa de visitar a unos familiares en Sevilla, fueron a Francia. Tardaron casi dos jornadas en llegar.

Isabel se abrazó con su madre. No sabía muy bien si era porque la añoraba o ante el miedo que sentía por el inminente parto. Era tan solo una niña. Sus barrigas chocaron, aunque solo una de ellas era verdadera, la otra, un mullido cojín que se había obligado a llevar bajo la vestimenta. Los rencores quedaron a un lado, poco podía hacer más que conformarse con lo que el destino le tuviera planeado. Al menos podría estar cerca de su retoño y ver cómo crecía.

El parto llegó, y esa mañana del veintiocho de marzo, nacía su hija. Fue un proceso largo, dada su juventud y siendo el primer vástago; pero todo salió bien, y vino al mundo su tesoro más preciado, aunque con todo el dolor de su corazón debiera mantenerlo en silencio. Al menos la dejaron escoger el nombre: María, como la madre de Gonzalo.

Tras un mes, esperando a que Isabel se recuperara físicamente del parto, volvieron a Peñavieja. Llevaba una faja casi desde el primer día para evitar las dichosas habladurías que por otro lado serían inevitables. Emilia hizo el papel a la perfección y, de hecho, María, más que su nieta ya era su hija. Iba creando un vínculo, si cabe, más estrecho que si la hubiera parido.

No fue fácil para la joven esa situación. Emilia intentó que la chiquilla hiciera vida normal tras el «suceso», como ella lo catalogaba, si bien, no era sencillo. Se refugió en Eustaquia y juntas lo hicieron algo más llevadero.

Los años fueron pasando e Isabel se convirtió en una mujer. Decidió estudiar magisterio y se hizo profesora como Colette, a la que admiraba profundamente tras su paso por Narbonne. María iba creciendo y ya contaba diez años.

Surgieron oportunidades amorosas, incluso propuestas de matrimonio, pero ella siempre las rechazaba. De ser la chica más deseada del pueblo, pasó a ser la solterona; y es que Gonzalo seguía en su recuerdo y ver a María lo avivaba más, si cabía.

Ya en el año mil novecientos ochenta, María decidió mudarse a Barcelona con unos parientes. Estaba estudiando enfermería y por unos contactos de Paco, su padre, podría hacer unas prácticas en el Hospital Vall d'Hebró, que pocos años atrás era conocida como Residencia Sanitaria Francisco Franco y que ya despuntaba como uno

de los mejores hospitales universitarios del país. Era una gran oportunidad para una chica de un pueblo tan pequeño. Dar el salto a una ciudad como Barcelona, donde las oportunidades eran inmensas. Su madre, la verdadera y no la que constaba en los papeles, ansiaba para ella un futuro lejos de allí, de sus desdichas y desgracias.

Con veinticinco años, conoció al que sería su marido, Ángel Pons. Se enamoraron, para casarse a los dos años de noviazgo. Y cuando se cumplía un año de matrimonio llegó a sus vidas la pizpireta Lucía, que fue una niña muy querida. Dos abortos más tarde, los Pons desistieron de la idea de dar un hermanito a Lucía.

Isabel, ya entrada en la cuarentena conoció a Anselmo. Era viudo y todavía joven, aunque con algunos años más que ella, tampoco había tenido descendencia con su difunta mujer. Tanto daba. Ambos se enamoraron, con la calma que produce el tiempo. No fue un amor adolescente, sino adulto, maduro y tranquilo. Decidieron unirse en santo matrimonio, y pese a que este no diera frutos, fueron dichosos, puesto que lo único que deseaban era pasar juntos los años que les quedara en compañía. La soledad no era una opción. La única alegría que tenían era sus sobrinos, entre ellos Fran, al que Isabel conocía desde que era un mocoso; y en verano, cuando le enviaban a Lucía a pasar unas semanas o venía su propia hija, aunque ella siguiera pensando que era su hermana.

Con Emilia y Paco ya fallecidos, Isabel, que ya había abandonado su profesión de maestra, y Anselmo, le dieron impulso al cortijo, agrandándolo, ya que compraron las tierras colindantes y, sobre todo dándole un sentido. Hasta entonces era poco más que una cuadra que contaba con la casa principal, un gallinero y la pocilga de los cochinos. Eso sí, tenía una gran extensión de terreno, especialmente con olivos y almendros. Isabel se hizo cargo de la gestión porque Anselmo, que era el médico de familia del pueblo, tenía ya sus propios quebraderos de cabeza. El apoyo de su marido fue crucial para que la hacienda, antaño discreto cortijo, creciera y diera rendimiento.

Los años fueron pasando y se limitaba a ver a María en la época estival, cuando su trabajo como enfermera jefa en un importante hospital se lo permitía. Isabel fue pocas veces a Barcelona, ya que desde joven tenía problemas articulares debido a una enfermedad reumatológica y ya, con casi sesenta años le costaba una barbaridad hacer esa distancia sin padecer dolor, pese a que era mucho más sencillo moverse por el país que años atrás: ya existía el tren rápido que enlazaba las dos ciudades; aun así, cinco horas suponía un horror para ella, aparte de la ansiedad que le producía alejarse de Peñavieja.

Deseaba contarle la verdad ya con sus padres fallecidos; sin embargo, no veía el momento de hacerlo, pues era consciente de que iba a hacerle mucho daño descubrir que la habían engañado media vida.

Ese último verano en el pueblo, María descubrió el gran secreto. Necesitaba unos documentos y en vez de preguntar a Isabel por ellos decidió ir a la salita y rebuscar en la cómoda donde sabía allí había muchos papeles. Descubrió el joyero de plata y lo abrió. Se le cayó al suelo y se desmontó dejando el doble fondo al descubierto.

En esa preciosa caja, Isabel almacenó algunos de sus recuerdos, sus secretos y lo que se quería llevar a la tumba. La curiosidad, que luego heredó Lucía, la llevó a querer saber más y cotillear. Abrió algunos cajones más sabiendo que eran de Isabel y descubrió las fotos; en una de ellas, su hermana muy joven y con el vientre abultado. Ni siquiera pensó en la posibilidad de que estuviera embarazada, ¡cómo iba a ser eso, si su hermana no tenía hijos! Comprobó que había carpetas repletas de documentación, mucha más de la esperada, y entre ellos una especie de informe médico en francés, donde se especificaba que Isabel había sido madre de una niña y los detalles del parto. Histérica, examinó también los cajones de la habitación donde dormía su hermana, encontrando las cartas escritas a su amor muerto; los diarios donde explicaba todo lo que ocurrió antes, durante y después de estar en Francia. Ató cabos.

María cogió las pruebas que acreditaban que su hermana era en realidad su madre y fue al encuentro de Isabel.

—¿Qué significa esto? —Le tiró los papeles a la cara, indignada.

—No quería que lo supieras de este modo, María…

—¡Me habéis estado engañando más de cuarenta años! ¿Por qué? ¡Dime! ¿Por qué?

—Eran tiempos muy difíciles. Tengo que explicártelo con calma, María, escúchame…

—¡Y una mierda! Eres una bruja, y la que creía mi madre, ¡lo mismo! Ahora entiendo muchas cosas.

—María, no es tan simple… prometí a mamá que me lo llevaría a la tumba, lo hicieron por mí, por ti, por las dos.

—No quiero saber más. ¡Vete a saber qué más me escondes! ¿Quién es mi padre? ¡Dime!

—Cálmate, María. Te lo contaré todo, pero debes tranquilizarte.

María estaba fuera de sí. Fue la noche en la que los adolescentes iban a las fiestas solos, y Lucía no estaba en casa. Por suerte, no se enteró de la pelea.

Su marido, Ángel, acudió alertado por los gritos.

—¿Qué pasa?

—¡Nos vamos! Prepara el coche, nos vamos de esta maldita casa ¡ya!

—La niña no ha llegado aún.

—Salimos de madrugada, no hay más que decir.

—¡¿Pero me vas a contar qué pasa?!

Isabel lloraba desde el quicio de la puerta, viendo a María hacer el equipaje. En ese momento llegó Lucía que se fue directa a la ducha para intentar despejarse y más con la bronca que su madre le estaba echando por venir mareada.

Ángel preparó el coche, lo cargaron, y a las siete y media estaban listos para irse de Peñavieja.

María entró en el coche sin despedirse de Isabel; sin embargo, Ángel, se acercó a ella justo antes de hacerlo.

—Isabel, intentaré hablar con ella para suavizar su enfado. Nunca la había visto tan fuera de sus casillas.

—Ángel… no ha sido fácil para mí ver a mi hija crecer y no poder ejercer de madre, ha sido lo más duro que me ha pasado en la vida. Mantener este secreto y las mentiras…, entiendo que no quiera ni verme.

—Hablaré con María. Cuídate mucho.

Lucía alucinaba. Entre la resaca, y el estado de nervios de su madre, decidió permanecer en silencio y no pifiarla más y acrecentar su enfado.

Llegaron a Barcelona y, aunque Ángel intentó mediar, la relación de María con Isabel se rompió. Anselmo también quiso ayudarlas a superarlo; sin embargo, lo único que consiguieron es que se llamaran un par de veces al año y siempre con una frialdad increíble por medio. María le hizo jurar a Isabel que jamás le contaría nada a Lucía: ella debía seguir pensando que las cosas eran como ella creía, que Isabel era su tía y no su abuela que es lo que era en realidad.

Isabel decidió que todos esos recuerdos deberían estar custodiados bajo llave, cerrados a cal y canto para que nadie más descubriera esa gran mentira en la que llevaba viviendo más de cuatro décadas. Y así lo hizo: enterró su pasado en la finca.

Capítulo 21.

***Little lies* (Fleetwood Mac)**

Lucía despertó y lo primero que hizo fue ir a la habitación «secreta» y buscar en el doble fondo del joyero de plata, pues tal y como su tía le había dicho en sueños, la clave estaba ahí. Ese sueño con los ojos abiertos, como ella lo llamaba para no creerse una loca.

Efectivamente, allí estaba el verdadero parte médico del nacimiento de su madre, las fotos de Isabel encinta y algunas de las cartas que escribió a Gonzalo. No hacía falta ser Agatha Christie: su tía era en realidad su abuela.

Dejó una nota para que Fran no se alarmara y se fue para Villa Salmorejo, directa a hablar con Eustaquia. Ella era el único testigo vivo de toda esa historia y necesitaba la confirmación de un ser vivo y no de un fantasma que tenía la manía de dar instrucciones cuando dormía.

Atravesó el patio de Eustaquia. Era pronto, pero sabía que la mujer madrugaba y estaba segura de que estaría despierta.

—Eustaquia, necesito hablar con usted un momento. —No alzó la voz para no alertar por el vecindario y ser de nuevo presa de los rumores—. Es importante.

—Ya va, qué pronto es, ¿ha pasado algo?

—Lo sé todo, Eustaquia.

La mujer palideció y empezó a tartamudear.

—¿Qué es lo que crees saber? —preguntó.

—Lo que pasó entre mamá e Isabel.

Eustaquia la hizo pasar y sirvió dos cafés con leche. No sabía ni qué decir y era curioso que la mujer se quedara sin palabras con lo elocuente que era.

—No ha sido fácil vivir con este secreto a cuestas. Tampoco para

Isabel.

Eustaquia contó a Lucía cómo Isabel conoció a Gonzalo, su embarazo, su marcha a Francia y que fue obligada a renunciar a ella en favor de su madre, para evitar males mayores. También cómo Paco consiguió, gracias a sus contactos, registrar a María y que constaran ellos como sus verdaderos padres. Todos los detalles que faltaban pudieron unirse en su cabeza con lo que aportó Eustaquia.

—Me parece alucinante que mi madre se disgustara tanto.

—Isabel no tuvo opción. Quiso explicárselo a María en cuanto Emilia y Paco fallecieron. Pero no encontraba ni el momento, ni las palabras. Conocía perfectamente a María y sabía que no lo iba a encajar bien.

—Entiendo que se sintiera engañada, pero siento empatía con Isabel. —Lucía recordó una novela romántica con un argumento similar que la hizo llorar hasta deshidratarse.

—Tantas mentiras nunca acaban bien, ya se lo decía yo a la Isa.

—No le quedó más remedio, pobrecita… Mi madre lo pasó muy mal. Sé que la quería y estoy segura de que si no hubiera muerto en el accidente se hubieran perdonado. Lo sé. No era rencorosa, solo estaba dolida.

****

Cuando a los veinticuatro años Lucía se quedó huérfana de la noche a la mañana, todo cambió para ella. Sus prioridades se vieron alteradas y los sueños, truncados. Era una chica alegre y llena de felicidad, pero esa noche, cuando recibió la visita de la policía en su casa, sintió como si el alma se le resquebrajara para romperse en mil pedazos.

Sus padres habían salido al teatro y a cenar; era raro que fueran solos, pues Lucía siempre iba con ellos, aunque, en los últimos tiempos ya no tanto, pues era ya toda una licenciada en veterinaria y tenía trabajo en una clínica. Los turnos eran horribles, pues al ser la última en llegar, siempre le tocaba pringar, total, que sus padres ya prescindían de ella para salir, pese a ser una actividad familiar que

llevaban a cabo todos los terceros jueves del mes y que no se saltaban jamás. Fueron sin ella y no llegaron al teatro. Un coche que se había saltado un semáforo los arrolló en la calle Balmes, matándolos en el acto.

Su despedida, un acto multitudinario con una ceremonia sencilla, y en donde, como único requisito, se tocó con un solo de violín *El cant dels ocells*, pieza favorita de su padre, gran aficionado a la música clásica. Eran personas muy apreciadas en su ámbito social y laboral y su pérdida fue un gran golpe. María trabajaba en el hospital oncológico de Bellvitge y era muy querida tanto por compañeros como por los pacientes, pues muchos, debían acudir durante meses para el tratamiento creando vínculos muy estrechos.

Sus esquemas, rotos. Su vida, sin sentido. La casa se le caía encima, pues todo le recordaba a ellos. De no ser por Candela que la llevó a su casa y cuidó de ella, le hubiera costado salir a flote. Fue el tiempo el que suavizó ese dolor que le quemaba en el pecho, y al cabo de un año, decidió volver al piso que había compartido con ellos toda la vida.

Ya más entera siguió adelante amoldándose a su nueva vida sin sus progenitores. En la clínica fue subiendo escalones hasta conseguir un trabajo que le permitía vivir de una forma bastante digna, aunque, para ser sinceros, no era un problema puesto que el seguro le proporcionó una cantidad importante como indemnización, algo que ella consideró siempre un insulto, puesto que la vida de sus padres no tenía precio. Sea como fuere, y pese a que aquel día perdió lo más importante para ella, con el paso del tiempo empezó a reponerse y recuperó un poco la sonrisa.

Una tarde, a la salida de la clínica, subiendo por las Ramblas, Lucía se resbaló y cayó sobre un chico que llevaba un café en las manos, poniéndose perdido. Ella, en el suelo muerta de vergüenza y él lleno de café tendiéndole la mano.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —mintió, pues tenía un fuerte dolor en el costado por el tortazo—. Soy muy patosa. ¡Mira cómo te he puesto! —notó como sus mejillas ardían.

—Me llamo Borja.

—Lucía.

—Un placer. —Le dio dos sonoros besos.

—Mejor si hubiera sido en otras circunstancias.

—Las oportunidades vienen así, de sopetón. ¿Te apetece tomar un café conmigo? Este se ha malogrado. —Se señaló la pechera.

No lo dudó, pese a que no solía aceptar invitaciones de desconocidos.

Ese café dio pie a otros, luego a una cena, ir al cine… muchas citas. Aunque ambos se gustaron desde el primer momento, ese amor se coció a fuego lento. Tal y como había leído mil veces en las novelas románticas, su apuesto caballero al fin apareció, y ella se agarró a él como al aire que respiraba.

Fueron muy felices, aunque esa dicha se fue disipando al acercarse la boda y sentir que estaba dejando de ser ella misma. No contar con el beneplácito de su futura suegra la amargaba y no era capaz de visionar su futuro en esas circunstancias.

En ese viaje a Peñavieja se estaba descubriendo de nuevo, y Borja, por mucho que le pesara su decisión, debía aceptarla. Valoraba mucho que hubiera ido a por ella, a recuperar su amor; sin embargo, eran polos opuestos; ella era caótica y él ordenaba la ropa por colores. No pensaba dejar de ser veterinaria jamás, y Borja era un gran cardiólogo con un futuro magnífico por delante que no debía dejar escapar. Era cuestión de tiempo que él mismo se diera cuenta de que su sitio no estaba allí con ella, sino en la gran ciudad. Y Lucía no tenía ninguna intención de volver a su antigua vida.

Capítulo 22.

***Your song* (Elton John)**

Lucía y Eustaquia decidieron guardar el secreto para siempre. Solo Candela estaba al corriente de lo sucedido en su familia. Desde el día del descubrimiento no había tenido más sueños raros con su tía ni con su madre. Pensó que había recuperado la cordura.

Como buena romántica, estaba totalmente enganchada a los diarios de su abuela, que leía con mimo bajo el limonero del patio. Sentía tanta empatía con ella.

Fran volvió a trabajar en los Azahares, sin embargo, evitaba estar a solas con Lucía. Debía alejar a sus demonios, ya que no quería arrastrarla a su particular infierno. Aún tenía pesadillas. Lo único positivo de la situación era que había empezado un tratamiento psicológico animado por Mariola, que supervisaba muy bien sus movimientos. Deseaba estar bien, pero no estaba preparado para dar el salto.

Borja no cejaba en su empeño de recuperar a la que él creía su chica. Lucía recibía flores casi todos los días, notas románticas y, aunque le dejó claro que solo podían ser amigos, él lo seguía intentando. Era lícito, pues aún creía tener una oportunidad de recuperarla.

Ella se sentía atrapada entre dos mundos: echaba de menos Barcelona; sin embargo, en Peñavieja se estaba encontrando de nuevo con su yo, una persona a la que creía tan lejos que pensó haberla perdido. Era capaz de salir adelante sin un hombre al lado, claro que sí, como muchas de las heroínas de sus novelas. Fueron felices, pero eso ya era el pasado, siendo en el presente una soltera, joven, dinámica y nueva Lucía que podía con todo.

Candela seguía con Carlos. Cada día que pasaba la relación se ponía más interesante, y en el pueblo todo el mundo estaba enterado de la felicidad de la nueva parejita. Él le pidió vivir juntos, pero ella, era muy clásica. Aparte de que llevaban muy poco tiempo saliendo como para tomar esa decisión. Eso, y el miedo acérrimo que ella sentía ante un fracaso sentimental.

****

Esa tarde de viernes, se iba a celebrar el dichoso concurso de Karaoke. Las chicas, capitaneadas por Candela y Silvi, habían ensayado mucho, pese a que nadie las había informado del repertorio.

Lucía estaba atacada y deseaba que la descalificaran en la primera ronda. Se moría de vergüenza cada vez que pensaba en el lío en el que la habían metido.

En el más absoluto de los secretos se llevaba el nombre de los integrantes de cada equipo. Las chicas no tenían ni idea de quienes serían los chicos y viceversa.

Llegaron al pub donde se iba a llevar a cabo el festival.

El jurado, compuesto por Pili, la de la parada de frutas en el mercado; Juan, albañil en paro; Angustias, la de la floristería y Pedro, el alcalde, estaba listo para que le sangraran los oídos.

Por turnos totalmente al azar, saldría uno de los integrantes al escenario y también por caprichos del destino, la canción a interpretar la sacarían a ciegas, metiendo la mano en una saca.

Ocho mujeres y ocho hombres del pueblo se iban a enfrentar en lo que en Peñavieja ya se había denominado «el encuentro del siglo».

Lucía y sus compañeras se sentaron en una parte del local, y separados por una mampara enorme, sus contrincantes.

El presentador del acto cogió su micrófono y explicó las reglas a los asistentes.

—Bueno, pues eso es todo. ¿¡Estáis listos!?

Un gran «¡Sí!» se oyó por toda la sala. La única que no abrió la boca fue Lucía.

—Primer participante por parte de las chicas —metió su mano en la bolsa aterciopelada azul que contenía los nombres—. ¡Silvina Castellano!

Silvina saltó de la silla y subió al escenario intrigada por saber qué canción le había tocado en suerte.

—Y la canción es… *Marinero de luces*, de Isabel Pantoja.

Hizo un gesto de satisfacción, puesto que era una de las canciones que había ensayado junto a Candela.

Desde el escenario pudo ver quiénes eran los chicos y se quedó de piedra. Una de las normas era no comentar con el resto de los participantes lo que habían visto: deberían descubrirlo por sí mismos cuando les tocara en turno cantar.

Hizo el debut, rompió el hielo y no lo hizo mal del todo.

Turno de los chicos y el agraciado fue Curro, el Sindy, que hizo una terrible versión de *Soy minero*, de Antonio Molina.

El jurado decidió que debía ser Curro el eliminado.

Siguiente ronda: Anabel, con *Lo siento, mi amor*, de Rocío Jurado y Alberto, con *Amante bandido* de Miguel Bosé. Descartaron a Anabel por su inarmónica versión de ese gran clásico de «la más grande».

Solo quedaban dos participantes por salir de cada equipo. En el de las chicas eran Lucía y su amiga Candela. Estaban empatados, habían expulsado a tantos chicos como a chicas. Le tocó el turno a Candela, que subió al escenario y empezó a carcajearse al ver a los chicos.

—Pero… ¿qué haces tú aquí? ¡Por Dios santo!

—Candela, te recuerdo que no puedes decir nada de lo que has visto cuando bajes —recordó el presentador.

Interpretó *A quién le importa* de Fangoria y, dentro de lo horroroso, no llovió en Peñavieja, pero casi.

Subió el penúltimo chico…

—Y ahora, Borja Sampere, más conocido como Doctor Bombón ¡a cantar!

Lucía flipó en colores. Su ex odiaba los karaokes. Ni siquiera le había oído cantar en la ducha. ¿Qué estaba haciendo allí?

—Te ha tocado cantar… tachán tacháááán… *No puedo evitar pensar en ti*, de Duncan Dhu.

Borja cogió el micro.

—Antes de empezar, dejadme que diga unas palabras. Quiero dedicar esta canción a la persona más importante de mi vida y, que, aunque ella no quiera, viaja en mi corazón todos los días. No diré su nombre, aunque está en esta sala y ella ya sabe a quién me estoy refiriendo. Es bastante obvio para todos.

Agarró el micro y cantó la canción con bastante maestría; Lucía no conocía esa faceta de Borja y no le desagradó que lo hiciera, aunque se sintió un pelín incómoda, puesto que todos allí sabían que era ella la destinataria, y sintió unos cuantos ojos posados en ella.

Obviamente se salvó él, quedando Candela descalificada.

Llegó el momento de Lucía. Subió con vergüenza, como siempre que estaba expuesta en público.

—A ver, guapa, te ha tocado cantar *Sin ti no soy nada*, de Amaral.

Lucía miró a los chicos y descubrió al integrante que faltaba por salir, que no era otro que Fran. Su sonrojo subió de tono para ser ya de un bermellón intenso.

—¿Estás lista, Lucía?

—No, pero bueno… allá vamos.

Empezó a cantar con la voz quebrada. Por suerte, esa canción era una de sus favoritas y en un momento dado, se vino arriba, miró hacia el público y fijó su mirada alternándola entre Borja y Fran.

Me siento tan rara,

las noches de juerga se vuelven amargas,

me río sin ganas con una sonrisa pintada en la cara,

soy solo un actor que olvidó su guion,

al fin y al cabo, son sólo palabras que no dicen nada.

Los días que pasan,

las luces del alba,

mi alma, mi cuerpo, mi voz no sirven de nada.

Qué no daría yo por tener tu mirada,

por ser como siempre los dos,

mientras todo cambia,

porque yo sin ti no soy nada…

Acabó la canción con lágrimas en los ojos. Su sensibilidad no le permitía esconderse. Estaba en realidad entre dos aguas difíciles de remar con su pequeño bote, pues se habían tornado bravas.

Ambos miraron a Lucía; Borja sonrió y aplaudió, Fran le guiñó un ojo contra todo pronóstico. Y ella tenía un cacao en la cabeza increíble.

Llegó el turno de Fran. Le tocó cantar *No me doy por vencido*, de Luis Fonsi:

Y te lo digo a gritos,

y te ríes y me tomas por un loco atrevido,

pues no sabes cuánto tiempo en mis sueños has vivido,

ni sospechas cuando te nombré,

yo, yo no me doy por vencido,

yo quiero un mundo contigo,

juro que vale la pena esperar, y esperar y esperar un suspiro,

una señal del destino,

no me canso, no me rindo, no me doy por vencido.

No dejó de mirarla mientras la cantaba. Ella seguía con los ojos húmedos.

—Madre mía, Fran Caballero, que callado te lo tenías —dijo el presentador—. El jurado debe decidir quién de los dos se va y deja el

concurso. Va a ser complicado.

—No pasa nada, creo que debería salvarse ella —respondió haciendo honor a su apellido.

—A ver, ya llega la nota del jurado —siguió—. ¡Anda! ¡Os libráis los dos! Qué fuerte. Bueno, me parece bien ¡ambos lo merecéis!

Un fuerte aplauso se oyó por toda la sala.

—Tía, te has clasificado —dijo Candela a Lucía—. ¡Verás la próxima semana que divertido! ¡Individual en inglés y después duetos al azar!

Lucía se echó las manos a la cabeza. Todo era un sinsentido.

—Y tu farmacéutico, ¿cómo es que no se ha presentado al concurso?

—A él le dan terror estas cosas, tiene pánico escénico.

—Como yo, cabrita, y bien que me apuntaste.

Sonrieron y salieron del pub cogidas del brazo, como una pareja a la antigua.

Borja y Fran esperaban a la salida, uno a cada lado de la puerta. Lucía no sabía sobre cuál posar sus ojos.

—Lucía, ¡espera! —soltó Borja ante la atenta mirada de Fran.

—Borja…

—He visto la emoción en tus ojos cuando cantaba, ¿me dirás que te has quedado tan pancha? Y cuando has cantado tú… Has llorado incluso.

—Me ha encantado el detalle, pero no era necesario, y yo solo he interpretado lo que me ha tocado en suerte, no era un mensaje para ti. Sabes que me emociono con facilidad.

—Lucía, debemos vernos, no puedo más. Esta situación me está matando.

—Te lo dije; está hablado: solo podemos ser amigos y si no me dejas en paz, ni eso.

—Te he dado espacio, mucho, hasta demasiado. Te quiero, que se entere todo el pueblo, ¡joder, Lucía! ¡Lo he dejado todo por ti! ¡Tenemos que volver a Barcelona y recuperar nuestra vida! —exclamó mientras ella pasaba de largo—. ¡Aquí no pintamos nada! He tenido ya mucha paciencia con tus tonterías, ¿no crees?

Ella intentó irse sin más, pues empezó a subir de tono, aunque Borja la agarró un poco fuerte del brazo y la zarandeó para que se volviera y le hiciera caso. Aunque no lo pretendiera, se extralimitó.

—Déjala en paz —intervino Fran.

—Por favor, olvídame, Borja —Lucía se tocó el brazo que sintió adolorido—, y vuélvete a Barcelona, pero solo.

—Tú, vete a la mierda, imbécil. Demasiado he tragado contigo —se dirigió a Fran con los ojos llenos de odio y acercándose a él con el puño amenazante.

—Piénsalo bien, *estirao,* —intervino Sindy, advirtiendo de que no era una buena idea liarse a puñetazos con Fran.

—Qué pasa, ¿no tienes huevos que viene tu secretario a mediar? —provocó con esa pregunta lo que ya era inevitable— ¡Pelea, cojones!

Ambos se liaron a puñetazos ante los gritos de Lucía, Candela y el resto de los presentes.

—¡Parad! ¡joder! ¡parad! —Lucía vociferó intentando meterse en medio para separarlos.

Para entonces no solo ellos dos se peleaban, también Sindy con Manolo y sus parejas, entre ellas, también, aunque estas se tiraban de los pelos.

Llegó la Guardia Civil y se los llevó a todos al cuartelillo. Incluidas Lucía y Candela.

Los agentes les tomaron declaración. Tal y como manifestaron los testigos, Borja provocó la pelea; sin embargo, ni Fran, ni Lucía, interpusieron denuncia, por lo que los dejaron salir al cabo de pocas horas.

Borja se acercó de nuevo a ella, que estaba charlando con Candela.

—Perdóname, he perdido los estribos.

—Borja, vuélvete a Barcelona y sigue con tu vida.

—No volverá a ocurrir.

—Lo que ha pasado esta noche es definitivo para darme cuenta de que jamás volveré a estar contigo. Por un momento pensé que me ibas a agredir. He visto el odio reflejado en tu rostro. Nunca llegué a imaginar que serías capaz de esto.

—No te haría daño en la vida y lo sabes; perdí los nervios. Estoy desesperado, solo quiero estar contigo, que volvamos y retomemos nuestra relación donde la dejamos.

—Borja, sinceramente, necesito que te vayas y no vuelvas por Peñavieja: tu sitio no está aquí… Yo no quiero estar contigo. —Esas palabras se clavaron como un puñal en el pecho del chico.

Fran miraba de lejos sin intervenir, junto a Sindy y su mujer, aunque estaba atento por si debía mediar.

—De acuerdo, Lucía. Me iré mañana. Solo espero que puedas perdonarme algún día.

Borja se fue de allí, y Lucía, triste por todo lo que había ocurrido se alejó con Candela. Fran la siguió.

—¿Podemos hablar?

—No es buen momento.

—Lo siento.

—Lo sé, pero tampoco has estado a la altura, Fran.

—Tienes toda la razón. Estoy avergonzado.

—Mañana hablamos en la finca, ahora necesito una tila.

Se marchó con Candela a casa. Villa Salmorejo le pareció en ese momento su oasis particular.

—¿Estás bien? —Candela cogió su mano—. Creo que más que una tila voy a preparar dos gin-tonics.

Capítulo 23.

***Sin ti no soy nada* (Amaral)**

Salió de casa muy pronto y fue directa a los Azahares, aunque era sábado y festivo, prefería ir a la finca a trabajar un rato. Borja ya estaba camino de Barcelona, según le confirmó Eustaquia, que Dios sabe cómo, estaba informadísima de los hechos antes que nadie. Parecía de la CIA.

Candela se iba a pasar el día con Carlos, así que mejor estar entretenida y tener la mente ocupada.

Por primera vez en muchos años, se decidió a montar de nuevo y sería a Sayida. Tuvo que echarle valor. Decidirse no fue fácil ya que no lo hacía desde que murió su yegua. Se vistió con las ropas adecuadas, se puso las botas y el casco. Cogió aire y llenó sus pulmones con el arrojo que le faltaba.

—Vamos, bonita. Iremos a pasear, ¿vale, preciosa? —Acarició a la jaca con mimo durante un buen rato para afianzar su confianza en ella —. ¿Estás preparada? Hace mucho que no monto, ten paciencia conmigo.

Recordó las palabras de Jordi, su entrenador cuando tenía doce años, y empezaba a montar:

«Recuerda Lucía, nada de agresividad, deja a un lado tus miedos y ten en cuenta que puede haber reacciones inesperadas. Y lo más importante: no tengas miedo a caer, eso ocurrirá, nos ha pasado a todos».

Estaba nerviosa; sin embargo, sabía que para superar sus miedos la única manera de hacerlo era enfrentándose a estos. Cara a cara. Echarle valor. No obstante, el nerviosismo, puede ser tu peor enemigo, ya que si estamos inquietos podemos realizar movimientos inadecuados; o, por el contrario, estaremos demasiado rígidos como para poder compenetrarnos como es necesario con el animal. Y de eso Lucía era consciente.

Salieron de la cuadra, ambas, en comunión. La yegua tranquila, y Lucía dominando sus temores.

No quería galopar, para eso aún creía no estar preparada; necesitaba un paseo, como mucho trotar un poco y sentir de nuevo el vaivén de la monta al paso. Y no tardó en amarla. Fue en el momento en el que la jaca le regaló la oportunidad de reconocer de nuevo esa sensación de la libertad del roce del aire contra la cara, de sentir los pasos de la preciosa yegua como si fueran los suyos propios.

Ya cerca del río, se encontró a Fran cabalgando a Magic.

—Vaya, ¡qué bonita casualidad! —exclamó al verla.

—Sí, me he animado a montar. De la última vez ya hace mucho, pero es como ir en bicicleta: no se olvida.

—Algo te pasó, ¿verdad? Perdona si he sido indiscreto.

—No, ya va siendo hora de que te lo cuente.

Bajaron de los caballos y los dejaron beber tranquilamente en el río mientras ellos reposaban en la ribera. Le explicó lo ocurrido con Amira y por qué no había montado más desde ese momento.

—Triste historia. Lo siento mucho.

—Sí, lo es. Y más para una niña. ¿Sabes? Mi adolescencia no fue fácil, pese a tenerlo casi todo. Mucha gente aquí, en Peñavieja, piensa que soy una pija de Barcelona, pero nada más lejos de la realidad. Mis padres eran unos currantes y es verdad que nunca me faltó de nada. Sé lo que es resurgir de las cenizas y tener que seguir adelante con el alma hecha pedazos. La vida me ha dado muchas bofetadas.

—Supongo que de ahí vienen también tus miedos a la hora de la boda con Borja. Si quieres me lo cuentas.

—Borja llegó a mi vida cuando más sola y triste estaba. Hacía muy poco que había perdido a mis padres. Fue como una medicina para mí. Sin embargo, somos muy diferentes y pertenecemos a mundos distintos, eso lo he podido aseverar con el tiempo, pues al principio no piensas en ello. Su familia quería cambiar, no solo mi vida, también moldear a su gusto mi carácter para que llegara a ser como ellos querían que fuera para su hijo. Me aterraba dejar de ser yo y, aunque intenté que Borja lo viera y me apoyara, no fue así.

—Mereces lo mejor, Lucía.

—Soy una luchadora, no quiero depender de nadie. Antes, prefiero

quedarme sola.

—Yo decidí hace mucho tiempo que nadie manejaría mi vida.

—Eustaquia me contó lo de Marta, pero me gustaría que fueras tú el que me explicara lo que pasó, si te apetece. No me gusta que me vengan con rumores y habladurías, aunque sé que lo hizo sin mala intención, más bien al contrario: quería ayudarme a entenderte.

Fran se sinceró con ella y le contó la historia de principio a fin.

—Tú no tuviste la culpa, Fran. La puta vida nos depara este tipo de jugarretas muchas veces. No son más que retos para continuar hacía la siguiente etapa. A la muy puñetera le gusta ponernos al límite… ¿no crees? Es muy difícil salir ilesos de ella; siempre deja alguna que otra cicatriz, aunque de nosotros depende que estas sanen de forma rápida o lenta.

—Lucía… da gusto oírte hablar… quiero que sepas que me alejé porque empezaba a sentir algo muy fuerte por ti. No quiero hacerte daño. Sé que sales de una relación y lo más probable es que no quieras empezar otra tan pronto. Tampoco sé si yo seré capaz de estar a la altura de lo que tú mereces. Además, yo soy como ves, un tío complicado de narices. No quiero arrastrarte con mis monstruos.

—¿Y qué me dices de los míos? Quizá hasta sean peores que los tuyos. Ayer, cuando os estabais peleando, solo pude pensar en que no quería que sufrieras daño. Lo demás me daba igual.

Lucía lo besó en los labios con dulzura.

—Creo que eso responde a tu comentario, Fran. ¿Por qué no dejamos de hacer el tonto y nos enfrentamos a nuestros sentimientos? Estoy dispuesta a intentarlo.

Se acercó aún más a ella, pudiendo notar con claridad los latidos de su acelerado corazón y su agitada respiración. Le acarició el rostro con una de sus grandes manos. Hizo un círculo con su dedo por sus labios, recorriendo su perfil antes de volver a unirse en un beso, pero esta vez con una pasión incontrolada, como no queriendo que el tiempo transcurriera, deseando que el reloj se congelara y detuviera el momento para hacerlo eterno; paladeando, saboreando cada segundo que duró el ósculo. Disfrutando a cada inspiración. Exhalando por los poros de su piel el dolor, el pasado, pues el futuro era ya ese presente que ambos estaban intentando encarrilar.

****

Volvieron a la finca juntos, cada uno subido a su equino, gozando del paisaje y del olor a bosque húmedo tras la lluvia de la noche anterior. En silencio, pero diciéndolo todo con solo mirarse.

—¿Comemos juntos? —preguntó.

—Claro —respondió Lucía.

—Cocino yo. Es de las pocas cosas que sé hacer un poco bien.

—Vale. Y si te parece, ponemos nombre a lo nuestro —le guiñó un ojo—. Sin presiones, despacito, sin forzar la situación, pero creo que debemos acordar lo que somos o podemos ser juntos, ¿no?

—Me parece bien, señorita sabelotodo —sonrió.

—Mientras andas entre fogones, me voy a dar un bañito para estar presentable.

—Genial. Espero que te guste la pasta. Te voy a preparar mis famosos espaguetis boloñesa.

—Adoro la pasta. Deseando hincarle el diente. —Se sonrojó por el doble sentido del comentario.

Subió las escaleras hasta su habitación. Llenó la bañera de agua calentita y añadió unas sales de baño. Música suave de fondo y un incienso con aroma a jazmín. Era el paraíso que andaba buscando y por fin hallaba. Lo acompañó con una copa de vino que tomó envuelta en burbujas. Era un placer inmenso del que había estado apartada sin darse cuenta. De esas pequeñas cosas que te dan la felicidad y de las que no eres consciente.

Salió de la bañera cuando el agua se entibió. Se miró en el espejo de pie con la toalla envuelta y la hizo caer a sus pies dejando su cuerpo desnudo a la vista. Disfrutó de esa sensación de frescor al notar los cabellos húmedos en su espalda. Se vio capaz de beberse la vida a sorbos desde ese preciso instante. Ese beso fue como cien años de terapia psicológica, era volver a sentirse atractiva y poderosa. Tener confianza en sí misma de nuevo, sin que nadie quisiera cambiarle ni una sola célula de su organismo o de su mente. Era, por fin, ella, Lucía.

****

Candela daba pasos agigantados con su chico, Carlos. Solo le veía una pega y era que el susodicho era demasiado tímido y poco arriesgado. Para Candela eso era un signo inequívoco de poca sangre en las venas y le gustaban los hombres un poco más atrevidos. Sin embargo, Carlos, tenía muchas otras virtudes que a ella le encantaban y, pese a no ser perfecto, estaba muy a gusto con él.

—¿Te ha gustado la paella estilo Carlitos?

—Me encanta, cariño.

—Te quiero, Candelita de mis ojos.

—Y yo, cielo. Me encanta que seas tan cursi.

—Siento no haber participado en lo del karaoke, sé que te hubiera gustado, me lo indicaste con las doscientas indirectas muy directas, pero sabes que soy muy, muy vergonzoso.

—No te preocupes más por eso. Casi prefiero que no vieras el ridículo que hice. Mi oponente cantaba mejor que Pavarotti. No tuve ninguna posibilidad.

—¡Bah! Seguro que no era para tanto.

—No importa. Es cierto que me hubiera gustado verte allí, pero no pasa nada. El viernes será la final. Aunque no participe iré a ver como lo hacen los clasificados. No me quedará otra que estar arrinconada mientras los demás se lucen. —Se encogió de hombros.

Carlos la besó en los labios.

—Eres dulce como el caramelo, Candela.

—Eres de un ñoño que hasta me pone, Carlitos.

Esa noche se quedó a dormir con él. Ya le había pedido que vivieran juntos varias veces, pero ella seguía resistiéndose. Ya llegaría el momento, pero lo que estaba claro, es que estaban completamente enamorados y aunque se creyeran muy distintos, en el fondo, no lo eran tanto.

Candela ya no contemplaba una vuelta a Barcelona ni a largo plazo, se sentía de maravilla en Peñavieja.

Capítulo 24.

***Tantas veces* (Andrés Calamaro)**

Lucía notó el delicioso aroma de la pasta desde la habitación y se apresuró en arreglarse. Se puso un vestido de algodón en color rojo, de tirantes. Sencillo y fresco, tal y como era ella. Para entonces Fran, no solo tenía la comida preparada, también había puesto la mesa y se había dado una ducha rápida. Estaba nervioso esperando junto a la mesa a que bajara por la escalera. Abrió uno de los grandes reservas que Isabel tenía en la finca guardados como un tesoro en la fabulosa bodega que apenas Lucía había pisado. Lo oxigenó y probó para comprobar que el tinto estuviera en perfecto estado.

Lucía descendió por los peldaños, y a él le pareció una diosa. Observó lo bonita que era con detalle. ¿Por qué se había privado tanto tiempo de poder tener sentimientos por alguien? Por un momento, se sintió idiota por haber perdido tantos años de su vida. Pero, también se alegró de que ese corazón volviera a latir por esa mujer en particular.

Le acomodó la silla mientras se sentaba; ella agradeció ese gesto caballeroso, le pareció un encanto.

—Tiene muy buena pinta, Fran.

Se le hizo la boca agua y no solo por el plato de espaguetis, que también. Fran estaba guapo. Por fin se había afeitado y desprendido de las camisas de cuadros que solía utilizar cuando estaba en la finca. Sus ojos, más verdes que nunca y más expresivos de lo que recordaba. Hasta ese punto de nerviosismo que aparentaba, le pareció atractivo.

—No tiene mucho trabajo, lo reconozco; sin embargo, la receta es especial pues es de mi abuela materna, que, por si no lo sabías, era italiana.

—Pues no, no tenía ni idea ni lo hubiera pensado nunca.

—Mi abuela era de Livorno, en la región de la Toscana. Llegó a España muy pequeña por el trabajo de su padre. Conoció a mi abuelo, que era de Peñavieja, aunque estaba destinado en Madrid como telegrafista, donde ella vivía. A él no le conocí, aunque mi *nona*

Antonella era inolvidable. Murió cuando yo tenía doce años. Fue el primer palo gordo de mi vida. Ella era la clásica abuela italiana. Tenía mucho carácter, pero era todo amor.

—Yo no recuerdo apenas a mis abuelos. A los paternos un poco más, ya que eran de Barcelona, y nos veíamos a menudo. A los del pueblo, ni eso: murieron siendo yo muy pequeña.

—Isabel tampoco hablaba mucho de ellos. Intuyo que no había muy buena relación.

Comieron la pasta y pasaron al sofá de la estancia tras los postres para acabarse el vino. Relajados, mucho más tranquilos después de haber respirado el mismo aire un rato. Lucía rompió el hielo tras un silencio que no fue tan largo, a pesar de que se les hizo eterno.

—No sé si debería contártelo; he descubierto el secreto familiar que con tanto celo guardaba Isabel. De hecho, fue a raíz de entrar en la habitación que estaba cerrada a cal y canto.

Lucía le explicó la increíble historia de Isabel y María, y juntos reafirmaron que, sin duda, esa había sido la razón del enfado entre las que se creían hermanas.

—Alguna vez sospeché algo raro, si te soy sincero. Isabel al oír hablar de tu madre lloraba como una magdalena. Mi tío Anselmo no sabía ni cómo consolarla. Me resultaba extraño tanto misterio. Lo que dices tiene todo el sentido.

—Es una pena que murieran sin poder arreglarlo, ¿verdad?

—Ahora tú eres la conexión. ¿Sabes? Isabel siempre decía que era muy espiritual y que podía comunicarse con los muertos. Quién sabe si ya lo hizo con tu madre cuando esta murió.

A Lucía le vinieron a la cabeza los extraños sueños que parecían tan reales. Por un momento pensó que ella también tenía ese extraño don.

—Me asustan un poco estas cosas del más allá, porfa, no me cuentes más o no podré dormir esta noche —bromeó a medias.

—Vale. Cambiamos de tema, entonces.

Se miraron fijamente a los ojos.

—Antes dijiste que debíamos enfrentarnos a nuestros sentimientos —siguió Fran—. Quiero que sepas dónde te metes, Lucía. Yo no soy un pijo de la mejor parte de la ciudad.

—Fran… sé muy bien quién eres y me da igual. No hace falta que me lo expliques todo, pues yo también tengo un pasado. Vayamos poco a poco, no nos agobiemos.

—Te besaría ahora mismo…

—Nada te lo impide…

Antes de tomar su boca acarició su hombro rozando el fino tirante del vestido, por su cabeza pasó arrancárselo de cuajo, pero se contuvo.

—Tienes una piel tan suave… —se recreó pasando la mano por su brazo.

—Fran… —le cogió por la nuca, atrayéndole hacia ella.

El chico ya tenía su mano posada en el muslo de Lucía y deseó escalar por él. Se le aceleró la respiración al mismo tiempo que los latidos de su corazón se acrecentaban. Finalmente se besaron y ella, sin dudarlo, se abrió pasó por su camisa y le acarició el pecho. No le gustaban los hombres especialmente velludos, sin embargo, Fran, tenía el justo para hacerla enloquecer. Lo sintió duro, formado y también pudo sentir su corazón palpitando a toda máquina. Deseo.

Hicieron el amor. Fue pausado, sereno, tranquilo. Saboreando cada milímetro de la piel. Paladeando cada caricia. Como catando por primera vez un estupendo vino; relamiendo cada gota regodeándose en cada rincón de sus cuerpos, ya solo uno.

Sí, había que poner nombre urgentemente a lo que los dos empezaban a sentir el uno por el otro.

****

Despertaron juntos al día siguiente en la cama de Lucía. El enorme ventanal de la habitación comenzó a filtrar los primeros rayos de luz de la mañana, despertándolos.

—Es pronto. Volvamos a dormir —murmuró Lucía.

—Aún eres más perfecta bajo los rayos del sol. —Fran recorrió con un dedo la silueta de su cuerpo desnudo animándose para otro asalto antes del desayuno.

—Que pillín.

—¿Te apetece? —dijo al besar repetidamente su espalda.

—¿Huevos con chistorra, para desayunar dices? —bromeó.

—A mí me apetece comer otra cosa…

Se lanzó sobre ella que no pudo negarse ni quiso. Ya no recordaban lo genial que era despertar tras practicar sexo del bueno.

Volvieron a dormir una hora más, no tenían ningunas ganas de salir del dormitorio, pero había que comer algo.

—Vamos a la ducha, te espero allí —dijo Lucía.

—Madre mía, vamos a acabar derrotados.

—Es domingo; hoy libramos, además, como tu jefa, te lo ordeno —sentenció.

Segundo asalto del día en la ducha.

Fran fue hacia la habitación mientras ella se secaba un poco el pelo con el secador.

—Preparo algo de desayuno, ¿vale? —gritó a lo lejos.

—¡Vale! —contestó Lucía desde el baño.

Se miró al espejo de nuevo. Las ojeras habían desaparecido. Solía ocurrir cuando estaba en paz. El estrés le dejaba los ojos como los de un oso panda, y de eso había tenido mucho en los últimos meses.

Era feliz. Hacía tanto que no tenía ese sentimiento de plenitud que le dio miedo que se disipara. Borja quedaba atrás. Una etapa más quemada en esta aventura llamada vida y no se arrepentía, también fue dichosa con él. Fran le estaba abriendo el mundo desde otra perspectiva. Se preguntaba si pueden dos almas heridas amarse, y la respuesta era que sí, que no hay nada que pueda poner una barrera a la atracción que sentían el uno por la otra.

Quería ser cauta. No quería ser tan pánfila como Valentina, la

protagonista de la novela que leía y a la que le daban palos por todas partes; deseaba a Fran y estaba empezando a sentir muchas cosas bonitas por él, pero tenía clarísimo que ella iba a ir por delante siempre, o al menos lo intentaría; no dejaría que nadie manejara nunca más su vida; no iba a cometer los mismos errores que cometió con Borja, aunque el punto positivo era que no habría suegra por medio en este caso.

Fran preparaba unos huevos revueltos, tostadas con mantequilla y mermelada y café. Se reencontraron en la mesa del desayuno.

—Me siento muy bien esta mañana. —Lucía rompió el hielo.

—Yo también, aunque creo que debemos poner algunos límites. Como bien has dicho antes, aunque fuera broma, eres mi jefa, y habrá momentos en los que discutiremos.

—Soy más de dialogar. Además, ¿cuándo hemos discutido tú y yo por temas de la finca?

—Nunca, pero puede llegar el momento.

—No nos agobiemos más de la cuenta. Ya sabes que nunca te he tratado como a un trabajador bajo mi yugo.

—Bajo tu esclavitud llevo veinticuatro horas… delicioso yugo.

—¿Ya te estás yendo por las ramas? —se carcajeó.

—Lo que no quiero es que te enfades nunca conmigo. Te pones feota cuando estás molesta.

—Tú no es que te pongas como Brad Pitt cuando estás cabreado, que lo sepas. —Lucía se levantó un momento y le besó en la mejilla—. Voy a por otro café, ¿quieres?

—Sí, tengo que reponer fuerzas. Gracias.

—Fran, en serio, vamos a ver cómo fluyen las cosas, sin forzar, sin ataduras, sin preocupaciones…

—Estoy de acuerdo. ¿Quieres mantenerlo en secreto? o ¿prefieres comentarlo?

—No creo que debamos ir con un megáfono a cascarlo —volvió a reírse a carcajadas—, de eso ya se encargarán nuestras cotorras favoritas en cuanto nos vean juntos. No creo que debamos

escondernos ni tampoco dar una rueda de prensa.

—Pues actuemos con normalidad. Yo pienso besarte en público siempre que me dé la gana. —Pellizcó su trasero y le guiñó un ojo.

Recogieron los cacharros del desayuno, y Lucía puso música, sonaba una de sus canciones favoritas: «Tantas veces», de Andrés Calamaro. Se sentía identificada con la letra. Mientras fregaba los platos, se puso a cantarla. Fran, en un acto cómico, cogió una cuchara de palo y le hacía los coros. Ella le tiró el estropajo lleno de jabón a la cabeza.

Cantaron juntos.

Perdón vida de mi vida, perdón si es que te he faltado,

por mi saldría el sol todos los días,

Por mí no existirían heridas.

Acabaron las notas y se abrazaron. Se dieron un beso de película.

—Cantas muy bien, Lucía. Ganarás el concurso, eres la mejor de tu equipo.

—Yo creo que tú también ganarás, por parte de los chicos.

—Muy optimista te veo. Si ganamos los dos ¿con quién compartimos el premio?

—Iremos dos veces y punto. —Se carcajeó.

—Bueno, ya veremos qué pasa el viernes. Igual nos ponen canciones que no dominamos.

—Y por parejas. ¿Te imaginas que nos toca juntos?

—Sería mucha casualidad.

Volvieron a besarse. Fran parecía otro y Lucía estaba descubriendo a un hombre lleno de matices buenos y que, sin duda, parecía tener todos los ingredientes del chico perfecto de novela romántica y pensó:

«¿Para cuándo el desastre y la decepción?». Eso siempre pasaba en las novelas que leía. Decidió no dedicarle más de tres segundos a ese pensamiento.

Capítulo 25.

***Time of my life* (Bill Medley & Jennifer Warnes)**

—¡Chicos! ¡Es la final! ¡Espero que estéis todos preparados para lo que vamos a vivir hoy aquí! —El presentador se vino arriba.

No solo estaban en el pub los participantes, también medio pueblo. Ya lo dijeron: era el evento del siglo.

Lucía, nerviosita perdida. Fran, también, pero de otro modo: lo llevaba por dentro. En el fondo era una tontería ganar o no ganar, lo divertido era pasar un buen rato y hacer piña.

—En esta ronda, los participantes supervivientes cantarán dos canciones en inglés y luego, la ronda final cantando a dúo. Se irán acumulando puntos y el que más consiga, ganará el fabuloso premio que consta de una estancia en el Parador de los Califas para dos con cena romántica. ¡Genial premio!

—¡*Yeah*! —gritó Candela— ¡Nena, vas a ganar! ¡Seguro!

—Qué más da. El caso es pasarlo en grande.

—¿Cómo llevas tu pánico escénico?

—Me he tomado un coñac antes de venir. Y una sesión de sexo genial con Fran. Eso ayuda. —Se rieron.

—No pareces tú; has cambiado.

—¿Para bien?

—Claro, vuelves a ser la Lucía de siempre.

El presentador siguió explicando.

—No solo se valorará la calidad vocal, ¿os pensabais que iba a ser tan simple? También la interpretación en general, ¡baile y ganas! Y por sorteo se ha decidido que empiece el grupo de los chicos. ¡Vamos a por ello! El primero en salir va a ser… Alberto, e interpretará *Eye of the tiger*, de Survivor.

El chico se frotó las manos mientras subía al escenario.

—El *jodío* se la sabe —dijo Candela a la que ya se le pegaban palabros extraños del pueblo—. ¡Mira qué cara de satisfacción!

El chaval hizo una buena interpretación de la canción principal de la película *Rocky*. Se llevó siete puntos de diez.

—Turno de Silvina interpretando *I need a hero*, de Bonnie Tyler.

Silvina bajó la cabeza. No era su favorita, aun así, conocía el tema e hizo lo que pudo. Cinco puntos. Aprobado pelado.

—¡Que suba Iván! Te tocó *The final countdown*, de Europe.

El chico también arrugó el morro como indicando que no le gustaba demasiado lo que en suerte le había tocado. Cinco puntos.

—Turno de Ana. Participas con *Like a Prayer*, de Madonna.

La chica botó de alegría. Ocho puntos.

—Vamos por delante —dijo Lucía—. Ahora le toca a Fran. ¡Qué nervios!

—Francisco Caballero, ¡tu turno!

—Si me vuelves a llamar Francisco, te mato aquí en vivo y en directo. —Hizo una broma un poco en serio, pues odiaba que le llamaran así.

—Cantarás *I want to break free*, de Queen.

Cogió el micro sonriente. Una de sus favoritas de todos los tiempos.

El público acabó cantando a coro y aplaudiendo como locos. Nueve puntos por su majestuosa representación de una de las canciones más conocidas del grupo británico.

Lucía subió animada al escenario. Tras la actuación de Fran se vino arriba, quizá también el coñac la impulsó, pero estaban allí para pasárselo en grande.

Su versión de *What a Feeling*, de Irene Cara, canción principal de una de sus pelis románticas favoritas, *Flashdance*, fue recompensada con otros nueve puntos.

La segunda ronda fue un poco más de lo mismo, y, al final, solo se clasificaron Alberto, Ana, Lucía y Fran.

—Es increíble la calidad que tenemos este año, ¿verdad? ¡Madre mía, sois unos *cracks*! —El *showman* estaba a tope de adrenalina—. El jurado lo está teniendo muy complicado. Ahora llega la fase de duetos. Ana y Alberto se han clasificado y son los primeros en salir. Vais a cantar *Endless love* de Diana Ross y Lionel Richie.

No hubo demasiada compenetración entre ambos a la hora de interpretar esa bonita canción. Se notó la falta conexión.

—La puntuación final la diremos cuando acabe el otro dúo, así le daremos más emoción.

Fran y Lucía, que estaban sentados juntos en esta ocasión, se miraron.

—A ver qué nos toca.

—Espero que sea una que dominemos —respondió Lucía.

—Vais a dar una paliza a esos dos pardillos —intervino Candela.

—Lucía y Fran, os ha tocado *Shallow*, de Lady Gaga y Bradley Cooper. ¡Micros arriba!

Compartieron otra mirada cómplice en silencio y se dedicaron una sonrisa.

Dime algo, chica,

¿Eres feliz en este mundo moderno?

¿O necesitas más?

¿Hay algo más que estés buscando?

Estoy cayendo.

En todos los buenos momentos,

me descubro ansiando un cambio,

y en los malos momentos, me doy miedo a mí mismo.

Dime algo, chico,

¿no estás cansado de intentar llenar ese vacío?

¿O necesitas más?

¿No es difícil hacer que siga siendo tan intenso?

Fue una preciosa interpretación, con sentimiento. Se notaba que a ambos les gustaba la canción. Al final de todo y para estupefacción de los presentes, se besaron ante los aplausos de la audiencia.

—El jurado acaba de pasarme el sobre con el nombre de los ganadores.

—¡Lucía y Fran!

Les hizo entrega del premio.

—Ya decidiréis con quién vais, aunque yo lo tengo bastante claro, tortolitos —dijo el presentador.

—¡Un momento!

Carlos, el farmacéutico subió directo al escenario. Se secó en sudor de la frente, ya que debido a su nerviosismo no solo hiperventilaba, sino que sudaba como un condenado. Se acercó al presentador y le dijo algo al oído.

—A ver, esto no lo esperábamos, pero ¡mola!

Carlos se dirigió a Candela.

—No dejaré que nadie te arrincone, *baby*.

Candela se emocionó. Siempre había querido revivir en sus carnes la mejor escena de esa película. Se hacía realidad.

La cogió de la mano y subieron al escenario. Empezaron a sonar los acordes de *Time of my life*, canción principal de la película preferida de Candela, *Dirty Dancing*.

Cantaron y bailaron esa preciosa canción. Carlos no lo hacía mal y Candela hizo lo que pudo; lo importante fue que él se aventuró a hacer algo atrevido, que a ella le encantó y le pareció muy romántico.

Al final de la canción se arrodilló ante ella, sacó una cajita minúscula del bolsillo de su pantalón y con todo el mundo presente fue más allá.

—Candela, ¿quieres casarte conmigo?

—¡Claro que sí! —respondió sin dudar.

Todo el público, incluida Eustaquia que estaba con su amiga Higinia, aplaudieron llenos de emoción.

—Qué romántico, Eustaquia, como en las películas esas modernas de ahora.

—A ver si pillamos algo tú y yo, de paso —respondió Eustaquia—, ya nos tocaría, ¿no? un buen maromo de esos que nos haga sentir de nuevo unas niñas, ¡nunca es tarde!

—¡Ahora todo el mundo a bailar! —gritó el *dj* animando a todos a seguir la fiesta.

—¡Felicidades, amiga! —Lucía se dirigió a Candela—, no sabes lo feliz que estoy por ti.

—Eso significa que me quedaré aquí, Lucía. No tengo ninguna intención de volver a Barcelona.

—Ni yo. Aquí estamos bien, ¿verdad? Quien nos lo iba a decir hace unos meses.

—¿Has visto lo que ha hecho este hombre por mí? Con lo timidísimo que es. —Candela daba saltitos.

—Te quiere, no tengas duda alguna.

—¡Nos casamos!

—Me alegro muchísimo, cariño. —Le dio un beso en la mejilla y la abrazó de nuevo.

Fran se acercó.

—¿Me devuelves a mi chica?

—Cuídamela, es lo más importante para mí. Lo más preciado que tengo.

—Pienso hacerlo todos los días.

La agarró por la cintura y la atrajo hacia él besándola con fuerza.

—Ha sido un día precioso. He disfrutado como un enano.

—Y yo, pero aún no ha acabado. Después de la fiesta volvemos a la finca y…

—Pienso hacerte el amor toda la noche. Hasta que nos duela…

—Suena muy bien… Solo espero que esta novela que estamos escribiendo tenga un final feliz.

—¿Por qué no iba a ser así?

—Porque los protagonistas, cuando más tranquilos están, reciben el tortazo de su vida.

—Creo que ambos hemos tenido ya suficientes tortazos, cariño.

Capítulo 26.

***La canción más bonita del mundo* (La Oreja de Van Gogh)**

Peñavieja de la Rubia, un año después

Lucía daba los últimos retoques a su cabello. No tardarían en llegar los invitados y quería estar perfecta.

—Estás preciosa —dijo Fran.

—No eres objetivo. Tu opinión no me sirve —respondió con una sonrisa en su cara.

—Te espero abajo, cariño.

Había hecho las reformas en la finca y era la inauguración oficial. Estaba de los nervios.

Spa, zona de eventos y un hotel de lujo con pocas habitaciones. Justo lo que soñaba. Además, no había dejado del todo su profesión, ya que colaboraba como veterinaria solidaria en sus pocos ratos libres.

Candela gestionaría el *spa*, Fran seguiría con lo suyo que no era poco y ella dirigiría todo el cotarro. Suponía mucho trabajo, pero era una luchadora y no tenía duda alguna de que saldría adelante.

En el pueblo la noticia fue muy bienvenida. El paro les había golpeado con fuerza, y Lucía daría trabajo a bastantes personas. Eso la llenaba de dicha. Además, seguro que también atraería al turismo, y tanto el alcalde como los conciudadanos apoyaban el proyecto poniendo a sus pies todo lo que necesitara.

Llegó a sus oídos que Borja se había casado con Becka de la Vega, y no le importó lo más mínimo. En realidad, quería que él fuera feliz también. Un rincón de su corazón siempre le pertenecería, ya que habían pasado mucho juntos, y el rencor no tenía cabida en su organismo. Ella también era dichosa con Fran, pero el solo hecho de pensar en organizar una boda le causaba molestias en el estómago; ¿para qué firmar un papel? Ya se sentía casada con él. Lo compartían

todo y al final del día dormían en la misma cama.

Una presencia entró en la estancia.

—Vaya, ¿otra vez por aquí? —preguntó Lucía.

—¡Ay, hija! No sabes lo feliz que estoy. —Isabel se secaba las lágrimas de emoción.

Por fin Lucía era capaz de reconocer que sí, efectivamente, tenía un don heredado de la familia y podía ver a sus seres queridos fallecidos. Eso sí, no lo decidía ella; solo cuando a estos les apetecía aparecer por allí. Hubo de poner unas pequeñas normas para que no la mataran del susto cada vez que se les ocurría presentarse, como, por ejemplo, que Lucía estuviera a solas, y les pidió que Isabel y María hicieran las paces. Ya no tenía miedo de ver fantasmas, puesto que siempre que se presentaban pasaba un buen rato con ellos.

—Bueno, tía. —Seguía llamándola así por costumbre, aunque fuera su abuela—. Solo he hecho lo correcto.

—Le has dado vida a todo esto, ya tiene el sentido que merece.

—No lo hubiera conseguido sin ti. Venir a Peñavieja ha cambiado mi existencia.

Su madre se unió a la conversación.

—Aún me cuesta llamarte mamá, Isabel.

—No lo hagas, siempre seremos algo más que hermanas.

—¿A qué debo vuestra visita en un día como hoy? Estoy un poco nerviosa, como comprenderéis. Siempre es un gusto charlar, pero hoy me pilla un poco mal.

—Venimos a anunciarte algo —dijo su madre.

—Ya sabéis que no quiero saber nada del futuro ni nada parecido. Bastante locura ha sido entender que puedo veros como para que me digáis qué va a ocurrir.

—Es todo lo contrario, cariño —intervino Isabel.

—Cielo —siguió María—, nos vamos hacía la luz. Ya hemos cumplido con nuestro cometido, hemos arreglado nuestras diferencias y ya es hora de que nos reunamos con los que partieron antes que

nosotras.

—¿No os voy a ver más?

—Solo en fotos —dijo Isabel, chistosa.

—Ya me había acostumbrado…, aunque lo entiendo.

—Deseo volver a ver a tu padre —confesó María—. Nos quedamos atrapadas en este mundo por todo lo que teníamos que resolver, por las cuentas pendientes que tú ya sabes; si bien, eso ya se solucionó. Debemos partir.

Se oyó un grito a lo lejos.

—¿Venís o qué? ¡Qué tardonas!

Era Eustaquia. Había fallecido dos meses antes. Murió en su cama mientras dormía plácidamente. Lucía y Candela le habían cogido mucho cariño y lloraron su pérdida como a la de un familiar cercano. Sin embargo, verla de nuevo, aunque fuera en su versión fantasmal, le resultó conmovedor.

—Ahora vamos, pesada —replicó Isabel—. Hay que ver, la gente no cambia ni muerta, copón.

Las tres, cogidas de la mano anduvieron hacia la luz brillante, Anselmo les esperaba al final pues había cruzado unos minutos antes. Iban con la paz reflejada en el rostro mientras que por el de Lucía resbalaban lágrimas.

—Os quiero. A las tres. Os quiero mucho.

Su madre se giró y le lanzó un beso con la mano que Lucía capturó.

—Eres la mejor hija del mundo, cariño.

Desaparecieron. Tras ese momento, Lucía también se impregnó del sosiego que emanaban mientras se iban acercando a la intensa luz que les llevaría al paraíso. Respiró hondo, se dirigió al baño a retocarse el maquillaje para bajar. Fran la esperaba y ahora solo deseaba abrazarle muy fuerte.

****

Candela entraba por la puerta principal con su ya marido, Carlos.

—Qué guapa estás —dijo Lucía al verla, dándole dos efusivos besos —. El embarazo te sienta genial.

—¡Qué ganas tengo ya de que nazca! ¡Mira cómo tengo los pinreles!

—Candy, aún queda un mes para que llegue Carlos *junior*.

—No, Carlos, no se va a llamar como tú. Eso ya está hablado. Todo el mundo le llamará Carlitos y por ahí no paso. Se va a llamar Julián como mi padre y punto.

—Veo que el embarazo no te ha dulcificado el carácter —dijo Lucía—. Sigues gastando la misma mala baba. —Se partía de la risa.

—Candelita, mi amor —intervino de nuevo Carlos—, solo te tomaba el pelo, cielo.

—Los invitados van llegando. Fran ya está en la carpa dando los últimos retoques. Jolines, ¡qué nervios! —Lucía estaba atacada.

Se dirigieron los tres hacía la carpa que habían montado para la inauguración. Trescientos invitados. Los camareros a punto para servir el cava y los canapés.

Lucía cogió el micrófono y se dispuso a dar el discurso de inauguración:

«Cuando llegué a Peñavieja, casi por casualidad, apenas conocía a nadie. Mi vida en ese momento era un poco desastre y me venía muy bien una escapada que yo creí de cuatro días. Ya llevo aquí más de un año y, por ahora, no pienso volver más que de vacaciones a mi ciudad natal. ¿Sabéis por qué? No entraba en mis planes ni dejar la clínica veterinaria donde trabajaba ni mi casa con todos mis recuerdos; sin embargo, al pisar este precioso pueblo algo se activó en mi interior. Ni siquiera sabía muy bien a qué venía, ya que no tenía mucho contacto con mi tía Isabel. Descubrí el poder del silencio, de las calles medio vacías; también que se puede estar muy solo, aunque tengas a mucha gente alrededor. Supe que mi corazón pertenecía a este lugar, por mi familia, por mis seres queridos. Una vez dije a alguien que es muy difícil salir ileso de esto que llamamos vida, pues siempre causa algún tipo de herida que debemos sanar para seguir adelante. Yo no soy una excepción y debo decir que gracias a estar en Peñavieja, las mías están cerradas. Tengo un reto por delante, que es sacar a flote el legado de

mi tía Isabel. Otro reto más. ¿Os he dicho que me encantan los desafíos más que a un niño un caramelito? —Las risas se oían entre el público—. Vamos a llevar a este pueblo a la cumbre, queremos que sea un referente en gastronomía; queremos que la gente se empape de sus bosques, sus miradores, su historia… Que paseen por la plaza Mayor y se sienten a tomar el mejor café del mundo, que no es otro que el que hace Martín en su bar. —Risas de nuevo entre la audiencia—. Nada de esto sería posible sin vosotros, Peñaviejenses. Quiero también dar las gracias a la persona que ocupa mi corazón, Fran Caballero. Esto tampoco sería posible sin él; y a Candela y su marido, Carlos, que pronto tendrán a mi ahijado, Julián. Me hace muy feliz que estéis aquí conmigo hoy. Os quiero a todos. ¡Ahora, todo el mundo a comer y beber!»

Los asistentes disfrutaron de la velada tanto como Lucía y los suyos.

Fran se acercó a ella.

—Lo has hecho muy bien, mi amor.

—Ya sabes que no llevaba nada preparado. Prefiero hablar con el corazón en la mano.

—Eres única. Por eso te quiero tanto.

—Y yo a ti, cariño.

—Estoy deseando que acabe el día y tenerte entre mis brazos.

—Te amo.

Se besaron mientras sonaba de fondo *La canción más bonita del mundo*, de la Oreja de Van Gogh.

FIN

Epílogo

Julián ya daba sus primeros pasos por la finca. Candela era tan feliz que no podía evitar llorar cada vez que su niño decía «mamá». Carlos, no solo era el marido perfecto, también era un gran padre y, de hecho, estaban ya planteándose darle un hermanito o hermanita al pequeñín.

El *spa* tenía hasta lista de espera. Los tratamientos que Candela había propuesto en el menú eran todo un éxito.

¿Quién les iba a decir que acabarían allí? ¿Qué sus vidas iban a dar ese giro? Ellas, dos urbanitas convencidas, ahora convertidas en unas peñaviejenses más.

Esa mañana, Lucía empezó a notar las contracciones y rompió aguas. Estaba absolutamente muerta de miedo ante la idea del parto; sin embargo, Candela la había informado muy bien de que solo era un ratito como se solía decir y pedía al cielo que así fuera y, sobre todo, que le pusieran la epidural nada más llegar al hospital.

Fran cogió la bolsa del bebé y la puso en el coche. Ayudó a su chica a subir.

—Es el segundo parto que vivimos juntos —dijo él bromeando.

—No tiene gracia, cariño, me duele un montón.

—Solo quería hacerte reír un poco. Llegaremos en veinte minutos. —Fran también tenía miedo, como era natural.

Nervioso, se puso al volante y recorrió los doce kilómetros que separaban la finca del hospital. Se le hicieron eternos.

Ingresaron rápido. La comadrona les hizo pasar y vio que el parto era inminente.

—No creo que dé tiempo a poner la epidural.

—¿Está de coña? —preguntó Lucía.

—La niña está coronando, Lucía. Van a ser cuatro empujones y podrás abrazarla.

—Puedes hacerlo, mi amor —intervino Fran.

—Ni bajaremos al paritorio, no da tiempo —indicó la profesional.

En realidad, fueron cinco. Cinco pujos para que la pequeña respirara por primera vez.

Se la pusieron en el pecho. Lucía lloraba a moco tendido mientras Fran la besaba en la frente.

Nunca imaginó que pudiera ser tan dichosa. En ese momento pensó también en Isabel y lo mucho que le debió costar separarse de su hija. Se le rompió el alma de pensar en perder de vista a su pequeña: ya la quería más que a nada en el mundo. Esos ojitos medio cerrados, esas manitas perfectas, esa piel sonrosada…; estaban ambos enamorados de ella.

—Es tan preciosa, ¿verdad? —dijo Lucía que no se cansaba de ver la carita de su bebé.

—Ha salido a su mami, sin duda. Tenemos que decidir el nombre, Lucía.

—Lo tengo claro, si tú estás de acuerdo.

—Lo presiento y mi respuesta es sí, cariño.

—Se llamará Isabel, entonces.

Ambos sonrieron satisfechos por la decisión tomada. Era todo un homenaje a esa mujer que tanto había luchado por la familia.

****

Esa tarde, tras el nacimiento de la niña, Fran sintió la necesidad de bajar a la capilla del hospital. No era un hombre especialmente religioso; sin embargo, necesitaba dar las gracias a Dios de una manera u otra.

Llegó y se encontró solo en la pequeña sala de rezo. No era extraño, y hasta le agradó que no hubiera nadie. Se sentó en uno de los bancos delanteros y suspiró.

—Gracias por permitirme de nuevo ser feliz —dijo al vacío.

Una mano le recorrió la espalda en un gesto cálido y cariñoso. Se giró hacía su izquierda y la vio. Era Marta. Su rostro llevaba reflejada mucha alegría; así era tal y como él la recordaba.

—Por fin lo has conseguido. Ya puedes andar solo.

—¿Marta?, pero ¿qué es esto? —preguntó confundido frotándose los ojos.

—Me despido de ti. Ya puedo marchar sabiendo que eres otro hombre; un hombre que ha podido salvarse de sus monstruos. Me voy con el corazón lleno de dicha, Fran. Solo deseo tu felicidad, y con Lucía lo serás para siempre.

—Marta, siempre habrá un lugar para ti en mi corazón.

—Fran, eres una gran persona. Cuida mucho a esa muchacha y a tu hija.

Le espolvoreó los polvos dorados, esos que hacían revivir el momento como un sueño muy real.

Fran se levantó santiguándose y mirando al Cristo en la cruz. Tenía una sensación placentera maravillosa. Se sentía aún un poco confuso, pero a la vez, reconfortado.

Volvió junto a sus chicas. Estaba deseando verlas y solo había estado separado unos minutos de ellas. Se abrazaron mientras Lucía sostenía a la pequeña en sus brazos.

La historia familiar seguiría, pero ya sería sin mentiras de por medio, sin secretos, sin dolor por el pasado. Y, aunque Lucía no pudiera verlas nunca más, las almas de Isabel, María y Eustaquia estaban muy presentes velando por esa dicha absoluta que sentían y que no iban a permitir que nadie les arrebatara. También Marta estaba cerca de sus corazones.

Se escribía un capítulo más en la novela romántica de sus vidas, en este caso, con un final más que feliz.

Canciones que dan título a los capítulos de la novela:

1.Es por ti (Cómplices)

2.Vivir sin aire (Sole Giménez)

3.¡Qué bonito! (Rosario Flores)

4.Roto por dentro (M-Clan)

5.Qué bueno, qué bueno (Jarabe de Palo)

6.No me importa nada (Luz Casal)

7.Desde mi libertad (Ana Belén)

8.Precisamente ahora (David de Maria)

9.Help (The Beatles)

10.Be my baby (The Ronettes)

11.I'm still stading (Elton John)

12.I am so excited (Pointed Sisters)

13.I want to know what love is (Foreigner)

14.The end (The Doors)

15.My heart will go on (Celine Dion)

16.I just call to say I love you (Steve Wonder)

17.What a wonderful world (Louis Armstrong)

18.What a feeling (Irene Cara)

19.Ojos verdes (Conchita Piquer)

20.Non, Je ne regrette Rien (Édith Piaf)

21.Litlle lies (Fleetwood Mac)

22.Your song (Elton John)

23.Sin ti no soy nada (Amaral)

24.Tantas veces (Andre Calamaro)

25.Dirty dancing, time of my life (Bill Medley & Jennifer Warnes)

26. La canción más bonita del mundo (La Oreja de Van Gogh)

Sarah Wall es el pseudónimo que uso para escribir. Nací un frío día de febrero de 1972 en Barcelona. Me encanta viajar, lo cual se refleja en mi primer libro *Te necesito esta noche*, en donde recreo situaciones inspiradas en mis viajes. Marrakech, París o Londres son algunos de los destinos que aparecen en él. En la segunda novela *Próximo destino: TÚ*, la historia transcurre entre Barcelona y Nueva York, con una azafata como protagonista de esta romántica historia. El tercero, *La niña del sombrero de Paja* fue todo un reto para mí; un libro solidario con la ONG Camboya Sonríe que describe la brutal vida que llevan muchas niñas del país. En abril de 2019 publiqué *El efecto tulipán y otros síndromes,* obra ganadora del el I Premio de Novela Romántica organizado por el grupo de Facebook *Escritores y Lectores* y que gracias a la editorial Javisa23 vio la luz. En febrero de 2020 lancé *La viña del odio*, un thriller romántico con muchos ingredientes que os mantendrá enganchados desde la primera página.